



TEATRO QUE ARDE

Luis Sáez

EL PAÍS TEATRAL

 EDITORIAL
INTeatro

TEATRO QUE ARDE



EL PAÍS TEATRAL

 EDITORIAL
INTeatro

Sáez, Luis

Teatro que arde / Luis Sáez; Compilación de Luis Sáez; Luis Sáez. - 1a ed ampliada. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Inteatro, 2022.

204 p. ; 22 x 15 cm. - (El País Teatral /)

ISBN 978-987-3811-70-8

1. Antología de Obras de Teatro. I. Sáez, Luis, comp. II. Sáez, Luis, comp. III. Título. CDD A862

Ejemplar de distribución gratuita

Prohibida su venta

Foto de tapa: Adrián Rocha.

Obra: *De memorias y lealtades*.

Casa de Cultura de Ramos Mejía.

Dirección: Carlos Groba.

Actores: Rubén Comezaña y Martín Bessone.

Consejo Editorial

Gustavo Uano

Gisela Ogas Puga

Carlos Pacheco

Staff Editorial

Carlos Pacheco

Graciela Holfeltz

Sofía Bontá (Corrección)

Gabriel D'Alessandro (Diagramación)

Patricia Ianigro (Distribución)

© Inteatro, editorial del Instituto Nacional del Teatro

ISBN 978-987-3811-70-8

Impreso en la Argentina – Printed in Argentina.

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Reservados todos los derechos.

Impreso en Buenos Aires, enero 2022

Primera edición

EL CASO LUCICH

A modo de Introducción

I - DE ANARQUISTAS Y LIGAS PATRIÓTICAS

En la mañana del 9 de Noviembre de 1925, tuvo lugar en el entonces Hospicio de La Merced (hoy Hospital Neuropsiquiátrico José T. Borda) un hecho de violencia seguida de muerte que la historia oficial parece empeñada en olvidar, a pesar de su singular valor simbólico.

Sin motivo aparente, Esteban Lucich, un interno de nacionalidad croata, encargado de repartir vituallas entre los demás pacientes, asesinó a tiros a otro, a quien llamaremos Durán Olmos, confinado en el hospicio como consecuencia de balar, meses atrás, a un anarquista alemán, haciéndose pasar por guardia cárcel del penal de la calle Caseros. De Lucich poco se sabía, más allá de haber llegado al hospicio como consecuencia de un brote psicótico grave, originado en una forzada y traumática operación de fimosis que le practicaron en el penal de Caseros, donde purgaba condena como consecuencia de asesinar, también a balazos, al Dr. Francisco de la Vega, por un confuso asunto ocurrido entre el propio Lucich y una empleada doméstica de la víctima. Sin embargo, una vez llegado a La Merced, la conducta de Lucich fue ejemplar, razón por la cual se le asignaron tareas reservadas a internos de naturaleza confiable. Con relación al crimen de Durán Olmos, y a las circunstancias que propiciaron la llegada del arma a manos del croata, tomó cartas en el asunto el Comisario Inspector Santiago, jefe de la división de Investigaciones de la Policía Federal, célebre entre sus colegas por su tenacidad y astucia. Los resultados de su tarea conmovieron a la opinión pública, por entonces poco habituada a los shows mediático-sangrientos de nuestros días. Según la investigación del Comisario Santiago, el asesinato habría sido instigado por otro interno, Boris Vladomiróvich, de nacionalidad rusa y reconocida militancia anarquista, como consecuencia de un plan llevado a cabo con paciencia y minuciosidad, con el objetivo de vengar la muerte del anarquista alemán Kurt Wickens perpetrada oportunamente por Durán Olmos. El plan había sido ideado por Vladomiróvich mientras purgaba una condena en el penal de Ushuaia, junto a otro anarquista, Simón Radowitzky, quien años antes, el 14 de Noviembre de 1909, escribiera su propia página sangrienta arrojando una bomba de alto poder en el vehículo que transportaba al entonces Jefe de Policía Ramón Falcón, causando la muerte inmediata a él y a su secretario privado. Poco le costó a Vlado-

miróvich fingir la locura que posibilitó su traslado a Buenos Aires. Había recibido tantos malos tratos, tantas humillaciones y vejámenes, que posiblemente su salud mental ya no era la mejor. Téngase en cuenta asimismo que por aquellos tiempos cualquier forma de anormalidad podía ser considerada locura, en cuyo caso los huesos del merecedor de semejante estigma terminaban inevitablemente en el Hospicio de La Merced. Como se puede apreciar, esta saga de hechos sangrientos se emparenta de manera bastante directa con el crimen que Lucich cometió aquella mañana. Hechos sangrientos relacionados a su vez con una secuela de venganzas y ajustes de cuentas ocurridas entre dos bandos claramente diferenciables: por un lado, los llamados anarquistas reivindicadores, embarcados en su histórica lucha contra el capitalismo y los poderes hegemónicos, y por el otro, las poderosas oligarquías regionales que a través de sus brazos armados y temibles grupos de choque, sembraron el terror entre quienes consideraban enemigos peligrosos de un sistema y una cultura basadas en la naturalización de la inequidad como principio de distribución de la riqueza. Sin embargo, insistimos, el episodio casi ha sido olvidado, como si a la historia oficial le provocara alguna incómoda vergüenza, y prefiriera esconderlo bajo la alfombra de lo políticamente correcto. No opinan lo mismo los estudiosos empeñados en documentarlo, convencidos de que en esos crímenes, y en sus consecuencias, se jugó poco menos que nuestro destino como nación.

II - DE POESÍA Y MUERTE

Por aquel tiempo, otra historia trágica y anónima comenzaba a cobrar forma para encontrar su desenlace en el mismo hospital, sólo que años después, en los '70, cuando ya había sido re-bautizado como Neuropsiquiátrico José T. Borda. Mucha agua (a veces teñida de sangre) había corrido bajo el puente y de aquella ciudad casi colonial de comienzos de siglo apenas quedaba el recuerdo, relegado a prolijos catálogos de museo. En su lugar crecía y se expandía una urbe cada vez más pujante y alocada, al ritmo ensordecedor de las grandes capitales del mundo, acaso desmedidamente, en comparación con otras regiones del país sometidas al retraso y la pobreza. Esta vez se trataba de una historia individual, trágica también, pero alejada de cualquier connotación política: la del poeta ruso Jacobo Fijman, quien por entonces acusaba los primeros indicios de la psicosis que determinaría su internación definitiva (y terminal) en el hospital. Complicaciones con un edema pulmonar terminaron por provocarle la muerte, pese a los esfuerzos

de quien lo había adoptado como tutor legal, acompañándolo hasta sus últimos momentos: hablamos de Vicente Zito Lema, nombre cuya mención nos exime de presentaciones. Su vasta y profunda obra poética, narrativa y ensayística, y su militancia constante por los derechos humanos lo convierten en un referente político y cultural tan inevitable como indiscutible. Tampoco necesita presentaciones la poesía de Fijman: basta invocarla digitalmente en la red, para reunirnos con sus versos apasionados e intensos, una pintura oscura y profunda del deseo y la fe. ¿Pero porqué reunir a Fijman con su compatriota Vladomiróvich? ¿Para qué entrecruzar su historia marginal y solitaria con los anarquistas expropiadores? Tal vez Aristóteles pueda acudir en nuestra ayuda. Sí, Aristóteles, aquel que sentenció en su Poética que si corresponde al historiador narrar lo que sucedió, le cabe al poeta narrar lo que “pudo” suceder. Fijman, Vladomiróvich: ignoramos qué hubiera ocurrido si se hubieran conocido, pero nada nos impide presumir que sus destinos hubieran sido fatalmente los mismos: muertes oscuras y marginalidad, marginalidad y locura. Y, en el caso de Fijman, poesía, poesía mágica y trágica a un tiempo, resistiendo al paso del tiempo y sobre todo, al olvido... sí, tal vez el teatro sea, entre muchas otras cosas, un obstinado ejercicio de resistencia al olvido.

Luis Sáez

EL "CASO" LUCICH

(Dramaturgia hipotética
y sumaria)

EL "CASO" LUCICH

PERSONAJES

ESTEBAN LUCICH (El endemoniado)

DURÁN OLMOS (Su víctima)

VLADOMIRÓVICH (El anarquista)

SAMUEL TESSLER (El poeta maldito y bendecido)

ZETA (Su tutor y amigo)

CORO, al que llamaremos MURGA SUMARIA.

Género: Drama histórico

El presente texto fue merecedor del Primer Premio del Concurso de Dramaturgia Comedia de la Provincia de Buenos Aires, edición 2018.

Jurados: Roxana Aramburu, Cristiana Merelli, Cristian Palacios

(Nota: La investigación que inspiró su escritura fue posible gracias a una beca otorgada por el Fondo Nacional de las Artes en 2012. La misma se originó en un crimen ocurrido el 9 de noviembre de 1925 en la ciudad de Buenos Aires, en el entonces Hospicio de la Merced, hoy hospital José T. Borda, si bien los hechos que nutren la estructura de esta historia pertenecen al territorio de la ficción)

Agradecimiento especial a: Alberto Sava, Dr. Alfonso Carofile, Vicente Zito Lema y Osvaldo Bayer.

*“El historiador narra lo que ha sucedido,
el poeta,
lo que pudo suceder..”*

*ARISTÓTELES
Poética*

*“Los hombres no pueden decir cómo ha ocurrido una cosa,
sino solo cómo creen que ha ocurrido...”*

*GEORGE LICHTENBERG
(1742-1799)*

Yo estaban lucich
Que nació en orasach, croacia
Y crucé los mares buscando sabe el diablo qué sueños
O escapando sabe dios
De qué infiernos.

Yo estaban lucich
Que atraqué en un puerto
Llamado buenos aires
Siguiendo la huella
De mi propio
Calvario
Oyendo o desoyendo el llamado
De mi propio tormento
De mis fantasmas
De lo que nunca fui ni seré
Y crucé las calles
De la semana trágica
Armado de un odio
Que escapaba
Hasta del odio.

Yo estaban lucich
Que cuando quise amar
Fui repudiado
Y que maté por amor
Y por desamor
Y que me llevé a mi tumba nn
El secreto de mis devenires
Por las tripas de esta ciudad de semanas trágicas
Y putas sin dientes
Yo
Que fui diagnosticado
Como degenerado
Endemoniado
Fantasma desalmado
Encarnación de la desgracia

Misma
Yo estaban
Lucich
Que apenas recuerdo
De dónde vengo y desprecio
Y rechazo
Cualquier destino psicofármaco
Donde sean confinados
Mis huesos y mi cerebro
Yo estaban
Luci
Ch
Que escribo desde el más
Allá
Confinado al maldito edificio
De tener que vivir
Y a la muerte
Y a la mentira
Del crisol de razas
Condenado hasta de
Fimosis
Por capricho de dos o tres esbirros
De lo que está mandado
(Esbirros que se valieron
De mi desgracia
Para justificar
Y edificar
Sus propias y prósperas
Prosperidades)
Yo e.l.
Debidamente
Manicomializado
Y criminalizado
Por criminal, pero sobre todo
Por no saber qué hacer
Con mi Ser

Yo estaban lucich
De profesión
Desgraciado
Futura carne de mesas
De disección declaro
Dejo constancia
En este sencillo
Y emotivo acto
De la siguiente sospecha
O presunción:
“La vida debe ser otra
Cosa
Algo más que una fimosis
Y un montón de anhelos
Sin carne
Ni horizonte”
He dicho
Y he sentido
Digo
Y sostengo
Yo
Esteban
Lu
Cich

MURGA SUMARIA:

—Declaración de Boris Vladomiróvich, principal sospechoso de instigación:

Interrogado que fue sobre la muerte del interno Durán Olmos, el acusado se limita a responder que “alguien tenía que hacerlo”. Entonces Su Señoría interroga al sindicato como ejecutor material del crimen, el interno Esteban Lucich, natural de Croacia, quien se limita a responder que el occiso le venía “robando el aire”.

Risas de DURÁN. Transición: la acción se traslada a su espacio en el pabellón de máxima seguridad.

LUCICH: —(*Visible acento eslavo*) Abuelo contaba siempre allá en Croacia que Diosito sabe toda la que nos va a ocurrir... toda tiene controlado, hasta latidos, incluso aire que respiramos...

DURÁN: —Rusito, ¿quieres saber por dónde me paso a tus abuelos y a tu estúpida historia?

MURGA SUMARIA:

—Entonces el susodicho completa su testimonio alegando que el occiso Durán Olmos ya había respirado más de la cuenta... Y que sus palomas, las de Lucich, tenían más derecho que el occiso Durán Olmos a ese mismo aire...

DURÁN: —(*Ríe*) Ay qué idiota sos, ruso; el aire es de todos. De todos, ¿entendés?

LUCICH: —Lucich no ruso, ¡Lucich croata!

DURÁN: —Pero, sobre todo, es de aquellos que nos ganamos el derecho a respirarlo... ¡para que después vengan ustedes a ensuciarlo! ¿Es justo eso? ¿Por qué no se vuelven? Yo digo, ¿quién carajo los llamó?

LUCICH: —Nadie. Trajo marea, hambre, miseria...

DURÁN: —¿Y la tenían que traer para acá? No rusito; lo que la marea trae, la marea se lo lleva... Y si trajo tanto ácrata y hereje, parias del mundo, habrá que devolverlos donde deben estar, o empujarlos al mar que nunca debieron cruzar... La tierra y la mujer son del que las conquista, no del que las reclama. Así lo dispuso Dios y si Dios lo dispuso sabría lo que hacía ¿no?

Silencio de LUCICH. Música de violín. Transición: SAMUEL TESSLER cruza la plaza como un fantasma, mascullando una extraña salmodia. Se ubica en un banco, tose, se levanta el cuello de un abrigo.

MURGA SUMARIA:

—Hasta que Samuel Tessler, el poeta maldito y bendito, entró en esta historia...

Renunciando por propia voluntad a la OTRA historia,

La oficial,

Que lo daba oficialmente por loco

Y por muerto

En vida

Arrasado por un fuego que lo quemaba,
Cristo latándole dentro
Apasionado de la Virgen fantasma torturado
Por sus propios fantasmas...

Transición. Habitación DURÁN OLMOS.

DURÁN: —(*Pispea a Tesler desde su ventana*) ¿Volvió el judío?

LUCICH: —¿Qué judío?

DURÁN: —Ése que escribía versitos en papelitos. Llamen poeta a cualquiera acá, país generoso...

LUCICH: —¡Tessler gran poeta y gran persona!

DURÁN: —¿Y desde cuándo te da por la poesía a vos? Si ni lees argentino, bruto. Mejor calentá el agua, ya sabés que el mate frío me jode la vida (*escupe el agua*).

MURGA SUMARIA:

—Fue por ese tiempo también que trajeron a Boris...
Y entonces sí, la muerte tuvo todas las piezas
Para jugar su juego...

Transición. BORIS VLADOMIRÓVICH -en adelante BORIS- se sienta junto a TESSLER y anota cosas en su cuaderno.

MURGA SUMARIA:

—Siempre callado, metido para dentro...
Se chusmeaba que había quedado así de las biabas en Ushuaia...
Porque lo trajeron de allá, del sur... por anarquista...
Lejos, lejos... y frío, mucho frío.

Transición. BORIS y TESSLER coinciden en un banco en el parque.

BORIS: —Parece que va a nevar.

TESSLER: —(*Tose*) Una nevada en esta ciudad sería casi un milagro. Pequeño, de segundo orden, pero milagro al fin. La gente cree que un milagro debe ser algo masivo y fastuoso. Un capricho de Dios para que unos cuantos millones le renueven el voto de confianza. Una especie de campaña eleccionaria. Pero hay otros milagros,

pequeños, y por eso mismo, más entrañables, que muy pocos están en condiciones de atender.

- BORIS: —Nunca creí en divinidades ni en milagros. Sólo el hombre los puede operar, con trabajo y tenacidad.
- TESSLER: —Sin la gracia divina no hay trabajo ni tenacidad que valgan.
- BORIS: —En un mundo más justo no haría falta invocar milagros.
- TESSLER: —Un mundo justo sería en sí mismo un milagro.
- BORIS: —Usted es poeta, ¿verdad?
- TESSLER: —Y usted, revolucionario, o algo así, ¿verdad?
- BORIS: —No estamos tan lejos como podría pensarse.
- TESSLER: —Solo Dios sabe si en otra vida no fuimos hermanos.
- BORIS: —¿De veras lo cree? ¿Qué pensaría si le dijera que estoy aquí para cometer un crimen?
- TESSLER: —Pensaría que de alguna manera somos compañeros de ruta: usted viene a matar, yo a morir. Los dos tenemos con la muerte asuntos pendientes.
- BORIS: —¿Cuánto lleva en este lugar?
- TESSLER: —¿Oficial o realmente?
- BORIS: —Debería explicarme la diferencia...
- TESSLER: —Oficialmente nadie sabe que vivo aquí, pero llevo veinte años buscándome por estos pasillos.
- BORIS: —¿No tiene parientes? ¿Amigos? ¿Alguien que lo llore?
- TESSLER: —No, ni siquiera historia clínica tengo, pero los tengo al Señor, a la Santa Virgen y a mis versos, ¿para qué más?
- BORIS: —Es la pregunta que nunca debe hacerse un revolucionario: siempre queda algo por hacer.
- TESSLER: —Es ruso, ¿verdad?
- BORIS: —También usted tiene algo de allá, ¿verdad?
- TESSLER: —Mis padres... la sangre que corre por mis venas y... (*Transición. Marca salida*) ¡Temo que esta charla toque a su fin!
- BORIS: —¿Quieren hacerle daño? ¿Puedo ayudarlo?
- TESSLER: —¿Daño? Al contrario. Me quieren más de lo que merezco... ¿Tendrá la bondad de distraer a este joven empecinado, señor?
- BORIS: —(*Le extiende la mano*) Germán Vladomiróvich, revolucionario y degenerado social, para servirlo.
- TESSLER: —(*Le da la mano*) Samuel Tessler, poeta y encarnación de Cristo, para servirle.

Entra ZETA sobre salida de TESSLER.

- ZETA: –¿Se escapaba? ¿Soy la peste?
- TESSLER: –En esta historia YO y SOLO YO puedo ser la peste. ¡Y con nadie pienso compartir ese privilegio!
- ZETA: –Vengo a buscarlo.
- TESSLER: –¿Y si no quiero?
- ZETA: –Morirá.
- TESSLER: –Tarde o temprano tenía que ocurrir, le presento al señor...
- BORIS: –Vladimiróvich.
- TESSLER: –Parece saber mucho de anarquismo y de muertes anunciadas, a lo mejor te sirve para alguna buena historia (*tose, parece a punto de caer. Zeta lo sostiene*).
- ZETA: –¿Se encuentra bien?
- TESSLER: –(*Repuesto*) ¡Siempre se puede estar peor!
- ZETA: –Acompáñeme, tienen que verlo ya...
- TESSLER: –¿Para qué? De memoria me saben los matasanos... y lo que necesito es que me olviden.

Transición. Salen TESSLER y ZETA.

MURGA SUMARIA:

–Por último declara el acusado y principal sospechoso del crimen, Esteban Lucich, que desde su llegada al nosocomio el occiso supo ganarse la antipatía y hasta el odio de los demás internos...

Transición - Habitación de DURÁN.

- DURÁN: –Todos creen que las cuidás porque te gusta verlas volar.
- LUCICH: –(*Abarca el cielo en un gesto*) Ellas son dueñas de todo el aire, pero sólo toman el que necesitan.
- DURÁN: –Pero sólo yo sé la verdad: te las querés morfar, te querés hacer un bruto estofado con las palomas (*ríe a carcajadas*).
- LUCICH: –¿Morfar? ¿Estofado? (*Desespera*) No, Lucich sólo quiere... ¡Protegerlas! Sólo quiere... VERLAS VOLAARRR.
- DURÁN: –(*Lo toma del cuello*) Shhhh, chito, no levante la perdiz, maricón. (*Voz baja*) ¿O no sabe que nos espían?

LUCICH: —¿Espíarnos...? ¿Quiénes? ¿Para qué?
DURÁN: —Es lo que intento averiguar con tu ayuda. Mirá, allá, en el parque.

Luz sobre BORIS, escribiendo en el banco del parque. BORIS alza la vista y lo mira.

DURÁN: —¿Qué se ha creído? ¿No le alcanza con tener cara de judío, que encima se permite sostenerme la mirada? ¿A mí? ¿Sabrá con quién se mete?
BORIS: —Lo sé perfectamente, asesino...
DURÁN: —Desde ayer que no puedo parar de preguntarme qué se esconde detrás de esa mirada.
BORIS: —Una venganza se esconde... Y el crimen que vas a pagar de la única forma posible, con tu propio pellejo (*escupe, escribe*).
DURÁN: —¿Y qué miércoles escribe en ese dichoso cuadernito?
BORIS: —Con sangre de asesinos, también se escribe la historia (*ríe*).
DURÁN: —Hay que conseguir ese cuadernito, ruso. Mejor dicho: tenés que conseguirme ese cuadernito.
LUCICH: —¿Yo, señorito? ¿Cómo?
DURÁN: —Llevando y trayendo, como hacés todo el día. Sos el único que tiene acceso a todos los pabellones, te sabés vida y milagros de todo el mundo. ¿Puedo confiar en vos?
BORIS: —“Camarada Simón, le escribo la presente en clave secreta para informarle sobre la misión que nos hermana: el asunto marcha, si bien nuestro hombre goza de ciertos privilegios que obstaculizan el objetivo trazado. Pero el anarquista no se deja vencer; redobla esfuerzos y trabaja en silencio, como la gota que horada la piedra”.

Alza la vista hacia la ventana de DURÁN, le apunta con el dedo como si le fuera a disparar. Se oye estruendo de escopetazo. DURÁN se esconde, aterrado, se sienta en su silla a escribir, febril.

Transición. LUCICH y COMISARIO.

LUCICH: —Entonces vino comisario y dijo:
COMISARIO: —Si decís que lo mataste por las tuyas, habrá que torturarlo hasta que se confiese culpable. En cambio, si declararás que el arma te

la dio él, le aplicamos la ley vigente y no sufrirá nada. Tenés mi palabra.

LUCICH: –Así dijo comisario. Dio su palabra. Entonces Lucich preguntó porqué condenar a inocente.

COMISARIO: –Porque así se escribe la historia de un país civilizado, rusito. Con pedazos de verdad y pedazos de mentira. Incluso con pedazos de gente, cuando no queda más remedio.

Se oye el grito de dolor de BORIS.

MURGA SUMARIA:

–Las versiones sobre apremios ilegales y tormentos físicos efectuados en la persona del sospechoso para obtener su confesión resultaron finalmente desestimadas por el tribunal...

Que lo encontró culpable y pasible de reclusión por tiempo indeterminado...

Sentencia de cumplimiento efectivo, no resarcible con multa...

Ni con tormentos...

Nuevo grito de BORIS.

Pero para llegar a tan luctuoso final tuvieron que ocurrir otras cosas...

Cosas terribles y trágicas...

Como la historia de un país.

Transición. Instancia segunda. DURÁN *escribe una carta.*

DURÁN: –Mayo, veinte del cinco, estimado doctor Zabala Ezcurra; le escribo la presente para expresarle la profunda ansiedad que me aflige. No es que haya olvidado sus sabios consejos y recomendaciones, pero podría jurarle que cada vez me cuesta más llevarlos a la práctica, porque finalmente, ¿Doctor, qué significa “saber esperar”? Y, al fin de cuentas, ¿cómo se aprende? ¿Aceptando que se han olvidado de uno? ¿Que lo han usado como escoba vieja para después enterrarlo en un agujero donde el mundo lo repudie

y olvide? ¿Es así como premian mis servicios y mi lealtad? ¿Con este cruel encierro que más parece un castigo que una protección? (*Furioso*) Pues se equivocan los que creen que me retendrán en este sitio por mucho más tiempo, llámense Ministros, Secretarios de Estado y hasta Diosito mismo llegado el caso. Porque debo recordarle, doctorcito de mis bolas, que este varón, perdido por perdido, se la juega a cara o cruz sin pestañear por una causa, pero si lo traicionan o le juegan una mala pasada, doctorcito, puede volverse más peligroso que fiera enjaulada. Y yo sé que usted sabe que si la fiera mal herida abre la boca para rugir, en ese rugido se pueden ventilar asuntos muy delicados y por usted conocidos, en cuyo caso tanto usted como ciertas personas de su confianza quedarían en situación muuuyy delicada ante la opinión pública. ¿Me explico, doctorcito? ¿Me explico o no me explico? (*Rabioso, estruja la carta. Camina de un lado al otro*). Lo que tenés que hacer es calmarte y convencerlos, a estos mierdas, del peligro que corrés en este lugar. ¡Otra que paranoia! Un buen fierro, eso es lo que necesitás. Ahí, al alcance de la mano. ¡Y van a ver de qué puede ser capaz Guillermo Durán Olmos! Bien que cuando les convino te pusieron un Winchester en la mano y te dijeron: “vaya y proceda, usted sabe lo que tiene que hacer...” (*Transición*) ¿Y ahora no? ¿No sabés lo que tenés que hacer? ¿Cómo es eso? ¿Antes no y ahora sí? Claro que lo sabés; lo que tenés que hacer es controlarte. Controlarte y aprender a esperar... Y a esperar se aprende de una sola forma: esperando.

LUCICH: —(*Carraspea*).

DURÁN: —¿Qué querés vos, acá?

LUCICH: —Mandó llamar. Pidió agua, agua para el mate.

DURÁN: —El agua, claro, el agua para el mate. ¿Sabías, rusito, que el agua nos moja a todos igual? (*se ceba un mate*) Nadie se salva, ni del agua ni de la muerte, ninguna de las dos hace diferencias de clase. Y eso no está bien, ¿cierto, rusito? Porque no todos somos iguales, ¿no te parece? O en todo caso algunos son menos iguales que otros, ¿no te parece?

LUCICH: —Lucich no sabe de esas cosas...

DURÁN: —Claro, no sabés. ¿Y del cuadernito que te pedí días pasados? ¿Tampoco supiste nada?

LUCICH: —Todavía no, señorito.

Pausa. DURÁN lo suelta.

DURÁN: —Mal, eso está muy mal. Te pedí especialmente que lo hicieras. ¿Te pedí o no te pedí? Y quedamos en que ibas a conseguirlo como sea. ¿Qué parte no entendiste, rusito? ¿No quedamos en que necesitábamos ese cuaderno como fuera?

LUCICH: —Lucich... no necesita nada, señorito...

DURÁN: —Ah, ¿no? ¿Preferís que hable con el Director?

LUCICH: —(*Medroso*) Hablar con el Director... ¿De qué, señorito?

DURÁN: —De un asunto secreto, y desagradable. Como sabrás, tengo llegada al Director. Días pasados, charlando de bueyes perdidos en su despacho, el señor Doctor Director en jefe me comenta, mirando por la ventana: “esas palomas, una nueva ordenanza municipal ordena erradicarlas de los establecimientos públicos y de salud mental”.

LUCICH: —¿Erradi qué, señorito?

DURÁN: —E-rra-di-car, rusito. Algo así como eliminar. ¿Se entiende?

LUCICH: —(*Aterrado*) ¿Director dijo eso... de mis palomas, señorito?

DURÁN: —El asunto es que no son tuyas, rusito; son del Estado y el Estado tiene disposiciones que los funcionarios, como el Director, deben hacer cumplir. ¿Y yo qué le iba a decir: “no, no las mate, son las palomas del rusito”? Porque, así como me ves, él me consulta todo a mí, confía mucho en mi criterio. Lo primero que me preguntó ayer a la tardecita, cuando me invitó con un café en su despacho, fue precisamente eso: “¿Qué hacemos con esas malditas palomas, Durán? ¿Qué haría usted en mi lugar?”.

LUCICH: —(*Desesperado*) Pero... palomitas no malditas. ¡Palomitas alegría de Lucich!

DURÁN: —Le dije que lo tenía que pensar. ¿Me entendés? En estos días le daré mi parecer. Así le dije, “mi parecer”.

LUCICH: —¿Y cuál será... su parecer, señorito?

DURÁN: —Según, ruso. Si me conseguís el cuaderno sin que el presumible judío sospeche, lo más probable es que hablemos con el Director y les podamos alargar la vida a tus palomitas. Ahora, si te seguís mostrando cabeza dura y poco dispuesto, mucho me temo que...

LUCICH: —¡Lucich hará lo que quiera, pero por favor no dañe palomas! Palomas como hijas, única alegría de Lucich, señorito... Por favor, que dejen en paz a palomas, señorito.

DURÁN: —(*Incómodo*) No necesito que me digas lo que tengo que hacer. ¡Cumplí con tu parte!

LUCICH: —Sí señorito, como diga señorito... (*Transición. Pasa a pieza de Boris. Revuelve*) Por eso Lucich se metió donde no debía... maldita la gana...

Transición. Parque. Entra TESSLER con ZETA del brazo. Luce desmejorado.

ZETA: —¿Dónde diablos habrá un médico de guardia?

TESSLER: —Ni diablos ni médico de guardia: el domingo es la mejor ocasión para morir en estado de gracia.

ZETA: —¡Termine con eso! ¿A quién se le ocurre morir con tanta poesía por parir? ¿O también la poesía es voluntad de Dios?

TESSLER: —Dado tu incurable ateísmo, prefiero no meter a Dios en esto.

ZETA: —Se está muriendo, déjese ayudar.

TESSLER: —¿Te parece que me has ayudado poco? Has sido mi hermano y mi hijo, me has hecho un lugar en tu casa, en tus afectos, en tu mesa. Has recorrido pasillos y despachos para que unos señores de cuellos duros y cerebros de almidón te designaran tutor del cacho de carne que habito. Tutor de un cacho de carne moribunda, ¡vaya acto de amor!

ZETA: —Pues sepa que no lo hice por usted. Lo hice por la poesía.

TESSLER: —En ese caso, no esperes de ella ninguna señal de gratitud. En cuanto a mí, no me siento a la altura de tu generosidad.

ZETA: —Pues no estaría en este lugar, lejos de mi familia y de mis “certezas”, si el señor no se anduviera escapando como un criminal.

TESSLER: —¿A eso viniste? ¿A rescatarme? Pero, ¿quién nos rescata del destino? ¿Quién, que no sea Dios mismo? Y tal vez ni siquiera él, una vez firmada y decretada nuestra última hora, sea capaz de volver atrás la sentencia.

ZETA: —¿Es cierto que Dios nos olvida? ¿Se desentiende de nosotros? ¿Nos echa en saco roto?

TESSLER: —Eso deberás preguntárselo a él.

ZETA: —¿Cómo hacerle preguntas a quien no se deja ver?

TESSLER: –“Crear para ver”, esa es mi respuesta, hombre de poca fe.

ZETA: –¿Dice que su muerte es inminente? Entonces, reclamo mi derecho a estar ahí.

TESSLER: – Te lo has ganado, pero con una condición (*señala hacia la lejanía*) ¿Ves aquel edificio?

ZETA: –¿Es la morgue?

TESSLER: –Hay una camilla de mármol que me espera. Un trámite rápido y rutinario: arrancar mi cerebro y meterlo en un frasco. ¿Para qué? Ni ellos lo saben. Dicen que para estudiarme, pero la verdad es muy otra: lo hacen para confirmar la muerte de otro. Atormentar carne muerta para afirmarse en la vida. ¿No te parece banal?

ZETA: –Patético, yo diría.

TESSLER: –(*Tose y Zeta lo sostiene*) El caso es que no puedo presentarme ante el Creador con la cabeza chorreante, ¿me comprendés? (*en un hilo de voz*) Tendrás que rescatarme de esos buitres (*tose*).

ZETA: –(*Lo acuna*) Maestro; si no quería terminar en sus manos, ¿para qué volvió a este lugar?

TESSLER: –¡Para esto!

Saca una pila de papeles arrugados de entre sus ropas.

TESSLER: –Se lo pasaban de mano en mano, como grandes conocedores.

ZETA: –(*Lee*) Vuelvo mis ojos. Sobre mis ojos mansos vuelvo mis ojos contra la noche oscura. Tuvo cuidado mi pavor de soledad perfecta. Después de toda la tierra rebosan las albas. Huye la muerte en cada muerte. A su alegría desnuda corren las desnudeces. De las mañanas (*Transición*) ¿Es para mí?

TESSLER: –Eras vos el que se preguntaba por ellos. En mejores manos no podían estar. (*Le toma el rostro con las manos, lo acerca al suyo*) Pero no dejes que lo hagan. Puedo perdonar casi todo, pero que destrocen mi cuerpo para llenar un formulario, ya sería demasiado. Les he perdonado casi todo, pero esto sería demasiado.

ZETA: –Estamos juntos en esto, Maestro, hasta el fin.

TESSLER: –Que se aproxima, muchacho; lo sé mejor que nadie (*tiembla*). Te confieso que si no fuera por este frío, hasta la muerte resultaría un trámite, aunque ese trámite nos lleve una vida.

ZETA *se quita el abrigo y lo cubre.*

ZETA: —Ahora se sentirá mejor.

TESSLER: —¿Y vos?

ZETA: —(*Tembleque, abraza papeles*) ¿Yo? Nunca me había sentido mejor. ¿Vamos? Venga conmigo, necesita una camilla. (*Salen*)

Transición. Habitación de BORIS. BORIS descubre a LUCICH revolviendo sus cosas.

BORIS: —¿Qué busca?

LUCICH: —Nada, con... permiso. (*Trata de salir; Boris le corta el paso*).

BORIS: —Pregunté qué buscaba.

LUCICH: —¿A usted qué le importa?

BORIS: —¿Me anda jodiendo o busca que le rompan el alma?

LUCICH: —Lucich no jode a nadie... y déjeme ir.

BORIS: —¡Hasta que no diga qué miércoles buscaba de acá no se va!

LUCICH: —¡Hablarle, eso buscaba!

Pausa.

BORIS: —¿Hablarle? ¿Por eso me revolvió?

LUCICH: —¡No revolvió se le juro!

BORIS: —No jure que miente. Me sospecho que buscaba esto. (*Saca un cuaderno. Lucich casi está a punto de tomarlo. Boris lo aleja de su alcance*). ¿Lo quiere?

LUCICH: —No es que lo quiera, lo... necesito.

BORIS: —¿Por qué mintió?

LUCICH: —¡Lucich no miente!

BORIS: —Dijo que no revolvió. Después dijo que me buscaba a mí. ¿Sabe lo que le hacen en mi país a los mentirosos?

LUCICH: —¡Lo hice por ellas! (*se quiebra*).

BORIS: —¿Ellas? ¿Quiénes?

LUCICH: —(*Lo invita a asomarse a la ventana*) ¿Las ve? Sólo vuelan... y alegran la vida... ¿A quién molestan?

BORIS: —(*Se afloja*) Si me dice para qué lo busca, se lo doy.

LUCICH: —¿En... serio?

BORIS: —Palabra.

LUCICH: —Lucich no quería... él obligó... (*Amaga tomar el cuaderno y Boris no lo deja*).

BORIS: —¿Él? ¿Quién es Él?

LUCICH: —No puedo hablar.

BORIS: —Yo sí y con el jefe de servicio. ¡Lo denunció que me robaba!

LUCICH: —¡Lucich no roba! ¡No lo haga!

BORIS: —Entonces diga quién lo manda.

LUCICH: —¡El señorito!

BORIS: —¿Qué señorito?

LUCICH: —Uno... que mandonea y grita.

BORIS: —¿Y pispea por las ventanas?

LUCICH: —¿Lo... conoce?

BORIS: —Me toca preguntar a mí; ¿cómo hace para verlo? ¿No está protegido?

LUCICH: —Lucich entra y sale de todos lados, lleva y trae, trae y lleva... comida, diarios viejos, agua pal mate...

BORIS: —¿No lo controlan?

LUCICH: —Lucich se porta bien, lo único que quiere es estar con palomitas, y ahora me las quieren matar... ¿Es justo?

BORIS: —¿Quién se las quiere matar?

LUCICH: —Parece que el Director... ¿Y por qué? ¡Qué alguien me lo diga! Si Lucich a nadie jode y ellas tampoco.

BORIS: —¿Para qué quiere mi cuaderno?

LUCICH: —No sé. ¡Pregúntele a él!

BORIS: —Se me ocurre algo mejor. (*Le ofrece el cuaderno*) Déselo.

LUCICH: —¿En serio?

BORIS: —(*Le pone el cuaderno entre las manos*) Yo tampoco miento.

LUCICH: —¿Cómo se llama?

BORIS: —Vladomiróvich. Pero dígame Vlado, así como suena. Y no se preocupe por el cuaderno, consigo otro.

LUCICH: —Yo me llamo...

BORIS: —Lucich, Antonio Esteban.

LUCICH: —¿Cómo lo supo?

BORIS: —También estuve en Caseros.

LUCICH: —¿Por...?

BORIS: —No maté a nadie. Quise robar a un burgués, que acá es peor que matar.

LUCICH: —¿Por qué lo hizo?
BORIS: —Para ayudar a compañeros presos, por eso mandaron a Ushuaia. Y en Ushuaia, tanto frío y tanta biaba, cabecita entró a fallar. Y acá me tiene.
LUCICH: —Tanto no fallará si me recuerda.
BORIS: —Anarquista obligado a recordar, le va la vida.
LUCICH: —¿Es... anarquista?
BORIS: —Todos los que queremos un mundo mejor lo somos, pero no lo sabemos, o no lo queremos saber.
LUCICH: —Habla raro.
BORIS: —Pero cumplo la palabra y no traiciono.
LUCICH: —¿Sabe porqué estuve en Caseros?
BORIS: —Por asesinato. Y por operación de fimosis terminó en hospicio.
LUCICH: —No lo desparrame. No más burlas ni humillaciones.
BORIS: —Entonces no diga que le di el cuaderno. Y vuelva mañana. Tal vez podamos ayudar a sus palomas.
LUCICH: —Palomas no mías. Palomas de nadie. Del aire.
BORIS: —Pero lo necesitan, como al aire. Vaya y guarde el secreto.
LUCICH: —¿Le dije que habla raro?
BORIS: —Y le respondí que no mato palomas ni hombres inocentes. Hasta mañana.

Transición. DURÁN *arranca el cuaderno de manos de* LUCICH.

DURÁN: —¿Qué mierda es esto?
LUCICH: —Lo que pidió.
DURÁN: —¡Pero está en blanco! ¿Es joda? ¡Esto no sirve para nada!
LUCICH: —Entonces devuélvalo.
DURÁN: —¿Devolverlo? ¿Desde cuándo me decís lo que tengo que hacer vos, che?
LUCICH: —Así podrá seguir vigilando sin despertar sospecha. Si se da cuenta de cuaderno, se pondrá en guardia. En cambio, si lo deja donde estaba...

Pausa.

DURÁN: —¿Sabés que tenés razón? ¡Hasta del cerebro más miserable se

puede caer una idea! (*transición, le devuelve el cuaderno*) Ponelo donde estaba y sin que te vea. Pero buscale la lengua, hacete amigo, sacale mentira por verdad. Necesito saber qué escribe y dónde lo esconde. Porque vos no sabés dónde lo esconde, ¿no?

LUCICH: –Tal vez... no esconda, señorito. Tal vez... elimine. O haga llegar a alguien...

DURÁN: –¿Cómo lo sabés? ¿Cómo sabés todo eso?

LUCICH: –Lucich no sabe, señorito; apenas imagina...

DURÁN: –No será que andan confabulando...

LUCICH: –¿Confabu... qué, señorito? Lucich no entiende. Sólo hace lo que usted pidió... pero con cuidado. Si Director se entera, manda biaba y pichicatas.

DURÁN: –Por algo será que te siguen dando las pichicatas, digo, será que se te siguen apareciendo.

LUCICH: –Apareciendo... ¿Quiénes, señorito?

DURÁN: –Los puntos que amasijaste. ¿Cuántos fueron? Dale, despachate, confía en mí.

LUCICH: –Lucich ya pagó, señorito. No más prisión, conciencia tranquila...

DURÁN: –Claro, me imagino. Por eso andabas en pleno invierno a las dos de la mañana a escobazos por los pasillos, ¿no? Así la terminabas de tranquilizar.

LUCICH: –(*Nervioso*) Ya se acabará...

DURÁN: –¿Se acabará qué?

LUCICH: –Pichicatas, encierro...

DURÁN: –¿En serio creés que vas a salir de acá, ruso? ¿Te creés que te van a largar, para que vuelvas a matar gente de bien, como hiciste con Córdoba Espíndola?

LUCICH: –¡Lucich no mata más! ¡Ya se curó!

DURÁN: –Pues el Director no piensa lo mismo. ¿Sabías que fueron amigos, no?

LUCICH: –¿Quiénes?

DURÁN: –El Director y Córdoba Espíndola se graduaron juntos. ¿Sabés lo que quiere decir eso, no? (*Lucich se lleva las manos a la cabeza*) Que de acá no salís más, mientras él lo pueda impedir. ¡Estás condenado!

LUCICH: –¡Condenado no!

DURÁN: —¡Condenado sí!

LUCICH: —¡Noooooo! (*Llora, acurrucado*).

DURÁN: — Todos ustedes están condenados. ¿Quién los mandó a llamar? Vinieron solitos y solitos se buscaron lo que les pasó. Mirá que los vi caer allá en el sur. Llega un momento en que la cantidad ya no cuenta, ¿sabés? Sólo importa matar, matar y seguir matando para volver pronto a casa, pero no hay caso, no aprenden más negros-chinos de mierda, gallegos y rusos renegados del culo, se hubieran vuelto a tiempo a su tierra, ahora ya es tarde, ahora la tierra que vinieron a usurpar les tapa los ojos y se los despacha, despacito, ella no tiene apuro, al contrario, tiene todo el tiempo del mundo, ¡a joderse! Y sin embargo, mirá lo que son las cosas, ninguno de ellos se atrevió a joderme los sueños, ¿entendés? ¡Ninguno! Salvo ese alemán de miércoles.

LUCICH: —¿Alemán? ¿Qué alemán, señorito?

DURÁN: —Noches y noches reviviendo el momento justo en que le disparo en medio del pecho. ¡Pum! Esto te lo manda el coronel, hijo ‘e mil puta ¡Pum! Pero el tipo no se da por vencido. Aparece y reaparece, una y otra vez. Y vieras cómo me sonríe, con esa risita de ángel falluto.

LUCICH: —¿Se reía... de la muerte, señorito?

DURÁN: —No, se ríe desde la muerte. Pero a mí no me vas a impresionar. Vas a pagar con tu pellejo la cagada que nos hiciste. No era un soldadito de tropa ni un sumbito* de morondanga. Era un grande, ¿entendés? Y tan grande que el mismísimo Ministro de Defensa le encomendó la misión de limpiar la Patagonia de elementos indeseables... hasta el presidente de la nación estaba al tanto. (*Transición*). Por eso procedí, porque alguien tenía que lavar ese crimen infame. ¡Ni que pidas por todos los santos te vas a salvar!

LUCICH: —¿Y él... pidió? ¿Por todos los santos?

DURÁN: —No. Era cojonudo. Cuando le dije “vas a morir” me miró a los ojos y me dijo “proceda”. Y yo procedí. ¡Pum! A ver si con esto te quedan ganas de reírte de mí.

BORIS: —Pero el futuro está por escribirse. ¡Con sangre de asesinos!

DURÁN: —¿Qué mierda me tiene que venir a joder después de muerto, no? Si él mismo me invitó, me dijo “proceda”. Y yo procedí, ¡qué joder! Ahora no hay devolución.

Pausa

- LUCICH: —Claro. No devolución. ¿Hablará con Director?
- DURÁN: —(*Alza la vista*) ¿Con el... Director? ¿Y de qué tendría que hablar YO con el Director?
- LUCICH: —De Lucich... y de palomas, recuerda que prometió...
- DURÁN: —Y a cambio de qué te prometí, ¿a ver? Refrescame un poquito la memoria.
- LUCICH: —(*Incómodo y nervioso*) Bueno, a cambio de... cuadernos del nuevo, señorito...
- DURÁN: —Pero, que yo sepa, el cuaderno que me trajiste no sirve ni pa' limpiarse el traste, ¿cierto?
- LUCICH: —Bueno, pero Lucich puede... volver a intentarlo... una y otra vez, señorito. Todas las veces que sea necesario...
- DURÁN: —Mejor no, mejor vamos a probar con otra cosa, pero esta vez no me tenés que fallar, ¿estamos?
- LUCICH: —Sí señorito, pero yo...
- DURÁN: —¿Pero vos nada! Te voy a hacer una pregunta y vos me vas a contestar toda la verdad, ¿se entiende? (*En voz alta*) ¿Se entiende o no se entiende?
- LUCICH: —Señorito, yo...
- DURÁN: —¿Es cierto que cuando estabas en Caseros te operaron del pito y que por eso terminaste en este agujero? ¿Porque te agarró un ataque y no sabían qué hacer con vos?
- LUCICH: —(*Humillado*) Parece... saberlo todo, señorito...
- DURÁN: —Pero no lo vi y yo lo que necesito es ver.
- LUCICH: —¿Ver... qué, señorito?
- DURÁN: —Cómo te quedó. Vi muchos en mi vida, muchos. En el vestuario del GEBA, o cuando hice la instrucción en la milicia, pero así, operados como el tuyo, nunca. ¿Es cierto que te queda como si fuera un matambre, todo zurcido? No tengas miedo, si querés te muestro el mío. Y hasta los podemos comparar, ¿querés? Yo primero, mirá, mirá (*se baja los pantalones*) ¿Eh? ¿Querés o no querés? ¿O preferís que les baje el pulgar a tus estúpidas palomas? ¿Eh? ¿Querés que venga Salud Pública y te las extermine? ¿Eh? ¡Contestá carajo!

Largo grito de LUCICH, escapa. BORIS le corta el paso.

- VOZ: – Carta para Durán Olmos. Durán, correspondencia.
- BORIS: –Se lo dije: la fiera cebada sólo quiere sangre. Hasta de palomas.
- LUCICH: –¡De palomas no!
- BORIS: –Ya las tomó entre ceja y ceja. ¡Se las amasija!
- LUCICH: –No, si Lucich lo puede impedir.
- BORIS: –Claro que puede, no hay tiempo que perder. El domingo recibo visitas y traen regalo para nuestro común amigo. Allá en el sur me hice pasar por loco para tenerlo a tiro de pistola. Lo planeamos con mi amigo Simón, paso por paso, no podía fallar. Pero cuando llego me encuentro que lo tienen protegido. ¿Es justo que un asesino reciba trato de rey y que les ande retorciendo el pescuezo a unas pobres palomas inocentes?
- LUCICH: –¡Palomas no!
- BORIS: –De usted depende, camarada. Usted sí puede llegar a ese demonio. Guarde secreto y espere la señal.
- DURÁN: –(*Lee la carta del Doctor Zabalza Ezcurra*): Querido muchacho, compromisos insalvables me impiden transmitírte personalmente mi apoyo en este difícil trance, pero me veo en la obligación de escribirte para llamarte al orden y advertírte que me preocupa seriamente el tono de tus últimas misivas. ¿Qué es eso de hacer vigilar a cada interno? Y lo que es más grave aún: ¿qué es eso de armarse para espantar demonios? ¿Qué anda pasando por esa cabecita dislocada, estimado? ¿Así correspondemos al esfuerzo realizado para sacarte de ahí cuanto antes? Si te afflige la inseguridad que decís sentir, hago mías las palabras del Director, Doctor Méndez Quijano, en el sentido de que en ninguna otra parte estarás más seguro que ahí; tal vez resultaría más conveniente seguir las indicaciones de los facultativos que están ahí para ayudarte y reforzar tu medicación nocturna. El propio Doctor Méndez Quijano asegura que dormirás como un angelito. Por último, querido muchacho, me veo en la obligación de llamarte a sosiego en el sentido de que, si cumplieras tus amenazas de ventilar ante la prensa tu situación actual, las peores consecuencias de semejante actitud correrían en contra tuya, espero valores en su justa medida el peso de mis palabras. Te

saluda cordialmente. José Ignacio de Zabala Ezcurra, Doctor en Leyes y Diputado Nacional. *(Deja de leer, sonríe, estruja la carta, la hace un bollo. Se la lleva a la boca y se la come).*

BORIS: —*(Sostiene entre las manos el cadáver sangrante de una paloma)* Inocente y noble bichito que Madre Natura pone en mis manos como instrumento de Justicia y reivindicación; vas a estarte quietecita y vas a sangrar hasta tu última gota, porque así debe ser. Si Dios tuviera el coraje de hacer acto de presencia, nada de esto sería necesario. Pero en su ausencia manifiesta, le toca al hombre lavar el crimen cobarde e impune porque la sangre derramada sólo con sangre se lava *(Coloca la paloma en el piso)*.

Transición. Entra LUCICH y la descubre. Levanta la paloma, la acuna, llora, lame la sangre que chorrea que mancha sus manos. Se va llorando. Mientras LUCICH vela a su paloma, ZABALA EZCURRA lee su carta.

Z. EZCURRA: —Estimado diputado Méndez Cáceres; de acuerdo a lo convenido, y efectuada la evaluación al joven Durán Olmos, le confieso que me preocupa profundamente su actual estado de alteración y desesperanza. Temo, estimado doctor, que dado el carácter impetuoso y díscolo de Durán, no sería extraño esperar de él alguna actitud de peligrosa desesperación que nos pusiera en problemas.

BORIS: —¿Nadie lo visita?

LUCICH: —Las palomas. Hasta que me las matan.

BORIS: —Pues a mí sí me visitaron. Y me trajeron algo para usted.

LUCICH: —¿Para mí?

BORIS: —Y para él. Para el chacal. *(Le da un paquete)* Dirá que el arma estaba en su escritorio. Y que le quiso disparar. A falta de testigos, no tendrán más remedio que creerle. Por eso hay que buscar el momento.

LUCICH: —¿Cuándo?

BORIS: —Lo antes posible. Tal vez hoy mismo.

LUCICH: —Por mis palomitas.

BORIS: —Ni las mencione. O se las tomarán con ellas. Dígame que viene de parte de Wilkens.

LUCICH: —¿Wil... ckens?

BORIS: —Wilckens, sí, grabeseló. Kurt-Wilckens. ¿Se va a acordar?

LUCICH: —Claro. Wilckens, Kurt Wilckens. Palomitas no. Wilckens.

A la salida de LUCICH, BORIS se sienta en un banco. Entra TESSLER muy desmejorado. Se sienta junto a él.

BORIS: —¿De nuevo por acá? ¿Y su amigo?

TESSLER: —Por ahí, buscando una camilla donde echar mis huesos. Se ha empeñado en lo imposible: que la muerte me perdone la vida. ¿Y de que le sirve una camilla a un condenado? Lo que debe ser, será, en una camilla o a cielo abierto. ¿Tendrá la bondad? (*Boris lo ayuda a recostarse*) Así está mejor. Cuénteme de su crimen, ¿pudo cometerlo finalmente?

Se oye el estruendo de un balazo.

BORIS: —(*Sonríe*) En eso estoy.

TESSLER: —En ese caso le deseo la mejor de las suertes, o la peor de las desgracias, si Dios así lo dispone.

BORIS: —¿Tan seguro está de la atención de su Dios? ¿Y si le demostrara que no le importamos y que está ocupado en cosas mucho más trascendentes que un hombre asesinando a otro?

TESSLER: —(*Cierra los párpados*) Le contestaría que sin fe ninguna revolución llegará a buen fin. Tal vez ese y no otro sea el fin de las revoluciones.

BORIS: —Me llama hombre de poca fe, y sin embargo es usted quien descrea del hombre.

TESSLER: —Se equivoca. ¿Quién soy yo, al fin de cuentas para creer o descreer de nada que exceda mi fe? Observe, pero observe con atención (*levanta algo del piso*) ¿Qué ve?

BORIS: —Parece un insecto.

TESSLER: —Muerto. El cuerpo sin vida de un insecto. Así terminaremos todos. No será tanto entonces lo que nos separa, si en eso nos parecemos. Un baño de humildad, eso deberían darse los hombres para ser recibidos en el cielo. Escuche (*Cierra los ojos*) ¿Qué oye?

BORIS: —¡Nada!

TESSLER: —Pues le juro que si de mí dependiera, pagaría por dejar este mundo en medio de un silencio así, un silencio sin pudores ni

pestes, un silencio temido hasta por la muerte, el último de los silencios, que me uniera a Dios por dos o tres eternidades, ¿escucha? Así, morir así, ahí tiene su revolución.

ZETA: —(*Aparece empujando una camilla*) Por fin lo encuentro. ¿Qué le pasa? ¿Se ha empeñado en jugar a las escondidas? ¡Pues le aseguro que las cosas no están para juegos! (*se le acerca, confidencial*) Ha ocurrido un hecho terrible: ese que llaman el croata mató a balazos a otro interno. Ha venido la policía y hasta el periodismo. Será mejor salir de este lugar, y buscar dónde lo atiendan. Unos buenos amigos que recuerdan y agradecen sus versos se han ofrecido a sacarlo, una botella de buen vino alcanzó para sellar el pacto. ¿Está listo? (*Pausa*) Maestro, ¿puede oírme?

BORIS: —Ya no. Se ha dormido.

ZETA: —Dormido.

BORIS: —Le espera lo peor. Lo cortarán en pedazos y los repartirán en recipientes.

ZETA: —(*Mientras acaricia el pelo de Tesler*) No mientras yo pueda impedirlo.

BORIS: —La condición de poeta no lo exime del destino de cualquier hombre.

ZETA: —¿Y qué sabe usted? ¿Qué sabe de este hombre? ¡Sólo la poesía lo sabe! ¡La poesía, herida de muerte! Porque ha muerto un poeta, un espía de Dios. ¿Se da cuenta? Olvidado hasta de sus amigos, los mismos que se jactaban de su amistad y hasta lo llevaron a pasear por Europa por pura vanidad de ocasión, y sin embargo fue capaz de escribir esto:

Demencia, el camino más alto
Y más desierto
Semblantes inflamados
Dilatación vidriosa de los ojos
En el camino más alto
Y más desierto.

Se erizan los cabellos
Del espanto
El patio del hospicio es como un banco

A lo largo del muro
Me hago la señal de la cruz
A pesar de ser judío

¿A quién llamar?
¿A quién
Desde el camino tan alto
Y tan desierto?

Se acerca Dios
En pilchas de loquero
Y ahorca mi gañote
Con sus enormes manos
Sarmentosas
Mí canto se enrosca
En el desierto
¡Piedad! ¹

¿Ahora entiende por qué hay que sacarlo de este sitio cuanto antes? No solamente los escribió, también los vivió hasta las últimas consecuencias. Eran sus criaturas, la prueba más terminante de su dignidad, mientras el mundo giraba y se empeñaba en ignorarlo (*a Tesler*) ¿No quería presentarse ante Dios con la cabeza destrozada? ¡Cúmplase pues su voluntad! (*Intenta levantar el cuerpo*).

- BORIS: —Espere. Hay algo que debe saber. Será un secreto entre usted y yo.
- ZETA: —¿Secreto? ¿Qué clase de secreto?
- BORIS: —El croata sólo disparó el arma. Pero el plan salió de este cerebro. ¡Fue mi máxima creación!
- ZETA: —¿Por qué me lo cuenta? ¿Por qué a mí?
- BORIS: —Porque alguien debe saberlo, antes que la policía me haga pedazos.
- ZETA: —A ver si puedo comprenderlo: ¿dice que un inocente será condenado por su culpa? ¿Y llama a eso su “máxima creación”?
- BORIS: —(*Lo toma del brazo*) ¡Se empeña en no entender! ¡No hay inocentes

1 - “Demencia”, poema de Jacobo Fijman

en esta historia! Sólo piezas que el destino acomoda. Así puso al croata en mi camino, y así el mundo cuenta con un asesino menos. El camino hacia la revolución es largo y doloroso, pero el objetivo es mucho más importante que los recursos empeñados. Pronto vendrán a buscarme, y es posible que me humillen y que hasta me torturen, una vez más, pero no les servirá de nada porque nada de lo que hagan con mi cuerpo corregirá el destino. (*Zeta intenta saltarse, no puede*) ¡No se deje engañar por lo que ve! Estamos rodeados de muerte, pero más allá de estas paredes la vida sigue adelante. Aquí mismo, a unos metros nomás, hay seres que sueñan y se desviven por salir de este infierno. Tampoco olvide esto: con sangre de asesinos también se escribe la historia. ¿Jura que lo recordará?

ZETA: —Como a mi nombre. (*Aparecen dos camilleros*) ¿Listo, Maestro? Ahora sí, llegó la hora.

Transición. Penumbra. Dos hombres ayudan a ZETA a cargar el cuerpo de TESSLER, que queda en la camilla, cubierto por una sábana.

Luminosidad extraña sobre el banco del parque.

LUCICH: — Entonces vino comisario y dijo:

COMISARIO: —Si decís que lo mataste por las tuyas, lo vamos a tener que torturar hasta que se confiese culpable. En cambio, si declarás que el arma te la dio él, le aplicamos la ley vigente y le ahorrás sufrimientos, tenés mi palabra.

LUCICH: — “Ley vigente”, así dijo comisario. Entonces Lucich preguntó porqué condenar a inocente...

COMISARIO: —Porque cuando no aparece un culpable no queda más remedio que inventarlo, ¿entendés, rusito? Pero si no encontramos un culpable vienen los periodistas y te lo inventan ellos... o lo que es peor, se ponen a inventar inocentes donde no hay, por eso te digo; si decimos que lo mataste porque te sacaba el aire se nos van a reír en la cara, van a empezar con lo del gato encerrado, y a ver donde no hay. Pero si decimos que te dio el arma y te llenó la cabeza de boludeces anarquistas, entonces todos contentos; los periodistas, la chusma que compra los diarios y lo más importante, los políticos que nunca sabemos cuándo nos van a pagar algún favorcito con otro favorcito, así funciona la democracia, ¿entendés?

BORIS: —Es usted el que no entiende, comisario.

COMISARIO: —¿Ah, no? ¿Tendrá entonces la amabilidad de explicarme, señor degenerado social?

BORIS: —No somos hombres, no al menos en el sentido que la gente como usted le otorga a esa palabra. Apenas somos una misión. Nada más, nada menos. Una vez cumplida, pasamos a ser nada, ni siquiera un recuerdo... sabe cuál es la diferencia entre usted y yo?

COMISARIO: —¿Y eso a quién le importa?

BORIS: —Así hablan los que odian, comisario. Y ésa es precisamente la diferencia entre nosotros. En ustedes, el odio echó raíces, y por eso matan.

COMISARIO: —Sólo falta que me diga que ustedes matan por amor.

BORIS: —Claro que no, comisario. Matamos porque no nos dejan alternativa. Porque nos cercaron todos los caminos, por esa fatalidad. La misma fatalidad que hoy nos separa, pudo hermanarnos en otra vida.

COMISARIO: —Libreme el cielo de un hermano como usted.

BORIS: —¿Por qué, comisario? ¿Tanto desprecio le merece quien lleva sus ideales hasta las últimas consecuencias?

COMISARIO: —No estoy entrenado para filosofar como tanto parece gustarle. Sólo me muevo entre certezas. Es posible que una fatalidad nos enfrente. En cuyo caso, no es mi culpa que esa misma fatalidad le cueste la vida.

Dos verdugos aprisionan a BORIS, que grita y se desmaya.

MURGA SUMARIA:
—Resolviéndose en consecuencia que el principal sospechoso de instigación del crimen resultara el profesor Boris Vladomiróvich, ruso de nacimiento y anarquista por elección...

Se oye un grito feroz de dolor de BORIS.

MURGA SUMARIA:
—Las versiones sobre apremios ilegales y tormentos físicos efectuados en la persona del sospechoso para obtener su confesión resultaron finalmente desestimadas por el tribunal...

Que lo encontró culpable y pasible de reclusión por tiempo indeterminado...
Sentencia de cumplimiento efectivo, no resarcible con multa...
Ni con tormentos...

Nuevo grito de BORIS.

MURGA SUMARIA:

—Pero para llegar a tan luctuoso final tuvieron que ocurrir otras cosas...
Cosas terribles y trágicas... Como la historia de un país.

Transición. Última carta de ZABALLA EZCURRA.

Por último, Doctor Méndez Ibarguren, fuentes allegadas a los servicios de seguridad barajan la posibilidad de una confabulación para acabar con la vida de Durán Olmos. Muerto de esa forma, ¿por qué no a manos de algún interno?, nuestro joven amigo se convertiría en una nueva víctima del anarquismo y en mártir de nuestra causa, garantizando al mismo tiempo que cierta información peligrosa en bocas imprudentes se conserve en el anonimato, de donde es recomendable que no salga jamás, estará de acuerdo conmigo. Quedando en espera de su valioso parecer al respecto, reciba mi más cordial saludo,
Guillermo de las Mercedes Zabala y Ezcurra, Jurisconsulto y
Diputado de la Nación.

EPÍLOGO

MURGA SUMARIA:

—Como consecuencia de lo expuesto, el interno y degenerado social, Esteban Lucich, fue confinado al pabellón de máxima seguridad del hospital, el mismo que ocupara su víctima Durán Olmos hasta el momento de su deceso.
Allí permaneció confinado por espacio de dos años y siete meses, sumido en un profundo mutismo y sin establecer contacto con el

mundo que lo rodeaba.

Cumplido este plazo, y sin motivo aparente, rompió su ostracismo con estas palabras:

LUCICH: —Quiero hablar con el Director.

Cumplido que fue su pedido, LUCICH procedió a asesinar a balazos al Director médico del establecimiento, DOCTOR LUCIANO MÉNDEZ QUIJANO, no sin antes advertirle que las palomas eran seres inocentes de toda culpa humana.

Jamás se supo cómo consiguió la nueva arma.

Ninguna placa ni efeméride recuerdan, a la fecha, su oscura epopeya...

FLN

(*) *Sumbito: sumbo, suboficial de bajo rango.*

JUGUETE A R L T ERADO



(Otra sucia historia de amor...)

JUGUETE A R L T E R A D O

PERSONAJES

SILVIO ASTIER DRODMAN

EL RENGÓ

Género: Grotresco-expresionista

1 – CARTA DE SILVIO

Estimado Sr. Rocambole:

Le escribo la presente sabiendo de antemano que jamás se reunirá con ella.

Entre otras razones porque usted, literalmente hablando, no existe. Pero sobre todo porque tampoco yo hubiera sido capaz de trascender un destino oscuro y miserable de no mediar su colosal ejemplo, sólo posible gracias a la pluma de su mentor, el ilustre Ponson Du Terrail.

(Reverencia)

A ambos, por tanto, dedico el relato de los acontecimientos que motivaron la prisión y posterior redención de dos pobres infelices, que de eso y de ninguna otra cosa trata esta historia...

2 – IRRUMPE RISOTADA DE RENGÓ. MESA DE BODEGÓN SUBURBANO.

RENGÓ: –Y con esa gilada, ¿me querés creer que le achaqué otra botella de tinto?

SILVIO: –¿Y el turco?

RENGO: —¿Y no te digo? En la trastienda, ¡pesando aceitunas!

Ríen los dos.

SILVIO: —Ay ay Rengo, sos máquina de joder gente... ¡me pregunto de dónde sacás tantas patrañas!

RENGO: —¿Y de dónde si no de la vida, Drodman? Si alguna vez me hubiera pasado algo que valiera la pena de contar, perdé cuidado que no andaría metiéndole trampa a cuanto gilito se me cruza... pero nunca me pasó nada digno, nada que me haga sentir orgulloso de mí mismo, nada. Pude ser un gran jockey, condiciones no me faltaban, pero me hicieron la cama, el caballo se desbocó y terminé en el hospital, con un montón de huesos rotos y esta gamba inútil para siempre. En el haras de los Saraceni, terminé, juntando bosta y desperdicio...

SILVIO: —Sí, eso ya lo sé.

RENGO: —Porque te lo conté mil veces, ¿cierto?

SILVIO: —Tantas, que me pregunto si me hiciste venir a esta hora, con un sol que raja la tierra, para contármelo de nuevo.

RENGO: —También tenés lo tuyo, eh rubio... no sos fácil de empaquetar.

SILVIO: —Solo el mejor discípulo supera al Maestro, Rengo. ¿Qué hay? No le des vueltas.

RENGO: —¿Querés saber qué hay? ¡ESTO HAY!

Despliega un papel doblado en muchas partes, tipo plano. SILVIO lo toma y mira. Mira dos o tres veces a RENGÓ, con creciente curiosidad.

RENGO: —¿Y? ¿Cómo lo ves?

SILVIO: —Parece una... ¡una máquina!

RENGO: —(Lo alienta) ¿Máquina de qué, Drodman? (Señala) ¡Decilo!

SILVIO: —Dispositivo orientado a la fabricación de billetes en serie... ¿Una máquina... de falsificar dinero?

RENGO: —¡De fa-bricar, Drodman! ¡Fa-bri-car! ¡Que no es lo mismo! Si lo fabrican los que nos mandan al tacho, ¿por qué no seguir su ejemplo? ¿Por unas estúpidas leyes que ellos mismos se dictaron a gusto y piacere? (Transición) ¿Te das cuenta, Drodman? ¡El sueño de la moneda propia! ¿Cuántas veces me lo confiaste, como un proyecto secreto? Acá lo tenés: ¡tu juguete dorado!

SILVIO: —¿De dónde... sacaste esto?

RENGO: —Primero contestá vos: ¿sirve o no sirve?

SILVIO: —¿Lo robaste? La verdad, Rengo.

RENGO: —Me lo dieron.

SILVIO: —¿Quién te lo dio?

RENGO: —¡Alguien... que no tenía en quién confiar! ¡Y no tuvo mejor idea que pensar en el Rengo que acomoda carros en el mercado! Después de todo, ¿quién sospecharía de un disminuído?

SILVIO: —¡Es muy importante que me digas dónde está el que trazó esto, Rengo!

RENGO: —No lo sé.

SILVIO: —¿Cómo que no sabés? ¡Te pedí la verdad! ¡También yo necesito confiar en vos!

RENGO: —Es que... ¡desapareció! ¡Desapareció de los lugares que frecuentaba! Algunos juran que lo vieron por Europa, otros, flotando en el Riachuelo. (*Se alza de hombros*) Yo no lo vi más.

SILVIO: —¿Y el nombre? ¡No es posible que no sepas el nombre!

RENGO: —Sólo sé que le dicen El Astrólogo...

SILVIO: —¿El... Astrólogo? ¡Si lo llaman así debe estar chiflado! ¿Se lo robaste?

RENGO: —Me lo dio un día que llovía. Vino corriendo, me pidió que se lo guardara por unos días y no volví a verlo. Después supe que lo buscaba la ley.

SILVIO: —¿Pasaron ya esos días?

RENGO: —¡Uf! ¡De sobra! ¡Pasaron y no volverán!

SILVIO: —¿Hace cuánto, Rengo?

RENGO: —¡No sé! ¡Meses, años! ¡No llevo la cuenta, Drodman! ¿A qué viene tanto misterio?

SILVIO: —¿Y justamente VOS me lo preguntás? Me citás en este tugurio, bajo un sol que abrasa, para preguntarme si merezco tu confianza y, después ¿soy yo el misterioso? ¡Necesito saber cómo te reuniste con este plano, y qué pensás hacer con él!

RENGO: —¿Qué harías en mi lugar?

SILVIO: —Me olvidaría. Para fabricar estas planchas necesitás pasteca. ¡Mucha!

RENGO: —¿Cuánta?

SILVIO: —Olvidate. No es mucha, en comparación con la utilidad que nos

rendiría si pudiéramos fabricarlo. Pero como nacimos pobres, y de la pobreza a la desgracia hay menos que un paso, te sugiero que borres este episodio de tu memoria y te resignes a esta suerte perra... ¡ya estarás lo suficientemente entrenado, me imagino!
(Estruja el plano, como para romperlo).

RENGO: —¡CUIDADO! *(Le arranca el plano de las manos, lo alisa nuevamente)*
¿Te volviste loco? *(Encendido)* ¿No estás harto de vender papel en el mercado? ¿Y de soportar el desprecio de tanos y turcos y gallegos patasucias y presumidos?

SILVIO: —Tan harto como vos, Rengo... ¿Acaso no te humillan igual que a mí?

RENGO: —Igual no; ¡PEOR! Pero conmigo es diferente, ¿sabés? Porque yo soy el Rengo, la criatura que se arrastra por la vida dándoles lástima y asco, pero les palmeo el hombro y los hago reír con mis groserías. Entonces ellos se apiadan y me tiran una verdurita pa' la sopa o un huesito caracú pal puchero... soy su bufón, conmigo se sienten generosos, casi buenos... vos en cambio, todavía sos joven, inteligente... ¿por qué no te abris? ¡A veces veo cómo te humillan para comprarte unas cuartillas de roñoso papel y me pregunto si es necesario caer tan bajo!

SILVIO: —Es que me gusta sufrir, Rengo. No lo puedo evitar. Y soy pobre, como vos. La pobreza nos hermana.

RENGO: —*(Sonríe, feroz)* ¡Por eso te elijo, Drodman! ¡Porque sos capaz de reírte de tu miseria! ¡Y porque llegó la hora de salir para siempre del chiquero! Se terminaron los sufrimientos, es hora de gozar, porque la vida es linda, ¿sabés? Te llamará la atención que un rengo, un negado de la vida, sea capaz de seguir creyendo en ella. Pero ¿sabés qué? He aprendido que la vida es hembra: más te maltrata, peor te humillás a sus pies. Y ¿sabés por qué? Porque ella misma nos elige para el sacrificio, ¿entendés? De otro modo no nos hubieran puesto acá, en este mundo de mentiras y postergaciones, ¿me seguís?

SILVIO: —*(Se ha puesto serio)* Rengo, ¿me hiciste venir a este tugurio para repasar tu catálogo de sandeces? ¿No me estarás tomando pa' la joda vos?

RENGO: —*(Nervioso, contenido, le habla en voz baja)* Alcanzan... ¿diez de los grandes? ¡Para el juguete, digo!

- SILVIO: —¿Diez grandes? ¿Y de dónde... pensás sacarlos?
- RENGO: —Contestá primero: ¿Alcanzan o no alcanzan?
- SILVIO: —¡Y sobran! ¿Pero de dónde?
- RENGO: —Y contestá esto otro: ¿Podemos o no podemos... confiar en vos?
- SILVIO: —Pueden... ¿quiénes?
- RENGO: —Mi socia... y yo.
- SILVIO: —¿Te asociaste con una hembra? ¿Pero te has vuelto loco o estúpido che?
- RENGO: —Una hembra muy especial, Rubio... y tanto que ya me ha dado pruebas de fidelidad... absoluta. ¡Mirá! (*Saca un par de llaves, las deposita sobre la mesa*) ¿Sabés lo que es esto?
- SILVIO: —(*Las estudia, controlando su curiosidad*) Parecen... llaves.
- RENGO: —¡Claro que son llaves, Drodman! ¡En ellas se fueron las monedas que había juntado para mi cena! Dos días llevo sin comer, ¿entendés?
- SILVIO: —¡Ya deberías estar acostumbrado!
- RENGO: —¡Error, Drodman! El que se amiga con el hambre firma su sentencia de muerte, ¡nunca lo olvidés!
- SILVIO: —¿Y qué pensás abrir con esas llaves, Rengo?
- RENGO: —(*Confidencial*) La caja fuerte del Ingeniero Ervitti, ¿lo ubicás?
- SILVIO: —¿El cajetilla que vive en el caserón de frente a la plaza? ¿Que va y viene en carruaje a todos lados?
- RENGO: —¡Y que la tiene toda junta en el banco! Y que dos veces al mes la carga en ese mismo carruaje y se la trae para sus “operaciones”...
- SILVIO: —¿Para sus qué?
- RENGO: —Inversor...
- SILVIO: —¿Ajá? ¿Y en qué invierte, seré curioso?
- RENGO: —¡En braguetas! ¡Él es el invertido! Dos por tres sale de cacería... ¡Y deja la casona vacía... y la caja fuerte llena! ¿Te interesa?
- SILVIO: —¿Vender mi bragueta?
- RENGO: —¡Esa caja fuerte! ¿Ahora sos vos el que me farrea? ¡Ayer mismito traje una carga!
- SILVIO: —Diez mil es buena plata, y el plan está bien, pero qué querés que te diga, con el tres nunca me llevé bien...
- RENGO: —(*Se contiene de zamarrearlo*) ¡No seas imbécil, Drodman! ¡Si fabricamos el juguete tendrás mucho más que eso!
- SILVIO: —¿Para compartirlo con quiénes?

Pausa.

- RENGO: —(*Duda*) ¿Querés mitá y mitá? ¿Es eso? ¿Cincuenta pa' vos, cincuenta nosotros? ¡Con mi socia igual nos arreglamos!
- SILVIO: —Tu socia... ¿o más que socia? ¿No serás vos el empaquetado, renguito?
- RENGO: —Ah claro, vos lo que me querés decir es que los rengos no tenemos derecho al amor, es eso, ¿cierto? ¡Ni siquiera con una sirvienta...!

Pausa

- SILVIO: —Dijiste... ¿sirvienta? ¿No será la mulata... que trabaja con el ingeniero, no?
- RENGO: —Algo me habrá visto, ¿no?
- SILVIO: —Oíme hermano, ¿vos querés terminar preso por estupro?
- RENGO: —Sin insultar, ¡más estúpido serás vos!
- SILVIO: —Estupro, ¡boludo! ¡ES-TUPRO! ¡Es casi una nena! ¡Podría ser... tu hija!
- RENGO: —¡¿Mi hija?! ¿Pero vos la viste bien? (*Se arremanga*) ¡Mirá esto, Drodman! Soy Antonio Pacamicci, Pacamicci con doble cé, así como suena. ¡Pobre, contrahecho, pero blanco! ¡Descendiente de milaneses! ¿Cómo va a ser mi hija? (*Transición, libidinoso*) ¡Y es carne tierna, Drodman! ¿Te dio por la moral? ¿O estás celoso?
- SILVIO: —¿Celoso de una negra? Avisá, ¡si ni la conozco! ¡Que se saque el olor a catinga primero! (*Libidinoso*) ¿Es cierto que huelen... distinto?
- RENGO: —No menos que tu hermana, Drodman, ¿agarrás viaje?
- SILVIO: —¡Cuando cruza la plaza ni levanta la vista del piso! ¡Y eso que los reos le gritan cada cosa! Pero ella, como si nada... se diría que le gusta.
- RENGO: —La quiero, Drodman. Y ella a mí.
- SILVIO: —En ese caso... peor para ustedes.
- RENGO: —Por un momento llegué a pensar que podía confiar en vos pero... veo que me equivoqué.

Marca salida

SILVIO: —¿Qué, te hacés el ofendido ahora?
RENGO: —¡Sólo te pido que no lo comentés con nadie!

RENGO *sale*.

SILVIO: —¡El golpe está bien pensado!

Tiempo. Reaparece RENGO.

SILVIO: —¡No puede fallar!
RENGO: —¿Hablás en serio?
SILVIO: —¡A no ser que alguien... traicione!
RENGO: —(*Controla mal su ansiedad*) Pero eso no puede ocurrir, ¿cierto, Drodman? Verdad que sos... ¿confiable?
SILVIO: —¡Si te digo que cuentas conmigo es que cuentas conmigo!
RENGO: —¡Sabía que no me podías fallar! ¡Lo sabía!
SILVIO: —¿También sabés lo que nos espera si nos agarran, no?
RENGO: —Me pregunto y te pregunto, Drodman: ¿hay algo peor que esta vida miserable y sin esperanza? ¡Prometeme que no te vas a echar atrás! ¡Y que vas a parar de joderme con que “podría ser mi hija” y toda esa cháchara!
SILVIO: —Te doy mi palabra. Que sean felices y coman perdices... lo que sí, tendríamos que ver el asunto del... porcentaje, ¿no te parece?

Pausa.

RENGO: —(*Desconfiado*) ¿Vos me estás jodiendo, Silvio Astier Drodman? (*Lo toma del brazo, lo zamarrea*) ¿Te seguís riendo del rengo y la mulata?
SILVIO: —¡Soltá carajo! ¡Imbécil, no llamés la atención! (*Transición*) ¿Por qué me reiría de ustedes? Porque encontraron el amor. ¡Sería un... envidioso! (*Se tienta*)
RENGO: —¡No te rías de mí, Drodman!
SILVIO: —(*Grita*) ¡Carajo, te digo que no me río!
RENGO: —(*Más alto*) ¡Tres partes iguales! ¡Es la oportunidad de tu vida!
SILVIO: —¡Tendré otras! ¡Vos, no sé!
RENGO: —¡No me jugués sucio, Drodman!!!
SILVIO: —¡Buscate otro!

Se levanta, marca salida. RENGO le corta el paso.

- RENGO: —¿No éramos amigos? ¿Eh? ¿Éramos o no éramos?
SILVIO: —No me ofreciste amistad, Rengo... me ofreciste una so-cie-dad. Y las sociedades de tres siempre traen problemas... A no ser, claro, que la renta justifique el riesgo...
RENGO: —¡Cuentas claras, Rubio! ¡¿Cuál es tu precio?!
SILVIO: —Sesenta y cuarenta...
RENGO: —(*Duda. Tentativo*) Sesenta nosotros... cuarenta vos, ¿eso querés?

Le ofrece la mano.

- SILVIO: —Temo que no nos entendemos, Renguito Pacamicci: es al revés; para mí, sesenta... para ustedes, cuarenta.
RENGO: —(*Apabullado*) Ah claro. Para vos, sesenta.
SILVIO: —Y para ustedes...
RENGO: —Cuarenta...
SILVIO: —¿Entendiste ahora?
RENGO: —Claro, claro. ¿Me estás proponiendo... para vos, sesenta, y para nosotros para... nosotros?
SILVIO: —Si digo cuarenta para ustedes se entiende que el sesenta es para mí, ¿no? ¿Agarrás viaje?
RENGO: —¿Sabés? Creí que éramos amigos.
SILVIO: —Y yo creí que hablábamos de negocios.
RENGO: —¿Hablar de negocios con un cajetilla abusador? ¡¿Cómo se hace?!
SILVIO: —¿Abusador? ¿Me llamás abusador? ¿A mí, turrito?
RENGO: —¿Qué te pasa, Drodman? ¿Querés que me humille? ¡¿ASÍ TRATÁS A LOS AMIGOS?!
SILVIO: —¡BAJÁ LOS HUMOS! (*Silencio breve*) ¡Que yo no te fui a buscar eh! ¡VOS viniste!
RENGO: —(*Grita*) Es cierto, vine por vos... ¡y todavía no contestaste! ¡Me pedís la mayoría de la torta y ni siquiera me contestaste!
SILVIO: —¿No contesté qué? ¿Qué es lo que debo contestar, a ver?
RENGO: —¡Si podemos confiar en vos!
SILVIO: —¿Y yo? ¿Puedo confiar YO en ustedes, Rengo Pacamicci con doble cé? ¡Dame una prueba contundente! Convenceme, ¿a ver?

RENGO: —Ajá. ¡Querés que te convenza... era eso lo que querías!

Duda, toma las llaves de la mesa, esconde las manos tras la espalda, y luego las regresa, con los puños cerrados. Con un gesto invita a SILVIO a elegir alguno de los puños cerrados.

RENGO: —Elegí.

SILVIO: —¿Para qué...?

RENGO: —¡Vos elegí!

SILVIO duda, señala una mano de RENGO. RENGO abre un puño y deposita una llave en la mesa. Se guarda la otra.

RENGO: —Ahora dependemos uno del otro, yo tengo la llave de la casa, vos la de la caja fuerte... ¿qué más querés?

SILVIO: —(Toma el plano, se lo guarda) ¿Qué más quiero? Tu sueño de grandeza.

RENGO: —(Se lo da, con recelo) ¿Alcanza con eso?

SILVIO: —De mi parte... ¡trato hecho!

Se dan la mano.

RENGO: —¿Mañana a esta hora, entonces?

SILVIO: —¿Por qué no hoy?

RENGO: —¿Hoy?

SILVIO: —¿No me dijiste que sale de ronda? A los Dioses no les gusta que los hagan esperar. Si ya está decidido, armado, calculado.

RENGO: —A veces hablás raro, Rubio Drodman. Hasta donde yo sé, Dios hay uno sólo.

SILVIO: —Pero está tan ocupado con los caprichos de los poderosos que no le queda tiempo para nosotros. Hagamos como los griegos, que siempre tenían alguno a mano, dispuesto a llevarles el apunte, ni que fuera para consolarlos, o para matar el aburrimiento... ¿tenés arma?

RENGO: —¿Hará falta?

SILVIO: —Llevaré la mía.

RENGO: —¿Cargada?

SILVIO: —Es un afano, Rengo, no una fiestita de cumpleaños.

RENGO: —Es mi primer achaco en serio, el primero, ¿entendés?

SILVIO: –Sin contar las botellas de vino que le soplaste al turco...

RENGO: –Hablo en serio, Drodman, nos jugamos una brava. Si sale mal, terminamos a la sombra, con suerte. ¡O bajo tierra!

SILVIO: –Tranquilo, si lo tenés todo previsto... ¡no puede fallar!

RENGO: –¡Terminá con eso!

SILVIO: –Mirá, estás nervioso, date una vuelta por ahí, despejate un poco la cabeza, ultimá detalles con tu china y a las once aparecete por la casa. Once y cinco enciendan y apaguen la luz de entrada. Una sola vez, un parpadeo, ¡que nadie se avispel! Sólo yo, que estaré en la esquina, con la otra llave. Entonces entro por el baldío del fondo. Será sencillo, está bien planeado. Por las dudas no destapes la botella antes de tiempo, que espantás a la fortuna. Y andá, andá con tu mulata y pedile un desahogo, a ver si te calmás un poco...

RENGO *marca salida. Se detiene.*

RENGO: –Drodman, desde ayer no pruebo bocado, sabés... y no puedo saquear la despensa del Ingeniero porque todavía está en casa...

SILVIO: –¿Y entonces?

RENGO: –¡Que preciso unos pesos... o me como las llaves!

SILVIO *saca de su bolsillo algún billete, se lo extiende, mirándolo a los ojos.*

3 – SILVIO, RENGO, CAMINOS QUE SE BIFURCAN...

RENGO: –Y sin dejar de mirarme así, fijo a los ojos, me dijo: “en esta vida todo tiene su precio, Renguito, eso grabátele...”

SILVIO: –Antes de exponerle las razones de mi visita, Señor, debo preguntarle si la mujer que me recibió es digna de su confianza...

RENGO: –Y se mandó a mudar. Y yo me quedé pensando, ¿no? ¿Qué me habrá querido decir? Es raro este Drodman, sabés... ya lo vas a conocer.

SILVIO: –Se lo pregunto, señor, porque es mi deber advertirle que dicha confianza será traicionada en breve de una manera vil y miserable, ese y no otro es el motivo de mi presencia en su casa, señor...

- RENGO: —Pero yo sigo creyendo que la confianza no tiene precio. ¿No te parece?
- SILVIO: —Lo que quiero significarle, señor Ingeniero, es que esa mujer, en complicidad con un hombre a quien llaman el Rengo, ha planeado una incursión a su caja fuerte, valiéndose de la llave robada de sus pertenencias mientras usted dormía, señor, para que el hombre llamado el Rengo fabricara este duplicado cuya legitimidad lo invito a comprobar por sus propios medios, señor...
- RENGO: —Sin miedo negrita, con lo que juntemos nos mudamos al campo y empezamos de nuevo, ¡lejos de la chusma!
- SILVIO: —¿Que cómo tuve acceso a esta información, señor? La respuesta es sencilla: me han conminado a ser parte del asunto... y yo, señor, no podía negarme...
- RENGO: —Claro que sí, te haré hijos. ¡O te los hará otro, pero serán nuestros, sólo nuestros!
- SILVIO: —Le sugiero baje esa arma, señor, nunca se sabe cómo terminan estas cosas...
- RENGO: —Chinazos como vos, y si Dios nos ayuda, que caminen derecho, tal vez ellos sí. En un mundo más justo, donde a los ricos les sobre tanto que lo tengan que repartir... ¡y no haga falta fabricar moneda propia! (*Ríe*)
- SILVIO: —Pero si de todos modos resuelve seguir apuntándome y llamar a la policía, es mi deber advertirle que será necesario recurrir a métodos violentos para extraerme información que de cualquier modo y con la mejor voluntad estaba dispuesto a suministrarle...
- RENGO: —¡Ya lo conocerás, es un tipo extraordinario, brillante, sensible... y muerto de hambre, como nosotros! ¡Merece su oportunidad!
- SILVIO: —¿Qué? ¿Cómo dice? ¿A qué se refiere con eso de “cuál es mi precio”? Señor, no se deje engañar por lo que ve: a pesar de la traición que me trae a su casa, y de su cuantioso y roñoso dinero, ¡YO soy más que USTED, mucho más! ¿Sabe por dónde me paso a sus estúpidos billetes?
- RENGO: —Diosito nos dará una mano, lo sé, porque hay un Diosito para los que vivimos del achaco... un Diosito que ayuda sin preguntar ni pasar factura... y ese no nos puede traicionar, ¿sabés, negrita? Porque la vida, ni que sea una vez, tiene que sernos linda...
- SILVIO: —¿Que no me permite? ¿Y quién diablos se cree usted para per-

mitirme o dejar de permitirme nada? ¡Es usted el que me insulta y pretende corromperme con su... dinero!

Transición. Desesperación en RENGÓ.

- RENGO: –Tiene que haber un error... no puedo ser la persona que buscan... ¡si yo no existo!
- SILVIO: –¿Por qué lo hago? Muy simple, señor: porque leí hace bien poco que matar es más fácil que traicionar, ¿qué le parece?
- RENGO: –En serio, yo dejé de existir el día que rodé por la pista y las piernas me quedaron peor que chuecas... ¿ven? ¡¿O NO VEN, CARAJÓ, EN QUÉ ME CONVERTÍ?!
- SILVIO: –¿O acaso el señor piensa que los canallas no tenemos una ética, unos códigos de valores, unos santos a los que pedimos y encomendamos nuestras almas? ¿Cree el señor que los canallas no necesitamos sentirnos álgüenes?
- RENGO: –Eh, sargentito, no pegue que duele, ¿de qué tiene miedo? Soy rengó, rengó, ¿no ve? ¡Ay mamita, la que me espera!
- SILVIO: –¿Oyó hablar del bandido Rocambole? Y de su ilustre mentor, ¿el insigne caballero Ponson Du Terrail? Pues ellos, incluso más que yo, han sido los artífices de este milagro... ¿qué mira? Le advierto que no me intimida con su mirada y su silencio, y esa... sonrisa. ¡Le juro que no me asusta! ¡Me da... risa! ¡¿De qué se ríe?! ¡PREGUNTÉ DE QUÉ SE RÍE!

4 – SILVIO Y RENGÓ, PRIMER ENCUENTRO EN LA COMISARÍA.

- RENGO: –¿Qué hacés acá, Drodman?
- SILVIO: –¿Vos qué crees que hago, Renguito?
- RENGO: –*(Se le acerca, lo toca, como no resolviéndose a abrazarlo)* Entonces... ¿no caíte?
- SILVIO: –*(No responde a su abrazo)* Claro que no.
- RENGO: –*(Contempla su rostro, esperanzado)* ¿Venís... a ayudarme?
- SILVIO: –No precisamente.

Pausa. RENGO afloja su abrazo lentamente.

- RENGO: –(*Desconfiado*) ¿Cómo... te dejaron pasar? Se supone que estoy...
incomunicado...
- SILVIO: –Fue parte del convenio.
- RENGO: –¿Convenio? ¿Qué clase de convenio, Drodman?
- SILVIO: –El que celebré con el Ingeniero. Resultó ser amigo del comisario.

Pausa.

- RENGO: –No es cierto. Decíme que me estás jodiendo. ¿Me vendiste?
¿Fuiste capaz...?
- SILVIO: –No hubo... nada personal.
- RENGO: –(*Lo toma de las solapas*) ¿Cómo que nada personal? Te voy...
- SILVIO: –¿Reventar a golpes? Adelante, tal vez haya venido a eso. ¿Te
acordás cuando me decías que la vida es linda? Y yo agregó: ¡solo
para los que puedan pagársela!
- RENGO: –¡Te... mataría!
- SILVIO: –Agravarías tu complicada situación procesal.
- RENGO: –¿A eso viniste? ¿A reírte de mi desgracia? ¿De la desgracia que
vos mismo provocaste?
- SILVIO: –No sé a qué vine, Rengo. Tal vez mi canallez y yo necesitábamos
pasar por esto. Tal vez...
- RENGO: –Entonces andate. Ya te diste el gusto. Salí a disfrutar tu libertad.
¡Ahorrame el disgusto de verte!
- SILVIO: –Con una condición. Una sola.
- RENGO: –Serás capaz... ¿de ponerme condiciones?
- SILVIO: –Una formalidad: que me perdones.
- RENGO: –¿Que te... perdone? ¿Me traicionaste para saber si era capaz de
perdonarte?
- SILVIO: –Algo así.
- RENGO: –¿Algo así? ¡¿Vos querés que enloquezca y te mate?! ¿Te sentís
bien, Drodman?
- SILVIO: –Todo lo bien que se puede sentir un condenado.
- RENGO: –¿Vos, condenado? ¡Qué quedará para mí!
- SILVIO: –Un lugar en el cielo, eso quedará para vos si conseguís perdo-
narme...

- RENGO: —¿Un lugar en el cielo? ¿Te dio por la santidad ahora? ¡Me das risa!
- SILVIO: —¿Cuántas veces lo hablamos, Rengo? ¿No te acordás? ¡Si la fe deja ganancia, alabado sea Dios! ¡Eso me lo enseñó el Ingeniero, que tres veces por semana confiesa sus pecados, deposita una jugosa limosna y sale al mundo más puro que un ángel!
- RENGO: —¿Y la rabia? ¿Qué se hace con la rabia, Drodman? ¿Qué hago yo con esta rabia que me quema las tripas, Drodman?
- SILVIO: —Odiar no es bueno.
- RENGO: —Y traicionar, ¿sí?
- SILVIO: —A veces es preciso.
- RENGO: —¿Precisabas traicionarme, Drodman? ¿Es eso lo que intentas decirme?
- SILVIO: —Necesitaba tu perdón. Tal vez por eso los traicioné.
- RENGO: —Entonces te perdono... ella, no sé.
- SILVIO: —¿De veras?
- RENGO: —¡Pero tenés que mandarte a mudar lo antes posible!
- SILVIO: —Nada de condiciones, Rengo. ¡Perdonás y escuchás lo que vine a decirte!
- RENGO: —¡No te perdono un cuerno, entonces! ¡Fuera! ¡Guardia!
- SILVIO: —Está bien, está bien. ¿Cuál es el precio? ¿Qué te explique lo que de todos modos no aceptarías?
- RENGO: —¡Me importan un carajo tus especulaciones! Solo quiero saber de ella. ¿Qué le hicieron? ¿Dónde está?
- SILVIO: —¿Todavía te preocupa... esa negra? En tu lugar la olvidaría. Le van a dar con queso, y cuando salga ,si es que sale, no querrá saber nada con el culpable de su desgracia... en tu lugar la olvidaría...
- RENGO: —¡Y yo en tu lugar, me haría perdonar por el mismo juez que nos condenó; no hay perdón más justo que ese! ¡O pedile a tu ingeniero, ahora que intimaron!
- SILVIO: —¡Vos y tu lógica, Rengo, merecen pudrirse a la sombra!
- RENGO: —¡No me insultes!
- SILVIO: —¡Y vos no te portes como un imbécil! ¿Sabés por dónde me paso al Ingeniero? ¿Tanto te cuesta verlo? Sólo los que no tienen nada pueden perdonarlo todo. ¡Ese perdón es el que importa allá!

Señala hacia arriba. RENGO parece entenderlo todo.

RENGO: —De manera que solo mi perdón te sirve.

SILVIO: —Y ninguno más.

RENGO: —Y yo... ¿qué gano perdonándote?

SILVIO: —¿Y no te digo? El cielo, Rengo, ¡qué más querés! Por eso te elegí. No podrás acusarme de egoísta.

RENGO: —Jamás. Tal vez de cínico, y de canalla, pero no de egoísta. Aunque, ahora que lo pienso, ni siquiera a vos te acuso. La cosa es con tu Dios. A él sí lo acuso. ¿Sabés de qué? De celebrar salvaciones a la medida de cada pecador. ¡Así cualquiera se salva!

SILVIO: —No te preocupes por mi Dios. ¡Ni vos ni yo le merecemos la menor consideración!

RENGO: —Pues yo no tengo ganas de perdonarte, Drodman. No me quiero sentir piadoso. Vos y tu Ingeniero disponen de unos dioses muy particulares, sanguinarios y oportunistas que sólo aplacan conciencias sucias, y sólo por un tiempo. Pero sabé que si hay un Dios, está fuera de esto... ¡y ahora salí de mi vista, por hoy es suficiente!

SILVIO: —Falta lo más importante.

RENGO: —¿Es algo de ella?

SILVIO: —Sí, es algo de ella. Entiendo que te gustaría recibir noticias de ella. Por eso te lo traje.

SILVIO le extiende un recorte de diario.

RENGO: —(*Lee, con bastante torpeza*) “En el día de ayer, y gracias al accionar de personal altamente calificado de la seccional Villa del Parque de la Policía Federal, fue desbaratado un intento de asalto en el domicilio del Ingeniero Anselmo Ervitti, distinguido vecino de la zona y calificado funcionario de la Compañía Ítalo Argentina de Electricidad. Como consecuencia del hecho fueron apresados la sirvienta de la víctima, de nombre Carmela Abecazís, oriunda de la Provincia de Jujuy, y su amante y cómplice confeso, Antonio Pacamicci, cuidador de carros en las cercanías del Mercado El Progreso, más conocido como El Rengo. El hecho provocó sorpresa y consternación en círculos allegados a la víctima y a la comunidad

toda. Desde estas páginas sumamos nuestro voto ferviente para que todo el peso de la justicia recaiga sobre los culpables...”

Lentamente, RENGO se come el recorte...

5 – DOS AÑOS MÁS TARDE, EN EL PRESIDIO, CARTA DEL RENGO A SU CHINA Y VISITA INESPERADA DE SILVIO AL PENAL.

“Negrita de mi alma, espero te encuentres bien al recibirla. Pero sobre todo espero y deseo y necesito que hayas aprendido a perdonar. Ya no al pobre canallita de Drodman, tampoco a mí, sino a mi propia estupidez, que nos hundió en este abismo. ¿Sabés? Durante todo este tiempo he tenido la fortuna de recibir la palabra de Dios. Y gracias a ese prodigio es que alimento a la fecha la esperanza de tu perdón. Y es que sin esperanza no es posible la vida, china querida. ¿Has crecido en este tiempo? ¿Estás más guapa, más mujer? Daría mi pierna sana por saber algo, por mínimo que fuera, sobre la suerte que corriste. ¿Sabés? Días pasados recibí la visita de Drodman. Llevaba meses sin aparecer...”

Aparece SILVIO.

- RENGO: –Me pregunté qué demonios lo traería de nuevo a mi vida...
- SILVIO: –Siempre hay una última vez para todo, Rengo... lo terrible es vivir como si no. ¿Cambiate de parecer? Tiempo para pensarlo no te faltó.
- RENGO: –¿Por qué habría de cambiar? ¿Porque a tus dioses de carnaval se les ocurre?
- SILVIO: –¿Y ella?
- RENGO: –¿Ella? ¿Qué pasa con ella?
- SILVIO: –¿Me habrá perdonado?
- RENGO: –¡Si ni siquiera se conocieron!
- SILVIO: –¿Quién crees que me recibió el día que visité al Ingeniero para consumir mi traición y me acompañó hasta su despacho y ni siquiera fue capaz de devolverme el saludo? ¿Eh? ¿Quién?

Pausa.

RENGO: —¿Sabés, Rubio? Me estoy sospechando algo. Yo creo que no buscás perdón. Sólo aprobación, consentimiento. Considerás que estoy obligado a tolerar tus humillaciones, sólo porque gracias a vos terminé en gayola.

SILVIO: —¿Gracias a mí o por mi culpa?

RENGO: —¿Culpa de qué? Si yo mismo puse la llave en tus manos. Gracias a tu zancadilla mi desdicha y yo nos hemos vuelto inseparables, y nos acercamos a Dios. Fijate hasta qué punto somos esclavos del destino.

SILVIO: —¿Acercarte a Dios? ¿También a vos te dio por ese lado?

RENGO: —No precisamente, Drodman. No hablamos del mismo Dios. El mío es piadoso y comprensivo. El tuyo en cambio, invento de ingenieros sodomitas para lavar sus conciencias sucias.

SILVIO: —*(Ríe)* ¡Me hacés reír sin ganas, renguito! ¡La gente como vos vive engañada! ¡Son la gilada que el diablo necesita! ¿Y sabés por qué? ¡Porque Dios hay uno solo! Y tiene para cada cual lo suyo: ¡crueldad para los débiles, comprensión y ayuda para los más aptos! ¡Un Dios espartano, que sólo te ayudará si le demostrás que mereces su benevolencia!

Pausa.

RENGO: —¿Intimaste... con el Ingeniero, Drodman?

SILVIO: —Le debo un buen empleo, y algún viaje de placer que de otro modo jamás hubiera emprendido... Vos mismo me sugeriste más de una vez que dejara de vender roñosas cuartillas de papel en el mercado.

RENGO: —¿Por eso venís a visitarme? ¿Tan tranquila está tu conciencia que venís a la prisión a purgar culpas? Pues yo te digo esto: la vida es linda. A pesar de todo. Te lo dice quien ve salir el sol entre rejas, y no se vale de los favores de un ingeniero sodomita para alentar esperanzas...

SILVIO: —¿¡Tampoco yo!?

RENGO: —*(No lo oye)* Sí, claro que sí Drodman, la vida es linda aun cuando nos pone a prueba y sentimos temblar el piso bajo nuestros pies.

Sí, es linda porque pronto estaré fuera y la iré a buscar.

SILVIO: —¿A tu “china”? Ni te molestes. Ya pagó su crimen. Y desde ese momento fue libre de hacer con su vida lo que se le antojara... Yo mismo intenté hablarle. Y ya no estaba.

RENGO: —¿Hablarle de qué? (*Se tienta, gradualmente*) ¿Fuiste... a hacerte perdonar, Drodman? ¿Por ella, nada menos?

Carcajada feroz.

SILVIO: —No fui a hacerme perdonar.

RENGO: —(*Se calma, parcialmente*) ¿Y entonces a qué demonios fuiste?

SILVIO: —A llevarle una carta.

Transición. Curiosidad en RENGÓ.

RENGO: —¿Una carta? ¿Para qué una carta, Drodman? ¿De qué nueva maldad fuiste capaz?

SILVIO: —Ninguna maldad. Un acto de justicia, en todo caso.

RENGO: —¿Y quién demonios venís a ser vos para impartir justicia, miserable? ¡Me das risa!

SILVIO: —Podés insultarme. Estaba dentro de lo previsto.

RENGO: —¿Qué decía esa carta, Drodman?

SILVIO: —Que renunciabas a su amor. Por el bien de ambos. Especialmente el de ella.

RENGO: —¿El bien de ambos, Drodman? ¡VOS lo estropeaste! ¡Vos metiste tu sucia cola entre nosotros!

SILVIO: —Esa historia nunca tuvo sentido, Rengo. Yo sólo fui un instrumento del destino.

RENGO: —Cómo te gusta hablar con palabra raras y pomposas, Drodman. Qué fácil hablar de la fatalidad sabiendo que en unos minutos volverás a ver el sol, a caminar libremente por la calle... (*Lo toma del cuello*).

SILVIO: —¡Eso, vamos! ¡Golpeá! ¡Pegale a la vida linda! ¡No ha de ser tan linda si le querés romper la cara!

RENGO: —(*Lo suelta*) ¡Claro que es linda la vida, Rubio! ¡Y tan linda que cuando salga de este lugar la buscaré, aunque me lleve el resto de mis días! ¡Y cuando te encuentre, china, tendrás que repudiarme o

darme un abrazo tan largo como para borrar todo este oprobio de la memoria y del corazón!

SILVIO: —En tu lugar, empezaría por Retiro.

RENGO: —¿Eh? ¿Qué... decís?

SILVIO: —Dos o tres veces a la semana, en el hall central del Midland... te costará reconocerla, toda pintarrajeada que parece un carnaval...

RENGO: —(*Perplejo*) Claro que mentís.

SILVIO: —Comprabalo, con tus propios ojos... ¡si antes no te los arranca!

RENGO: —Lo comprobaría... si tuviera tu maldita suerte... ¿Para eso te sirve ser un hombre libre?

SILVIO: —También en eso podés quedarte tranquilo. Pronto habrá novedades.

RENGO: —¿Qué clase de... novedades?

SILVIO: —Te van a dar la condicional, bajo fianza.

RENGO: —¿Cuándo?

SILVIO: —Pronto. ¡Y podrás presenciar cómo se gana la vida vendiéndose a otros! ¡Tal vez te haga precio!

RENGO: —¡Te voy a...!

SILVIO: —¡Adelante! ¡Una sola marca que me dejés y echás todo a perder!
¡Una sola!

RENGO *lo suelta.*

RENGO: —¿De dónde sacaste lo de la... fianza?

SILVIO: —¿Quién creés que la pagó?

RENGO: —(*Perplejo*) ¿Vos, Drodman? ¿Con qué dinero?

SILVIO: —(*Vagamente*) Con el que fui... ahorrando.

RENGO: —Ahorraste... ¿de dónde?

SILVIO: —De la cuenta del ingeniero. El ingeniero sodomita, como tanto te gusta llamarlo.

RENGO: —(*Sorprendido, se tienta*) ¿Le sacaste... plata al Ingeniero?

SILVIO: —¿Alcanzará con diez mil?

RENGO: —No hablás en serio.

SILVIO: —(*Apenas contiene la risa*) Pues le saqué más. ¡Mucho más!

Ambos ríen a carcajadas.

RENGO: —¡No!
SILVIO: —¡Te lo juro!
RENGO: —¿Y gracias a ese dinero sucio... seré libre?
SILVIO: —¡Libre y sano!
RENGO: —¿Sano? ¿A qué viene eso, Drodman?
SILVIO: —A que no todo el mundo está sano.
RENGO: —¿Ah, no? Parece que conocés a muchos enfermos...
SILVIO: —Digamos que con lo mío me basta y sobra.
RENGO: —¿Estás enfermo?
SILVIO: —Desde luego.
RENGO: —¿Mucho?
SILVIO: —Bastante.
RENGO: —¿Vas a...?

Se corta.

SILVIO: —Decílo, sin miedo. Sí, voy a morir. Yo. Vos no.
RENGO: —¿Cuándo?
SILVIO: —No se sabe con precisión. Al parecer, pronto.
RENGO: —Y querés lavar tus culpas. Y hacerme creer una historia absurda de santos y pecadores.
SILVIO: —Es una lectura posible.
RENGO: —Creo... que voy entendiendo.
SILVIO: —Dichoso vos.

Tiempo.

RENGO: —¿Qué sentiste al saberlo?
SILVIO: —Lo mismo que cualquier condenado. Sólo que mi fianza nadie la puede pagar.
RENGO: —Claro. Sin fianza. Ni calabozo de castigo, ni violaciones en el baño, ni inspecciones en tu ano a golpes de machete.
SILVIO: —¿Podés imaginarlo?
RENGO: —Claro. Claro que puedo imaginarlo. Como seguramente vos nunca podrás imaginarte entre rejas, condenado por un estúpido delito que ni siquiera llegaste a cometer. ¿Eh? ¿Podés, Drodman? ¿Hasta dónde llega tu imaginación?

- SILVIO: —Puedo imaginar otra clase de prisión. Rodeado de tierra, envuelto en un abrigo de sobretodo de madera, viendo crecer el pasto desde abajo.
- RENGO: —¿Resultaremos hermanos de desgracia?
- SILVIO: —Ni siquiera primos lejanos.
- RENGO: —¿Entonces es verdad que fuiste a verla?
- SILVIO: —Se negó a recibirme.
- RENGO: —¿Y la carta?
- SILVIO: —(*Se alza de hombros*) ¡Faltaba lo más importante: tu firma!

Extrae un papel, se lo extiende. RENGÓ desdobra el papel y lo lee, torpemente. Luego alza la vista, perplejo.

- RENGO: —¿Entendí bien? ¿Me pedís que renuncie al amor que nos seguimos teniendo?
- SILVIO: —Hablá por vos. Ni sabés lo que ocurre en el corazón de esa pobre chica. Y convendrás conmigo en que recuperada la libertad, merecía mejor suerte que un sujeto de tu calaña...
- RENGO: —¿Y pensás obligarme a firmar? ¿Qué pasaría si en un inesperado ataque de furia saco fuerzas de no sé dónde y te retuerzo el gañote?
- SILVIO: —Ay Rengo, Renguito, tarde aprenderás que las mejores batallas se ganan sin pelear.

Extrae de su bolso un papel que RENGÓ reconoce de inmediato.

- RENGO: —¡Mis planos!
- SILVIO: —¡Pst, no tan tuyos! (*Los aleja de su alcance*) ¿Podés imaginarte el efecto que provocarían en manos del fiscal que entiende en tu causa? ¿Los planos robados de una máquina de falsificar dinero?
- RENGO: — ¡Pero yo no los robé!
- SILVIO: —¿Y eso a quién le importa? Importa que caíste en desgracia y cualquier cosa que digas o intentes hacer será tomada en tu contra. ¿Sabés cómo llaman en tribunales a los perejiles como vos y tu negra?
- RENGO: —Drodman, ¿para qué trajiste esos planos?
- SILVIO: —Para extorsionarte.

RENGO: —¿También por eso me harás pasar?
SILVIO: —Tal vez no sea necesario. De vos depende...
RENGO: —¡Si de mí depende, te hago echar a patadas!
SILVIO: —Tch tch, no te estás mostrando razonable...
RENGO: —¿Razonable? ¿Y qué debería hacer, según vos, para qué mostrarme... razonable?
SILVIO: —Firmar. Firmar esa puta carta de una buena vez.
RENGO: —(*Mientras evalúa la carta*) ¿Sólo porque fuiste capaz de traicionar, seguís creyendo que los demás haríamos lo mismo?
SILVIO: —Lo único que creo es que gracias a esos planos podríamos hacernos ricos. Vos, yo, y alguna gente interesada en convertir el juguete en realidad. Gente importante de veras.
RENGO: —(*Interesado, a pesar suyo*) ¿Y por qué debería creerte esta vez? Dame una buena razón...

SILVIO *se ríe.*

RENGO: —¿De qué te reís, canalla?
SILVIO: —Pensalo: ¿por qué tendría que existir esa razón? ¡Solo falta que vuelvas a preguntarme “si podés confiar en mí”! (*Transición. Feroz*) Y ahora soy yo el que te pregunta: ¿qué perdés, Rengo? ¿Qué pierde el que ya lo perdió todo?
RENGO: —Una sola... pregunta...
SILVIO: —Pregunta imbéciles no respondo. ¿Aceptás?
RENGO: —¿Tengo opción?
SILVIO: —Preguntá entonces...
RENGO: —¿Ese misterioso inversor: es persona... de tu confianza?
SILVIO: —Y puede serlo de la tuya también, Rengo, en la medida en que actúes en forma inteligente...
RENGO: —¿Lo conozco?
SILVIO: —Gracias a él, vos y la negra terminaron entre rejas.
RENGO: —¿Te referís... al Ingeniero?
SILVIO: —Está muy interesado en tu situación.
RENGO: —Esto no puede ser verdad.
SILVIO: —Lo será, en la medida en que firmes la carta que te he traído...
RENGO: —¿Y qué relación hay entre la carta y tu ingeniero sodomita?
SILVIO: —No te preocupes por eso ahora. ¡Vos firmá! ¡Y antes de lo que

te imagines estarás afuera! ¿Podés imaginarte la que te espera cuando salgas? ¡Te lo voy a decir: ¡la muerte en vida, eso te espera! ¡La mendicidad! ¡El crotaje! ¡Ni sueñes con volver a acomodar carros en el mercado! ¡Ni verte querrán! ¡Serás la peste! ¡Carroña a cuenta! ¡Ya nadie te tirará huesitos pal puchero! ¡Terminarás en la morgue de la facultad, distribuido en prolijos frasquitos!

RENGO: —(*Lo aparta de un manotazo*) ¡Basta! ¡No quiero oírte más!

SILVIO: —¡Entonces firmá! ¡Firmá ese roñoso papel!

RENGO: —(*Lo toma del cuello*) ¡Primero me vas a decir por qué! ¿¡Por qué armaste todo este embrollo!?

SILVIO: —¡POR ELLA!

Pausa. Aturdido, RENGÓ afloja hasta soltarlo.

RENGO: —¿Cómo que... por ella?

SILVIO: —(*Se suelta, camina, busca las palabras*) No pensaba decírtelo. Hasta último momento, hasta recién mismo. Pero tal vez tengas derecho a saberlo.

RENGO: —¿Qué es lo que hiciste por ella? ¿Mandarla a prisión?

SILVIO: —Era para mí... o para nadie.

Pausa.

RENGO: —(*Asombrado*) ¿Cómo que “Para vos”? ¿Y dónde está escrito eso? ¿Quién lo decreta?

SILVIO: —La vida lo decreta. El destino. Y mis ganas de tenerla en brazos.

RENGO: —¿Por qué no me lo dijiste antes?

SILVIO: —¿Antes de qué? ¿Antes de desearla, en secreto? ¿Antes de esperar a verla pasar, sentado en el banco de la plaza, mientras los atorrantes la llenaban de guarangadas cuando cruzaba para el mercado? ¿O antes que me recibiera en lo del Ingeniero, haciendo como que no me conocía, revoleando su bendito trasero como si detrás de ella se arrastrara un perro sarnoso? ¿Antes o después de todo eso querías que te avisara?

Pausa.

RENGO: —De manera que era eso. Una pobre y sucia historia de amor, despedido. ¿Una historia de amor imposible entre un cajetilla desclasado y una mulata que ni siquiera llegó a enterarse?

SILVIO: —¿Esa es tu respuesta? ¿Es todo lo que tenés que decir?

RENGO: —¿Querés conocer mi respuesta? ¡Ahí la tenés! (*Rompe en pedazos la carta. Los arroja por el aire. Besa sonoramente a Silvio en la boca, sin que éste pueda evitarlo*) Te deseo que sobrevivas a tu odio, Silvio Drodman Astier. ¡Es difícil pero se logra! (*Bate palmas*) ¡Guardia! ¡¡¡GUARDIAAAA!!!

SILVIO *se aleja, asqueado, larga carcajada de* RENG0, *que regresa al ostracismo de su celda.*

SILVIO: —El juez firmó tu condicional. En pocos días estarás afuera. Para qué, no sé. No tenés dónde ir, ni con quién. O a lo mejor sí, nunca se sabe...

6 - CARTA DE SILVIO, HIPOTÉTICO RE-ENCUENTRO ENTRE RENG0 Y SU CHINA.

SILVIO: —Estimada fulana de tal, ¿quién hubiera dicho que el causante de su desgracia terminaría escribiéndole esta carta? A esos asuntos algunos lo llaman vueltas de la vida. Una forma bastante pobre de admitir que estamos en manos de la providencia.

RENGO: —(*No lo puede creer*) ¿Es... usted? ¿Realmente? ¡Años esperando este momento y ahora... no sé qué decirle! ¡Ni siquiera tutearla puedo!

SILVIO: —Por si todavía no se dio cuenta, soy el mismo Silvio Astier Drodman que aquella vez tocó a las puertas de su patrón para iniciarla en el camino de la desgracia y a quien usted recibió con tanta frialdad y descortesía, ¿se acuerda?

RENGO: —Y es tan, tan raro... tenerla aquí, frente a mí, es como si... me hubiera resbalado y deslizado por un sueño... ¡y no quisiera que ese sueño terminara nunca!

SILVIO: —Atravesamos los jardines de la casona en silencio, entre su fastidio y mis nervios por lo que estaba a punto de hacer. Usted no sabía quién era yo.

- RENGO: —¡O como si Dios quisiera decirme algo y no supiera cómo, o no pudiera entenderlo!
- SILVIO: —El rengo, ese estúpido homúnculo que suspiraba por usted, no había tomado la elemental precaución de presentarnos. ¡Peor para ustedes!
- RENGO: —¿Sabe? Drodman, aquel sujeto que decretó nuestra ruina, ha venido a visitarme... ¡no una, ni dos... varias veces! Yo creo que ni él sabe para qué...
- SILVIO: —“Si supieran lo que les espera, a vos y a tu rengo, no caminarías con ese desgano, ni me escupirías tu desprecio con tanta desfachatez...”
- RENGO: —¡Durante todo este tiempo aprendí que somos esclavos de Dios! ¡Pero no un Dios como el que Drodman y el Ingeniero adoran por conveniencia! Nada de eso. ¡Hablo de otro Dios, un Dios para los pobres y desclasados como usted y como yo! Tiene que haber un Dios así, ¿no le parece? Qué lindo creer que existe, ¿no?
- SILVIO: —Lo primero que deben saber, usted y su prometido, es que durante estos años he trabajado duro por ustedes. ¿Por qué lo hice? No lo sé. ¡Tal vez porque me gustan los héroes y heroínas de folletín, pero prefiero a los de barro, sucios, malolientes y capaces de empeñar el último aliento en un acto noble! Como el mismísimo Rocambole, ¿oyó hablar de él?
- RENGO: —Por mi parte, recién alcanzo a comprenderlo todo ahora que la miro a los ojos, tan bonita y desbordante de lágrimas...
- SILVIO: —Tal vez le cueste comprenderlo, pero he invertido estos años en reunir para usted y su rengo una módica ración de pucherito de gallina y techito de chapas. En otras palabras, por seis meses y un día tienen asegurado el techo y la comida, siempre y cuando lo ocupen JUNTOS. La dueña del lugar está al tanto, de manera que no intenten trucos estúpidos. También les dejo un dinero depositado en una cuenta de ahorro... a nombre de ambos. ¡Es decir, que ese dinero sólo se puede pagar en ventanilla con la firma de ambos! La aceptación de las condiciones expuestas confirmarán que han sabido perdonarse y perdonarme... ¿Será ello posible? De ustedes, y solo de ustedes depende...

RENGO: —¿Sabe? Durante mucho tiempo creí que lo bueno le ocurría a los otros.
A los ricos, a los hermosos, a los rubios.
Ahora ya no estoy tan seguro.
Ahora que soy testigo de sus lágrimas.
¿Sabe que le sientan bien?
A usted.
A ninguna otra.
¿Lo sabe?

7 – (A MANERA DE) EPÍLOGO. CARTA DE SILVIO.

Y es todo por ahora, estimado Rocambole... al momento de redactar la presente, quien suscribe, Silvio Astier Drodman, gestiona su pasaporte al otro mundo con la satisfacción del deber cumplido: Porque si resulta innegable que mi traición originó la desgracia de aquellos dos infelices, no es menos cierto que gracias a mis oficios volverán a unirse, y a retomar lo que nunca dejaron de sentir, el uno por el otro: esa mezcla de piedad y miedo que los pobres confunden a menudo con el amor... En cuanto a la máquina de falsificar...

RENGO: —¡Fabricar, Drodman! Fa-bri-car!
...¿Qué sucederá con aquel oscuro juguete? ¿Será que otro astrólogo conseguirá plasmarlo en eficaz herramienta de caótica venganza de pobres contra pobres? ¿O cumplirá con el tiempo su destino de cosa infructuosa, sueño de locos desclasados, condena feroz a la pobreza heredada como peste?
Créame, daría lo que no viviré por saberlo pero temo que eso...

(Tóse)

... ya empieza a ser otra historia.

OCUPANTES

—

OCUPANTES

PERSONAJES

ROCCO

DANA, *su mujer*

EL VECINO

Género: Grotresco, absurdo.

Ruidos de una pareja peleando en el piso de arriba. ROCCO y DANA. Cenar pizza comprada y miran tele, control remoto en mano.

ROCCO: –¿No comés más?

DANA: –Parece cartón.

ROCCO: –Mañana te espero con algo. En serio.

DANA: –O compro cuando salgo del laburo. A la salida del subte está la rotisería esa.

ROCCO: –¿Te gustaría cambiar?

DANA: –¿Cambiar qué?

ROCCO: –No sé, de vida, o de laburo aunque sea...

DANA: –¿Y con qué morfamos?

ROCCO: –Le pedimos a tus viejos.

DANA: –No empieces con mis viejos eh, ni en chiste...

Se oye ruido de pelea.

ROCCO: –Hoy me pareció verlo.

DANA: –¿A quién?

ROCCO: –Al vecino. Bah, a un tipo con mameluco...

DANA: –¿Dónde lo viste?

ROCCO: –Acá. Cruzando por nuestro living. Orientación éste-sudeste...

Cruza el living un hombre con mameluco azul, y una caja de herramientas. Ellos no parecen registrarlo.

DANA: —¿Fumaste de nuevo?
ROCCO: —¿Qué te hace pensar semejante cosa?
DANA: —¿Le volviste a comprar al portero?
ROCCO: —Te juro que no. La prueba es que a los dos minutos se estaban agarrando de nuevo.

Se oyen gritos

ROCCO: —Así, todo el día... dan ganas de balearse en un rincón...
DANA: —¿Escribiste al menos?
ROCCO: —Mi historia de ocupantes, ¿te acordás?
DANA: —No.
ROCCO: —No sé para qué me preguntás si a los dos minutos te olvidás.
DANA: —Las historias de fantasmas nunca me interesaron.
ROCCO: —Ocupantes.
DANA: —Bueno. Ésas tampoco...

Más ruidos llegan de arriba. Gritos. Transición.

DANA: —Yo no sé qué espera esa mina...
ROCCO: —¿Qué espera para qué?
DANA: —¡Para hacer algo, yo qué sé!
ROCCO: —¿Vos qué harías?
DANA: —¿Si me golpearas?
ROCCO: —¡No tengo por qué ser yo!
DANA: —Estoy viviendo con vos, ¿no?
ROCCO: —Pero viviste con otros, ¿o no?
DANA: —Pero ahora vivo con vos, ¿sí o no?
ROCCO: —Pero yo no te pego. ¿O sí?
DANA: —Pero podrías pegarme, ¿sí o no?
ROCCO: —También vos podrías pegarme a mí, ¿sí o no?
DANA: —Ah claro, porque ahora están de moda las mujeres golpeadoras.
“Mujer moderna, recíbete de hembra, castiga a tu marido y/o pareja. Si es menor, no le dejes marcas. Y no lo olvides: en caso de excesos, que parezca un accidente”.
ROCCO: —Que no salgan en los diarios no quiere decir que no las haya.
DANA: —¿Conocés muchos casos?

ROCCO: —Mi vieja.

DANA: —¿Qué pasa con tu vieja?

ROCCO: —Ya no pasa nada, especialmente desde que se murió. Pero en sus tiempos...

DANA: —No me digas que tu vieja... te fajaba...

ROCCO: —A mí no tanto, pero al viejo... uy, le daba con queso...

DANA: —¡No!

ROCCO: —¿Te sorprende?

DANA: —Nunca me contaste...

ROCCO: —Nunca me preguntaste...

DANA: —Nunca me lo hubiera imaginado...

ROCCO: —Te imaginarás que tampoco lo iba a andar bocinando a los cuatro vientos...

DANA: —Qué, ¿te daba... vergüenza?

ROCCO: —Imaginate...

DANA: —¿Imaginar me qué?

ROCCO: —Que si un hombre pegándole a una mujer ya es humillante, imaginate una mujer pegándole a un hombre... y si encima ese hombre maltratado y humillado por su propia mujer es tu viejo...

DANA: —Me lo estoy tratando de imaginar.

ROCCO: —¿Me entendés ahora?

DANA: —Entiendo que tenés un pensamiento machista leninista de mierda...

ROCCO: —Ah bueno, si vamos a empezar con los elogios...

DANA: —Es que no encuentro diferencia entre una cosa y la otra.

ROCCO: —¿Quiere decir que para vos es igual que un hombre faje a una mujer a que una mujer lo faje al hombre...?

DANA: —¿Tendrás la amabilidad de explicarme la diferencia, ya que parecés tenerla tan clara?

ROCCO: —¡Yo no tengo nada claro! ¡Pero tampoco le encuentro sentido a discutir cosas que se caen de maduro!

DANA: —¡Yo no soy ninguna inmadura!

ROCCO: —¿Yo dije eso?

DANA: —Lo diste a entender.

ROCCO: —A ver, a ver, paremos un poco. ¿Cómo empezó todo esto?

DANA: —El día que nos conocimos.

ROCCO: —¡Me refiero a la discusión! ¿Cómo empezó?

DANA: —Empezó cuando me contaste que tu vieja lo fajaba a tu viejo. Cosa que no termina de sorprenderme, te lo confieso...

ROCCO: —¿Por qué? ¿Qué es lo que te sorprende?

DANA: —Es que no puedo imaginarme la situación. Tu vieja cagándolo a palos y él... *(Transición)* ¿Qué hacía él?

ROCCO: —Se rajaba...

DANA: —¿Cómo que se rajaba? ¿Se iba... de tu casa?

ROCCO: —Pero a la larga volvía.

DANA: —Porque la querría.

ROCCO: —O porque no tenía dónde caerse muerto.

DANA: —¿Y tu vieja? ¿Lo recibía?

ROCCO: —Como si nada.

DANA: —¡No te puedo creer!

ROCCO: —Porque vivís en un poroto.

DANA: —¿Es necesario que menosprecies?

ROCCO: —Solo quiero hacerte ver cómo nuestros prejuicios piensan por nosotros. ¿O no sos vos la que está tan preocupada por la mina? Lo que yo te pregunto es: ¿Y si fuera ella la que lo faja a él? Suponete que subís, les tocás el timbre y te abre un tipo todo magullado, lloroso, con señas de haber cobrado en forma...

Se abre espacio de otredad, la puerta del departamento de ROCCO y DANA es ahora la puerta del departamento de arriba. Asoma VECINO, a atender a DANA. Lleva ropa similar a la de ROCCO. Lleva puesta una máscara de medio rostro.

VECINO: —¿Sí? ¿Qué desea? ¿Usted es la vecina de abajo, no? ¿Le puede avisar al pelotudo de su marido que me tiene las pelotas llenas con su maquinita? ¿Y de paso también me hacen el favor, cuando cojen pueden hacer un poco menos de ruido? A la legua se nota que están simulando... ¿Qué me mira así? ¿Le causa gracia lo que le digo?

Se miran fijo. Súbitamente DANA suelta una carcajada, lo aplaude, cambio de luz. Vecino sale por donde entró, haciendo un gesto de desdén.

DANA: —¡Escritor tenías que ser! ¿Cómo se te ocurrió lo de la careta?

ROCCO: —Máscara, mi querida. Las cosas por su nombre... Y si te interesa saberlo, llegó en este sobre.

Saca un sobre papel madera del escritorio. DANA mira el sobre.

- DANA: –Pero Rocco, acá dice... “Quinto D”. Y que yo sepa nosotros vivimos en el “Cuarto D”, cuarto, no quinto...
- ROCCO: –¿Y entonces?...
- DANA: –¿Cómo “y entonces”? Entonces que si no vivís en el quinto D, este sobre y su contenido no son para vos, ¿qué parte no entendés? ¿Anduviste revolviendo el buzón... de los vecinos?
- ROCCO: –Te contesto con otra pregunta... ¿Nunca tuviste la fantasía de ser... otra persona?

En ese momento asoma el VECINO desde el baño. DANA y ROCCO permanecen estáticos, como en una foto. Se quita la careta y la pone en manos de DANA. Luego toma el sobre y también lo acomoda en manos de ella. Finalmente chasquea los dedos y desaparece. La acción cobra vida nuevamente.

- DANA: –(Mientras guarda la careta en el sobre) Escuchame, Mister “otra persona”, no vamos a quedarnos con esto porque no nos pertenece... y si no nos pertenece hay que devolverlo, ¿entendés?
- ROCCO: –¿Devolverlo? (Señala hacia arriba) ¿Vos decís de ir a tocarles el timbre? ¿Y decirles muy amablemente “me equivoqué, por error violé el buzón de ustedes y me llevé este sobre...”? ¿Entendí bien? ¿Es eso lo que me pedís?
- DANA: –Tal cual. Punto por punto.
- ROCCO: –¡¿Y si te tiran con algo por la cabeza?! Mirá que con los locos nunca sabés eh...
- DANA: –Está bien. ¿No querés que les toque el timbre y se los lleve? Perfecto. Entonces el lunes a primera hora, cuando salgo para el trabajo, lo dejo en el buzón que corresponde. ¿De acuerdo?

Nuevos ruidos de pelea llegan de arriba.

- ROCCO: –Hablando de Roma...
- DANA: –En cualquier momento salen en los diarios...
- ROCCO: –¿Y? ¡Problema de ellos!
- DANA: –¿Cómo problema de ellos? Significa que... ¿si en cualquier momento él la tira por la ventana...?

ROCCO: —O ella a él...

DANA: —¿Y se terminan los ruidos... entonces listo, problema solucionado?

ROCCO: —Ponele...

DANA: —¿Ponele qué?

ROCCO: —Que me tenga sin cuidado.

DANA: —Qué horror.

ROCCO: —Según cómo lo mires.

DANA: —No empieces de nuevo con tus “relatividades”, ¡te pido por favor!

ROCCO: —¡Y vos no empieces con tus gritos!

DANA: —¡Si yo no grito!

ROCCO: —¡Claro que gritás! ¡Cada vez que estos dos se agarran de los pelos, te sacás vos también! ¿Pero sabés una cosa? ¡Vás a tener que hacer algo con esa rabia!

DANA: —¿Ah sí? Escucho sugerencias, a ver...

ROCCO: —(*Intenso, de palabra en palabra*) ¡Tragátela... o guardala donde mejor te quepa... pero no me la tires a mí!

DANA: —¿Sabés una cosa? ¡Estás hecho un boca sucia, un guarro!

ROCCO: —¡Dejá de insultarme, yegua! ¡Frígida!

DANA: —¡Si no querés que te insulte no me insultes vos a mí, cabrón, chizito, marica!

Golpes y gritos arriba. ROCCO acusa el impacto. Pausa.

ROCCO: —¿Qué me dijiste? ¿“Chizito” me dijiste?

Se sonríe, parece divertirse la situación, pero enseguida la risa se convierte en llanto. Se tapa la cara, llora convulsivamente.

DANA: —Eh... Rocco... Roquito, amor, ¿qué nos pasa?

Intenta abrazarlo, él se suelta.

ROCCO: —¡Salí, ni me toques!

DANA: —(*Lo está por tocar, no se anima*) Perdoname, no quise...

ROCCO: —Pero lo dijiste.

DANA: —Te estoy pidiendo perdón, ¿no?

ROCCO: —Como si mi pequeñez fuera culpa tuya...

DANA: —Es que yo... No creo que seas... eso.

ROCCO: —Entonces ¿por qué me lo dijiste? ¿Por qué justo ahora?

DANA: —Tiene algo de particular que te lo haya dicho... ¿justo ahora?

ROCCO: —Estaba por empezar... el “tratamiento”.

DANA: —¿“Tratamiento”? ¿Tratamiento para qué?

ROCCO: —Para mejorar mi “performance”...

DANA: —¿Tu qué...?

ROCCO: —¡Para agrandarme el pene, querida! (*Llora*)

DANA: —¿A dónde ibas a... hacer eso?

ROCCO: —Con un especialista...

DANA: —Ah, ¿pero hay especialistas para... eso?

ROCCO: —Y muy buenos.

DANA: —¿Y cobran... muy caro? Perdoname que te pregunte, es que me provoca... curiosidad...

ROCCO: —Tengo hora para pasado mañana.

DANA: —Me gustaría... acompañarte.

ROCCO: —Ni lo sueñes. ¡Es cosa de hombres!

DANA: —Opino que... soy parte interesada.

ROCCO: —Es MI pene. ¡Hago con él lo que quiero!

DANA: —¿Ah sí? ¿Y con qué plata? Digo, ¿con qué plata pensás... hacer lo que quieras?

Pausa. ROCCO se alza de hombros.

ROCCO: —Pensé que a lo mejor tus viejos...

DANA: —¿Otra vez mis viejos? ¡Todavía no les devolvimos el depósito para alquilar esto, Rocco! ¡Por no mencionar las cuotas de la cocina y la heladera, que también están pagando ellos!

ROCCO: —A ver si entiendo: ¿Importa más la cuota de una heladera que mi pene? ¿También tendré que pasar por esa humillación?

DANA: —¡Nadie te quiere humillar! ¡Pero VOS empezaste con los agravios, eso que quede claro!

ROCCO: —Perdoname pero no fue así. ¡VOS empezaste! No yo. VOS. ¡Como siempre!

DANA: —Y dale con que yo... (*Transición. Fuerza calma*) Mirá, hagamos así; ponete que tengas razón.

ROCCO: —Ponele no. Fue así.
DANA: —(*Fuerza calma*) ¡Está bien, está bien! ¡FUI YO! ¡YO EMPECÉ!
(*Fuerza calma*) Y como yo fui la que empezó, ahora soy yo la que te pide perdón, ¿ok? ¿Era eso lo que querías oír?
ROCCO: —No sé si es eso lo que quería oír. ¡Pero sé lo que nunca hubiera querido oír!

Llora.

DANA: —Oíme... ¿Y si mejor... fumamos la pipa de la paz?
ROCCO: —¿Pipa? Lo máximo que te puedo ofrecer es un puchito pisoteado...
DANA: —Sonsito, me hacés reír sin ganas...
ROCCO: —Pues opino que no es bueno hacer las cosas sin ganas. ¿No será eso lo que nos pasa? Que últimamente estamos un poco... ¿desganados?
DANA: —No me estás entendiendo, te estoy proponiendo... (*Seductora, se mueve en torno a él*) que juguemos a otras... cositas...
ROCCO: —(*Libidinoso*) ¿Cositas como cuáles, por ejemplo?
DANA: —Y, por ejemploooo... a que somos otros, como me proponías hace un rato... hoy en el canal Venus dan intercambio swinger, uno y dos, ¿no te gustaría jugar a que cambiamos... de compañía?

Transición, música y luz de boliche swinger, en ese momento ingresa nuevamente VECINO, con la cara de nuevo enmascarada, cabecea, hace caras a DANA.

ROCCO: —¿Estarías... dispuesta?
DANA: —¿Y vos? ¿Estarías dispuesto... a compartirme?

DANA nunca abandona el juego. Se acerca a VECINO, que le coloca una máscara. Ella entra en el juego.

ROCCO: —(*No le gusta*) ¿Compartirte con quién?
DANA: —No sé. Con el que pinte. En los clubes swinger es así... siempre preservando la... privacidad...
ROCCO: —¿Y vos...?
DANA: —¿Yo qué?

ROCCO: —Eso. Si estarías dispuesta... a... (*Le cuesta decirlo*) bueno, a... com-
partirme...
DANA: —(*Se entrelaza, sin llegar a tocarse, en una danza erótica con Vecino*) Y ¿por
qué no? Si eso... nos hace felices...

ROCCO *no sabe cómo interrumpirlos.*

ROCCO: —(*No sabe cómo interferir entre ellos*) Es que yo... (*Le arranca la máscara
y la arroja al piso. Se rompe la magia. Vecino se quita la máscara, rocoge del
piso la máscara de Dana y se va. Ella se queda mirando su partida, luego a
Rocco*).

ROCCO: —(*Se alza de hombros*) No me mires así. Lo que te hace feliz a vos, no
tiene por qué hacerme feliz a mí...

DANA: —No importa. ¡No miramos nada Venus! Hoy me pasé todo el día
fantaseando con que nos metíamos en la camita y... (*Completa con
gesto erótico*).

ROCCO: —Tendrá que ser otro día. Hoy... tengo que trabajar.

DANA: —(*Desencantada*) ¿Hoy también? ¿Es... necesario?

ROCCO: —No lo digo yo, querida. Lo dice Roberto Arlt: “¡cuando lleguen
las musas, que nos encuentren trabajando!”

DANA: —Como quieras. ¡Saludo a tus musas, entonces!

Sale DANA, llevándose el sobre. Se arrepiente, deja caer el sobre en la mesa. Se va. Queda sólo

ROCCO. *Comienza a escribir en su máquina. Repite lo que va escribiendo. Lo que él relata, ocurre.*

ROCCO: —Rocco comienza a escribir pero pronto se detiene, se levanta y
sale. Apenas Rocco haya salido, Vecino ocupará su lugar.

ROCCO *se levanta y sale hacia dormitorio. Reaparece VECINO, nuevamente enmascarado. Ocupa
lugar de ROCCO. Trae una especie de valija tipo attaché. Lo abre, guarda el sobre. Vemos que el
attaché está lleno de sobres, se le desbordan, los recoge y vuelve a guardar, forzado, en el attaché.
VECINO se prepara como para escribir, comienza a teclear...*

VECINO: —Una vez que sale el idiota, vecino comienza a escribir. Al princi-
pio lenta, torpemente. Luego se va entusiasmado, cada vez más,
hasta que de pronto, ocurre lo inesperado, lo que nada ni nadie
hacían prever...

Asoma DANA, desnuda y envuelta en un toallón. Da un grito al verlo, él también grita y automáticamente se pone de espaldas para no mirarla, como sorprendido en falta. Cierra presurosamente la valija.

DANA: —¿Qué hace?! ¿Quién es... usted?

VECINO: —¡No se asuste! Yo...

DANA: —¡Se me me va ya mismo por donde entró! ¡O le juro que empiezo a los gritos!

VECINO: —¡Por favor, cálmese! ¡Ya me voy, me voy...!

Marca salida.

DANA: —Espere.

Él se detiene.

DANA: —¿Cómo hizo para entrar?

VECINO: —Por la puerta. Estaba abierta. Pensé que alguien estaba en problemas y...

DANA: —¿De veras? ¿Lo hizo por eso? ¿No me... miente?

VECINO: —(Gesto) ¡Se lo juro!

Se miran. Ella carraspea, él le vuelve a dar la espalda.

DANA: —En verdad... estoy en problemas.

VECINO: —¿Puedo ayudarla?

DANA: —¡Por última vez, no se mueva de donde está! Para que sepa, debajo de esta toalla no hay nada. O sea que técnicamente estoy lo que se dice desnuda. De manera que cualquier actitud de avance y/o insinuación que tenga conmigo puede ser tomada como abuso, de hecho o en grado de tentativa, se lo digo porque trabajo en un estudio jurídico, no me joda eh...

VECINO: —Pero es que yo no quiero... yo... en verdad, ¿qué necesita? Me dijo que estaba en problemas.

DANA: —El calefón. No me funciona. ¡Y no puedo llegar tarde al trabajo!

VECINO: —Al estudio...

DANA: —¿Cómo lo sabe?

VECINO: –¿Jurídico?

DANA: –¡Pregunté cómo lo sabe!

VECINO: –Es que usted misma me acaba de informar.

DANA: –¿Y sabe algo de calefones?

VECINO: –No mucho, pero me defiendo.

DANA: –¿De qué se defiende?

VECINO: –De nada. Es una forma de decir.

DANA: –¿De decir qué?

VECINO: –Eso. Que con los calefones me defiendo. ¿Me deja verlo?

DANA: –Claro. Pase. Por acá. Pase pero no se propase, ¿no sé si me entiende? Yo me voy a quedar acá. Y usted me va a decir si puede hacer algo por mi calefón, ¿de acuerdo?

VECINO: –Perfectamente. Con permiso.

DANA: –Antes... necesito que me diga por qué lleva puesta esa... máscara.

VECINO: –Eso... es una larga historia. Y no sé si es el momento.

DANA: –Eso lo decido yo. ¡Hable o grito!

VECINO: –Pero... ¿y el calefón?

DANA: –Es verdad. El calefón. (*Piensa*) Vamos a hacer así. Me cuenta mientras arregla el calefón.

VECINO: –Pero es que...

DANA: –¡O grito!

VECINO: –¡Está bien, está bien! (*Marca salida hacia baño*) ¡No lo envidio a su marido, pobre santo!

DANA: –¿Y usted cómo sabe que soy casada?

VECINO: –(*Ya en el baño*) Muy simple. Porque los escucho... ¡a él... y a usted!

DANA: –¿Escucha... todo?

VECINO: –No sé si todo... pero bastante. Y ahora si me permite...

DANA: –¿Y le parece bonito? Digo, andar escuchando lo que no debe...

VECINO: –¿Y a usted le parece bonito insultarse y gritarse a toda hora para que todo el edificio los escuche?

DANA: –¿Nosotros...? ¿Usted dice que nosotros...?

VECINO: –Ustedes, sí... y ahora si me permite... si mal no recuerdo era usted la apurada, ¿o no?

DANA: –Espere.

VECINO: –¿Qué pasa ahora? ¿Qué quiere saber?

DANA: –¿Qué lleva en esa valija... ¿Es... plomero, o algo así?

VECINO: —No. Soy agente literario. O si lo prefiere, editor. No creo que le interese saberlo. No es un trabajo divertido. Es más bien un trabajo rutinario consistente en pasar la vida leyendo lo que escriben otros, en general bastante mal. Por eso la “valija”. Y ahora, si me permite...

DANA: —¡No lo puedo creer!

VECINO: —¿No puede creer qué?

DANA: —Mi marido es escritor, ¡dígame si no es increíble!

VECINO: —Bueno, el mundo está lleno de gente que vive de la escritura, y que eventualmente tienen como vecinos a gente que también...

DANA: —Bueno, en realidad mi marido... no vive de la escritura. Él... escribe, pero vivir, lo que se dice vivir, vivimos de lo que yo gano. Que no se entere que se lo conté eh...

VECINO: —¿Qué pasaría si se enterara?

DANA: —(*Se persigna*) ¡Nada bueno, se lo aseguro!

VECINO: —Pero ¿por qué? ¿Qué sería lo terrible?

DANA: —A usted... ¿le gustaría? Digo, vivir de lo que gana su mujer... y que todo el edificio se entere...

VECINO: —(*Actitud extraña, como inquisitiva*) O sea que para usted lo importante es que no se sepa...

DANA: —Oiga, que yo no quise decir eso eh...

VECINO: —(*Camina un paso hacia ella*) ¡Pero lo dijo! ¡Admítalo!

DANA: —(*Retrocede*) Escuche... ¿le falta mucho? Digo, el calefón, ¿se acuerda?

VECINO: —¡Conteste lo que le preguntan!

DANA: —Oiga, creo que va a ser mejor... que se vaya, ¿me entiende? No está bien todo esto... mire si aparece mi marido.

VECINO: —¿Qué pasa si aparece el cornudo ese?

DANA: —¡¿Qué dice?! No se lo voy a permitir, ¿me oye?

VECINO: —¡Óigame usted a mí! ¡No está en condiciones de permitirme nada, NADA! ¿Y sabe por qué? ¡Porque si yo estoy en este momento arreglando su estúpido calefón, es porque USTED me lo pidió! ¿Me comprende? ¡Lo tengo acá, todo grabado!

Saca un celular. Lo enciende. Se oyen diálogos entre ellos dos.

DANA: —Pero... ¡¿por qué hizo eso?!

VECINO: —Me tenía que cubrir.
DANA: —Cubrirse... ¡¿de qué?!
VECINO: —Todos tenemos que cubrirnos de algo. Usted, por ejemplo, ¿por qué se puso ese toallón?
DANA: —(*Inquieta*) Se lo dije: cuando usted invadió mi casa yo me estaba por bañar. ¿Con algo me tenía que cubrir, no?
VECINO: —¿Ve? ¿Ve que es como yo le digo? Todos nos tenemos que cubrir de algo. Yo también grabé esta situación para cubrirme... ¿o se piensa que alguien va a creer que la puerta estaba abierta y que yo entré por si alguien necesitaba ayuda y usted me pidió que le arregle el calefón? ¡Claro que no! ¡Y el marmota de su marido, menos que nadie! (*Transición*) A todo esto, ¿dónde se habrá metido?
DANA: —¡No vuelva a llamarlo así!

VECINO *toma las hojas de ROCCO.*

DANA: —¡Y deje esos papeles!
VECINO: —¡¿No me diga que estas son las boludeces que escribe?! ¿A que sí?
DANA: —¡No haga eso!
VECINO: —¿Por qué no?
DANA: —Porque no está bien. ¿A usted le gustaría... que su mujer espíe sus cosas?
VECINO: —Es lo que vive haciendo. (*Se tienta*) Y la muy idiota cree que no me doy cuenta. A veces llego de la calle y la encuentro con los ojos todos rojos, como si hubiera llorado una semana entera... es señal de que estuvo metiendo la nariz donde no debía.
DANA: —Usted... ¿escribe cosas para hacerla sufrir?
VECINO: —Y créame que no inventé la pólvora. (*Muestra uno de los papeles que leía*) Y sino mire lo que escribe el cornudo de su marido, sin ir más lejos...
DANA: —(*Mientras le quita los papeles*) ¡Jamás leería lo que escribe mi marido! Y no vuelva a llamarlo así porque yo jamás lo engañé...
VECINO: —Hasta ahora...
DANA: —Ni ahora ni nunca...
VECINO: —Opino que se lo tendría bien merecido...
DANA: —¿De qué... habla? ¿Merecido por qué?

- VECINO: —¿De veras no sabe dónde está? ¿Ni siquiera lo sospecha?
- DANA: —¿Sospechar qué? ¡Hable de una vez!
- VECINO: —¡Que su marido tiene una amante por ahí... o acá mismo, en el edificio! (*Toma uno de los escritos de Rocco*) Apuesto lo que quiera a que ya escribió algún cuentito bobo mandándose la parte con sus conquistas. (*Revolea algunos papeles por el aire*) ¡Típicas fanfarronadas de marica impotente!
- DANA: —(*Le quita los papeles, recoge los que estaban por el piso*) ¿Pero qué... está diciendo? Usted está... loco, ¿me entiende? ¡Loco de remate! ¡Me pregunto si sería capaz de decirle semejante cosa en la cara!
- VECINO: —¿Yo? ¡Ni falta que hace! Para eso la tiene a usted...
- DANA: —¿Yo? ¿Pero qué... qué dice? ¡No sé de qué habla!
- VECINO: —Mire, a mí podrá mentirme, venderme cualquier buzón, pero lo que no puede hacer -y usted lo sabe- es mentirse a usted misma... Y cuando discuten usted lo humilla por el tamaño de su miembro viril... ¡Por eso él sale por ahí, a comprobar si con otras le pasa lo mismo! ¿Tanto le cuesta admitirlo? Mire que el planeta está lleno de cornudos eh... ¡y de cornudas, ni le digo!
- DANA: —¡Sepa que no creo ni una palabra de lo que está diciendo!
- VECINO: —Lógico, por algo dicen que el cornudo es el último en enterarse...
- DANA: —¿Lo dice por experiencia?
- VECINO: —Lógico. Pero después se acostumbra eh... en ese sentido la verdad es... liberadora.
- DANA: —¡Basta! ¡Esta conversación no tiene sentido! Váyase, en cualquier momento puede aparecer y...
- VECINO: —¿Quién? ¿Su marido? ¡Ni lo sueñe! ¡¡Ahora mismo deben estar en lo mejor!! (*Busca en su celular*) ¿A ver? Uy, sí, qué bien la están pasando, qué hijos de...

DANA *no puede con la tentación, trata de espiar. Él la aleja de su alcance.*

- DANA: —¿Qué es... eso?
- VECINO: —Una camarita digital que dejo en mi dormitorio cada vez que sospecho que mi mujer va a recibir a alguno de sus amantes... (*Mira*) ¡Y rara vez me equivoco!

Apoya el celular en la mesa. Sale hacia el baño. Ella no se anima, pero finalmente toma el celular. Su rostro cambia. Llegan de arriba gemidos de placer de dos personas. Ella queda perpleja...

DANA: —No puede ser, no es posible... ¡es un truco! ¡Tiene que ser eso, un sucio truco!

Aumentan gemidos. Se mezclan con golpes en el baño. Como mazazos o martillazos.

DANA: —¿Me escucha lo que le estoy diciendo? Se equivoca si piensa que voy a creer que mi marido y su mujer están cojiendo como perros mientras usted ahí... *(Se tienta)* arreglándome el calefón... ¿no es gracioso?

Risa, que también es llanto. Los gritos de arriba llegan a un clímax. Luego, silencio.

DANA: —*(Angustiada)* ¿Me escucha? ¿Nunca le pasó de sentir que usted... no era usted? ¿Como si su cuerpo... no fuera suyo? ¿O cómo si estuviera... en un cuerpo equivocado? O peor aún, ¿en un alma equivocada?

Se oye ruido de cadena del baño. En ese momento ingresa ROCCO, del baño.

ROCCO: —¿Qué hacés?

DANA: —¿Yo qué hago? ¿Vos qué hacés? ¿Se puede saber de dónde venís?

ROCCO: —¿No ves de dónde vengo? Llevaba más de una semana sin poder cagar...

DANA: —No entiendo... ¿entonces qué fue lo que pasó? ¿Lo habré soñado?

ROCCO: —¿Soñado con qué?

DANA: —Con un señor... me dio toda la sensación de que era el vecino de arriba...

ROCCO: —Lo que son las casualidades, ¿no?

DANA: —¿Vos también soñaste con el vecino?

ROCCO: —No precisamente...

DANA: —No me digas nada: ¿Soñaste con... la mujer?

ROCCO: —¿Cómo lo sabés?

DANA: —¡Porque se te ve en la cara! ¡Vicioso hijo de...!

ROCCO: —Pará, ¿qué te pasa? ¡¿Ahora también tengo la culpa de lo que sueño yo?! ¿Acaso vos no acabás de decir que soñaste con él?

DANA: —Sí, pero yo soñé que me arreglaba el calefón.

ROCCO: —¿Otra vez con ese calefón de mierda? Mañana mismo nos vamos al super y sacamos uno nuevo...

DANA: —¿Sacamos? Aramos dijo el mosquito...

ROCCO: —Bueno, siempre se les puede pedir a tus viejos, ¿no?

DANA: —Claro, porque son el Banco Nación mis viejos...

ROCCO: —¿Para qué la quieren? La mortaja no tiene bolsillo...

DANA: —Y eso no es lo peor...

ROCCO: —¿Eh? ¿De qué... hablás?

DANA: —¿De qué hablo? ¿Querés saber de qué hablo? Que mientras yo acá, media desnuda, corriendo riesgos con un extraño, vos ahí arriba, con la otra loca, meta y ponga...

ROCCO: —Pero mi amor, si sólo fue un sueño...

DANA: —Pero la pasaban bárbaro, ¿sí o no?

ROCCO: —*(Se alza de hombros, recuerda, se excita)* Y sí, mal no la pasábamos...

Llegan desde arriba gemidos de placer...

DANA: —¿Mejor que conmigo?

Pausa.

ROCCO: —Estás empeñada en preguntar pavadas vos hoy eh...

DANA: —¿Y vos entonces? ¡Me venís a contar cómo cojías con la de arriba!

ROCCO: —Mientras vos acá abajo, meta y ponga con el marido...

DANA: —¿De nuevo con eso? ¡Ya te dije que vino a arreglarnos el calefón!

ROCCO: —¡Pero hacé el favor! ¡Eso no te lo crees ni vos!

DANA: —Es curioso... él me dijo lo mismo.

Simultáneamente sale del baño VECINO, celular en mano.

DANA: —Me dijo: “nadie lo va a creer”.

VECINO: —Por eso lo filmé. ¿Quiere ver?

Deja el celular en la mesa. Vuelve a entrar al baño.

ROCCO: —(Mientras mira salir a Vecino) ¿Estás tratando de decirme... que el vecino de arriba estuvo en casa... filmando... qué?

DANA: —(Aleja el celular de su alcance) Ah... pague por ver...

ROCCO: —¿Que te pague cómo? Avisá, ¿me extorsionás ahora? ¡Dame acá, vamos!

DANA: —No. ¡No te doy!

ROCCO: —¡Claro que me das! ¡Tengo derecho!

DANA: —¿Derecho a qué? ¡Salí! ¡Largá! ¡Largá te digo!

ROCCO: —(Seductor) ¿Seguro querés que te largue? ¿No preferís que te agarre más fuerte?

La abraza. Ella entra en juego erótico. Abrazados, caen arriba de la mesa. De pronto él trata de tomar el celular, luchan, el celular cae al piso. Se miran. Ella se agacha y lo toma. Apenas lo toma, el celular se le desarma en las manos.

DANA: —¡Mirá lo que hiciste! ¿Y ahora qué le digo?

ROCCO: —¿Qué le decís a quién?

DANA: —¡Al vecino! ¡El dueño de este celular!

ROCCO: —¡El dueño de ese celular soy yo, nena! ¿Y querés que te diga una cosa? Ya estaba siendo hora de cambiarlo, éste ya no daba más...

DANA: —Me pregunto con qué plata lo vas a cambiar...

ROCCO: —Con la que nos van a prestar tus viejos.

DANA: —¿Pero no era que les íbamos a pedir para cambiar el calefón a mis viejos?

ROCCO: —¿El calefón para qué, si anda fenómeno?

Golpes llegan del baño, como de mazazos.

DANA: —Hasta hace un rato andaba mal, se apagaba, hacía explosiones... y entonces él apareció y me dijo:

VECINO: —(Asoma del baño, secándose las manos con una toalla. Rocco no lo registra) Lo que sí, cambien ese calefón eh, háganme caso... o el día menos pensado volamos todos a la mierda... si se quieren matar, mátense

ustedes... hay formas más seguras de hacerlo... y más románticas...

DANA: —¿Cómo cuáles, por ejemplo?

VECINO: —(*Mira alternativamente a Rocco y a Dana*) Asómese a la ventana y después me cuenta...

Sale.

ROCCO: —¿Eso te dijo?

DANA: —¿Qué te parece?

ROCCO: —¿Qué se yo, habría que probar, no? Digo, de tirarse...

DANA: —(*Transición*) Ahora que lo pienso... se parece bastante a vos...

ROCCO: —(*Intrigado*) ¿El calefón?

DANA: —Boludo. El vecino. Hasta llevaba... el mismo mameluco que te ponías cuando querías arreglar algo, ¿te acordás?... qué casualidad, ¿no? Lo que sí, se tapaba con una careta... el muy imbécil se creía que yo no me daba cuenta...

ROCCO: —Eh, ya lo dijo Freud: no es fácil engañar a una mujer, salvo a la propia...

DANA: —¿Esa gansada dijo? ¿Estás seguro?

ROCCO: —Y también que pasamos tres cuartas partes de nuestra vida soñando puñeterías... y eso no es lo más grave...

DANA: —¿Ah, no? ¿Pero puede haber algo más grave que soñar puñeterías?

ROCCO: —Que una mujer casada, sola, media en bolas, reciba al vecino de arriba, a las siete y minutos de la mañana... y que todo el edificio lo ande comentando, eso sí que es grave...

DANA: —¿Ahora también tengo la culpa de lo que sueño?

ROCCO: —Es lo que yo te digo... nadie tiene la culpa de lo que sueña... Ni vos ni yo ni nadie...

DANA: —¿Y entonces?

ROCCO: —Entonces que hace un rato me estabas recriminando que tuve un encuentro fogoso con la vecina de arriba...

DANA: —Mientras yo me tenía que bancar al pesado del marido arreglándome el calefón...

ROCCO: —¿Otra vez con eso? Mejor inventá otra mentira, no ofendas a mi inteligencia...

DANA: —No, mejor voy a hacer otra cosa... (*Marca salida hacia baño*) ¡Me cambio y me voy a laburar!

ROCCO: —En lo que va del día es lo más sensato que te escuché decir...

Se sienta en su escritorio. Acomoda papeles, extrañado.

ROCCO: —¿Se puede saber quién carajo anduvo entre mis papeles...?

Nadie le responde. Se levanta y sale furioso hacia el dormitorio.

ROCCO: —¡Pero la reputa madre, pregunté por mis papeles!

Apenas sale ROCCO, aparece nuevamente VECINO. Asoma DANA, a medio vestir.

DANA: —¿Usted de nuevo? ¿Y ahora qué quiere?

VECINO: —Mi celular. Creo que lo dejé por acá...

Busca.

DANA: —¿Se puede saber por dónde entró?

VECINO: —Por el mismo lugar por donde me fui... ¿y el idiota?

DANA: —Si se refiere a mi marido, le respondo que no sé. Digo... hasta hace un momento estaba acá...

VECINO: —Entonces era él...

DANA: —Era él... ¿cuándo? ¿Haciendo qué?

VECINO: —Entrando en el quinto B, justo a la hora en que el marido se va y queda la mujer sola... es mucha casualidad.

DANA: —No es posible. Él no es de meterse en casas ajenas...

VECINO: —¿Ah, no? ¿Entonces no vio lo que capturé con mi camarita secreta, último grito de la tecnología...? A propósito, ¿dónde está mi celular?

DANA: —Se rompió...

VECINO: —¿Cómo que se rompió? ¿Quién lo rompió?

DANA: —¿Importa? ¡Se cayó al piso y dejó de andar! ¡Fue un accidente!

VECINO: —¡Un accidente que me cagó la vida! ¡Estaba cargado de videos con las infidelidades de mi mujer! ¡¡Material confidencial!! ¿Sabe el agujero que le pensaba hacer?

- DANA: –¿Agujero? Pero cómo, ¿no era que los cornudos/cornudas a la larga nos terminamos acostumbrando?
- VECINO: –¿Sabe una cosa? ¡Algo me dice que usted me miente... para proteger a alguien! ¡Y ese alguien no puede ser otro que su marido! ¡Pero a mí no me engaña! Lo voy a esperar hasta que vuelva y entonces lo...
- DANA: –Ahora que me acuerdo mi marido salió y no creo que vuelva. Tenía... cosas que hacer...
- VECINO: –Claro, con la del cuarto C. En este momento deben estar en pleno...
- DANA: –Tenía algo más importante que hacer. Por eso, no vale la pena que lo espere...
- VECINO: –Me pregunto qué puede haber de importante en la vida de ese homúnculo, además de su bella mujercita, a la que tanto desatiende...
- DANA: –Le agradezco el cumplido, pero debe saber que en la vida de mi esposo hay cosas más importantes y valiosas que el sexo. Hoy, por ejemplo, fue a ver a un editor que le va a pagar una fortuna por su última novela...
- VECINO: –No me diga. ¿Y usted le cree?
- DANA: –Desde luego.
- VECINO: –Entonces lo que le mostré en el celular que me rompieron no sirvió de nada. No hay peor ciego que el que no quiere ver...
- DANA: –Especialmente en un celular descargado.
- VECINO: –Ahora es usted la que miente.
- DANA: –¿Ah, sí? ¿Y qué le hace pensar que le miento?
- VECINO: –Si fue a ver a un editor... ¿para qué dejó la puerta abierta?
- DANA: –Para que viniera usted... a buscar su celular.
- VECINO: –¿Mi celular... roto? ¿Me toma el pelo?
- DANA: –Así me dijo él:

Asoma ROCCO, *vestido como para salir*.

- ROCCO: –Si llega a venir el imbécil de arriba le decís que si lo llego a pescar de nuevo en mi casa, a solas con mi mujer, lo que pasó con su celular va a ser nada al lado de lo que va a pasar con su dentadura...

Sale.

VECINO: –¿Eso dijo?

DANA: –Palabra por palabra.

VECINO: –¡Pues a mí me dijo otra cosa!

DANA: –¿Le dijo otra cosa cuándo?

VECINO: –Anoche en el ascensor de este mismo edificio. ¡Me dijo que estaba dispuesto a cualquier cosa con tal que leyera su última novela... cualquier-cosa! ¡Que le pidiera lo que quisiera! Lo-que-quisiera, ¿estamos?

DANA: –¿Y usted qué le pidió?

VECINO: –Que se fuera temprano y me dejara la puerta abierta. Como usted misma puede comprobar que hizo.

DANA: –(*Nerviosa*) Y suponiendo... que esa canallada fuera cierta... ¿para qué le pidió eso a mi marido?

VECINO: –¿Eso también se lo tengo que explicar? (*La persigue alrededor de la mesa*) ¡Porque quería estar a solas con usted!

DANA: –(*Sube a una silla, enarbola algo para defenderse*) ¡Deténgase o grito! ¿Para qué quería estar a solas conmigo?

VECINO: –(*Duda*) Bueno yo... detesto dejar cosas pendientes...

DANA: –¿Y qué quedó pendiente entre nosotros? ¡Hable claro!

VECINO: –Su calefón... y mis máscaras, ¿se acuerda?

DANA: –Por el calefón no se preocupe: vamos a sacar otro... en cuanto podamos.

VECINO: –¿Con la plata de sus padres? Lo dudo.

DANA: –¿Por qué lo duda? ¿Qué sabe de mis padres?

VECINO: –Que murieron hace seis meses en la ruta. Cumplían cincuenta años de casados. Y lo único que le dejaron fueron deudas.

DANA: –¡Que no se entere mi marido! ¡Todavía cree que están vivos!

VECINO: –¿No le parece que es tiempo de decirle la verdad?

DANA: –Creo que no lo soportaría...

VECINO: –¿Entonces prefiere vivir así, llevando una existencia de mentira, como si la vida fuera otra de las estúpidas historias que escribe copiando a otros?

DANA: –¡Mi marido no copia a nadie!

VECINO: –Apuesto a que ese es el convenio entre ustedes: él se hace pasar por escritor y usted le paga el simulacro con los ahorros de sus finados padres... No les envidio la suerte, la verdad...

- DANA: —Si vamos a hablar de vidas sin sentido, conozco a uno que se la pasa escondido atrás de sus caretas como el avestruz.
- VECINO: —En eso se equivoca, ¿ve? No lo hago por mí. Lo hago por ellas. No sea cosa que... se me depriman...
- DANA: —¿Qué se depriman quiénes? ¿Las... máscaras?
- VECINO: —No se ría. Ya me pasó una vez. ¡Culpa de la turra de mi mujer! Me cansé de decirle: hagamos algo con Sofía, hagamos algo con Sofía, antes que sea demasiado tarde... Sofía era una de mis máscaras favoritas, llamada así por la casa de cotillón donde la compramos... y la otra turra que no, que dejate de joder, a vos se te mete cada cosa en la cabeza... y bueno, de golpe y porrazo, Sofía empezó a... cómo le explico, a languidecer... se empezó a poner pálida, y se empezó como a... resquebrajar... hasta que un día volví de la editorial y ya no estaba... ¡y cuando le fui a preguntar a mi mujer... la había tirado!
- DANA: —¡Ay, Dios mío! ¿Cómo le pudo hacer una cosa así?
- VECINO: —Eso es lo mismo que le pregunté yo. ¿Cómo me hiciste una cosa así? ¿Y sabe lo que hizo ella? ¡Se me ríe en la cara! “¿Qué querías?” Me dijo. “¿Qué siga juntando polillas? ¡Está mejor adonde está!”
- DANA: —Cómo lo habrá sufrido...
- VECINO: —¿Que si sufrí? Estuve casi tres semanas sin comer... me tuvieron que poner una sonda que me entraba por la nariz y me salía por el culo, con perdón de la expresión...
- DANA: —¿Y su mujer? Digo, ¿al menos le pidió perdón? ¿Se disculpó de alguna manera?
- VECINO: —Hasta ahora no. Ella sabrá. Yo, hasta que no me venga a pedir perdón de rodillas, no le pienso dar más bola...
- DANA: —Pero... ¿hace mucho que pasó? Lo de Sofía, digo.
- VECINO: —Siete años.
- DANA: —¿Lleva siete años... sin hablarse con su mujer?
- VECINO: —Ella me habla. Soy yo el que no le contesta. Así aprende. Además estoy muy ocupado en cuidar mis máscaras, no sea cosa que les agarre el síndrome Sofía, pobrecita, Dios la tenga en su gloria...
- DANA: —Bueno, tampoco hay que exagerar... una máscara no deja de ser un objeto inanimado... y que yo sepa, los objetos no se deprimen ni se suicidan...

- ROCCO: –Se equivoca. Las cosas tienen alma, el alma del que las anima, o que las des-anima, como en este caso. Y ese principio lo puede hacer extensivo a cualquier cosa que se le ocurra; una máscara, un zapato, un preservativo... ¡hasta un cuchillo de cocina!
- DANA: –Pretende hacerme creer que un cuchillo... ¿puede tomar... decisiones?
- ROCCO: –Un cuchillo tiene tanta vida... que hasta puede terminar con otras vidas...
- DANA: –(*Sensual, afectada*) Ay, ¿lo dice... por experiencia?
- VECINO: –(*Siguiéndole el juego*) ¿Qué pasaría si le dijera que sí? ¿Que tengo mucha experiencia en cuchillos?
- DANA: –Alguna vez... ¿mató a alguien?
- VECINO: –(*Cambia el juego, sale de rol*) ¿Me está hablando en serio?
- DANA: –¡Se imagina que no le voy a hacer una pregunta así...”jugando”!
- VECINO: –Nunca usé un cuchillo para matar a nadie, si es eso lo que quiere saber...
- DANA: –¿Y entonces qué experiencia en cuchillos tiene?
- VECINO: –Fui... cocinero.
- DANA: –(*Más desencantada*) ¿Cocinero? ¡Una profesión... fascinante!
- VECINO: –No se burle. Para ser cocinero hay que tener... un temperamento especial...
- DANA: –¿Para pelar un pollo y meterlo al horno? ¡Me imagino!
- VECINO: –O para envenenar a alguien...
- DANA: –Me acaba de decir que nunca mató a nadie...
- VECINO: –¡Con los cuchillos, no... pero envenenando comidas, era un Maestro! De alguna manera lo sigo siendo... ¡Con decirle que estuve a punto de entrar al libro Guinness... si no fuera por los turrillos esos de Interpol!
- DANA: –Algo me dice que usted... se burla de mí...
- VECINO: –¡Cuando quiera estoy dispuesto a hacerle una demostración... sin huellas ni rastros; trabajo garantizado!
- DANA: –¿Con quién?
- VECINO: –¿Qué le parece con su marido?
- DANA: –¿Está loco? ¿Qué le hizo mi marido para que lo envenene?
- VECINO: –No es necesario que me haya hecho nada a mí... Lo importante es que le haya hecho algo al que contrata el servicio, en este caso usted, ¿me comprende?

DANA: —¡Pero es que... mi marido... yo no podría hacerle eso!
VECINO: —¡Le estoy diciendo que el trabajo lo hago yo!
DANA: —Pero, ¿y qué le hizo mi marido a usted, a ver?
VECINO: —¿Qué me hizo? ¿Quiere saber qué me hizo? Se pasa el día y la noche meta tiki tiki con su estúpida maquinita de escribir... horas enteras, de día y de noche... mire que ya probé todas las formas posibles para evitar ese sonido infame, de todo, le juro... algodones en los oídos, pastillas para dormir, cinta de embalar en la ventana. ¡De todo! Llegué a masturbarme con guantes, con perdón de la expresión... ¡Pero no hay caso... le juro que a veces me dan ganas de bajar y terminar con esta... mierda!

Levanta la máquina, la está por revolear. Ella lo detiene.

DANA: —No haga eso. ¡Es un recuerdo! ¡Un recuerdo... personal!
VECINO: —¿Suyo?
DANA: —(Mientras le quita la máquina, sin resistencia de él) De mi finado papá, ¡Dios lo tengo en su gloria!

Se persigna. VECINO duda, baja la máquina.

VECINO: —Está bien. Pero conste que lo hago por usted... y por su finado papá, como dice usted. (Se persigna) Dios lo tenga en su gloria... lo que sí, la máquina me la llevo... Dígale al imbécil que para recuperarla me tiene que devolver mi celular...
DANA: —Pero si ya...
VECINO: —Usted dígale así... y hagan ver ese calefón. Antes que volemós todos a la mierda. Si quieren matarse hay formas más seguras y dignas de hacerlo.
DANA: —¿Como cuáles, por ejemplo?

Pausa breve.

VECINO: —(Se detiene) Asómese a esa ventana, como yo me vengo asomando todos los días de mi vida, y después me cuenta...

VECINO sale por la puerta. Ella queda ahí. Suena el teléfono.

DANA: —Hable. Ya sé quién sos. No hace falta que sigas simulando. Tu marido se acaba de ir. Y te advierto que nadie lo llamó, eh. Viene sólo, y como viene se va. Al menos por ahora...

En ese momento entra ROCCO, en calzoncillos, con bandeja con una picada. DANA guarda el teléfono. ROCCO apoya la picada en la mesa y comienza a picar.

ROCCO: —¿Qué hacés? ¿No fuiste a laburar?

DANA: —Si hubiera ido no me estarías haciendo esa pregunta.

ROCCO: —¿Qué pasó? ¿Te sentías mal?

DANA: —Nunca me había sentido mejor. Ni peor.

ROCCO: —Acá pasó algo raro. ¿Y la máquina? ¿Dónde la pusiste?

DANA: —Vos mismo la tiraste por la ventana. ¿O ya te olvidaste?

ROCCO: —¿Estás segura?

DANA: —Como tanto te gusta decir a vos: a seguro se lo llevaron preso.

ROCCO: —Pues que se joda, por algo habrá sido. Además que yo a la máquina no la necesito.

DANA: —¿Cómo que no le necesitás? ¿Entonces, es cierto? ¿No vas a escribir más? ¿Te vas a buscar un trabajo como la gente y vamos a tener dos hijos, un perro y una casita con fondo?

ROCCO: —Nunca dije que iba a dejar de escribir.

DANA: —Lo dijiste anoche, mientras tirabas la máquina por la ventana.

ROCCO: —No me acuerdo. Y viste cómo es la memoria, lo que no te acordás, es como si no lo hubieras dicho.

DANA: —¿Así funciona para vos la memoria?

ROCCO: —Sí. Al menos la mía.

DANA: —Entonces... ¿todo lo que dijiste era... mentira?

ROCCO: —No. Era... metáfora.

DANA: —¿Metáfora? ¿Y eso qué viene a ser?

ROCCO: —Fácil: cuando dije que iba a dejar de escribir, lo que quería decir era que dejaba de escribir... con esa porquería que tiré por la ventana...

DANA: —Me duele que digas eso. Era un recuerdo de familia.

ROCCO: —¿Ves? ¿Ves que es lo que yo digo? Cada memoria funciona de una forma distinta: la tuya funciona con cosas viejas, que son como pedazos de gente que se murió hace mucho... la mía en cambio, funciona con las cosas que digo y al rato me olvido...

DANA: —¿Ah, sí? ¿Y entonces con qué pensás escribir ahora?

ROCCO *saca algo de su mochila. Es una pequeña laptop, ínfima.*

ROCCO: —Con esto. Te la presento: se llama lap top. Y como verás, es uno de los últimos adelantos de la tecnología.

DANA: —¿Cómo decís que se llama?

ROCCO: —Lap top. Una maquinita muy pequeña que te permite escribir en cualquier lugar del planeta donde haya internet.

DANA: —Pero acá no tenemos internet.

ROCCO: —Bueno, pero yo te dije que había que tener. O nos pasaba la historia por encima, ¿te dije o no te dije?

DANA: —Pero... ¿de dónde la sacaste?

ROCCO: —La compré. ¿De dónde querías que lo saque?

DANA: —Pero... ¿con qué plata?

ROCCO: —¿Cómo con qué plata? Con lo que sacamos de lo que les íbamos a devolver a tus viejos, ¿no te acordás?

DANA: —Pero... esa plata era para tu tratamiento, Rocco...

ROCCO: —Bueno, pero sirvió para un fin mejor: me pude pagar el anticipo de la lap top. Ahora nos quedan apenas unas cuotitas.

DANA: —¿Cómo cuotitas? ¿Cuántas...?

ROCCO: —Setenta y ocho... ajustables eh, eso no hubo forma de negociarlo...

DANA: —¡Pero Rocco... vos estás chiflado, loco de remate! ¿Y tu tratamiento?

ROCCO: —¡Olvidate del tratamiento! ¿Para qué quiero agrandarme el pene, si mi alma está vacía y desolada? ¿Te gusta ese título? Así le voy a poner a mi próximo ensayo. ¡Mirá, mirá lo que es esto! No me digas que no es un chiche. Tocala, agarrala sin miedo, hacé de cuenta que es mi pene agrandado...

DANA: —Temo que mi imaginación no da para tanto...

ROCCO: —¿Sabés por qué es eso? Porque estás agotada, stressada... ¿Sabés lo que creo? Que nosotros necesitamos unas... vacaciones.

DANA: —¿Y adónde te gustaría ir?

ROCCO: —*(Sotto voce)* A la cama...

DANA: —*(Excitada)* ¿Connmigo?

ROCCO: —O con la mujer del vecino... la otra noche tuve con ella un sueño de lo más...

DANA: —¡Basta! ¡No me importan un carajo tus sueños con la vecina! ¡A la cama vas conmigo... o te quedás con las ganas! ¡Elegí!

Él lo piensa. Se sienta en la mesa, enciende su lap top.

ROCCO: —En ese caso... me quedo escribiendo.

DANA: —¿Hoy también, Roquito? ¿Era necesario?

ROCCO: —Lo dijo Roberto Arlt: ¡cuando lleguen las musas, que nos encuentren trabajando!

DANA: —Como quieras. ¡Saludo a tus musas, entonces! ¡Y a tu lad-pop... o como se llame!

Suena teléfono.

ROCCO: —Atendé. Esa debe ser tu vieja...

DANA: —Atendé vos. Decíle que no puedo.

ROCCO: —Yo tampoco puedo. *(Pausa)* Attendé y decíle vos. Después de todo es tu vieja, no la mía...

DANA: —*(Atiende)* Hola, sea quien sea, en este momento no lo podemos atender porque nos estamos peleando... después de la señal, deje su mensaje... *(Transición)* ¿Eh? ¿Quién? ¿Maciel? *(Transición)* ¡Ah, sí, Maciel, el portero! ¿Cómo le va? ¡Qué sorpresa! No, no molesta Maciel, estábamos levantados, peleando, como siempre, bah, discutiendo, pero no se preocupe, en cualquier momento podemos retomar, cuénteme, cuénteme, ¿qué le anda pasando? Para llamar a esta hora... *(Transición)* ¿Eh? ¡Ay Maciel, lo que me cuenta es un horror! Está bien, está bien, sí, sí, está acá conmigo. Yo le aviso, quédese tranquilo. Y gracias por llamar, eh...

Cuelga. Tiempo. DANA está visiblemente impresionada.

DANA: —Era Maciel, el portero... digo, el encargado del edificio...

ROCCO: —Hay que ser boludo para no darse cuenta. ¿Qué quería?

DANA: —Avisarnos que el de arriba tiró a la mujer por la ventana.

ROCCO: —¡Me estás jodiendo!

DANA: —Y después se tiró él. Están los dos estampados en la vereda... dice que ya están los de los noticieros y todo.

ROCCO: —¡A ver...!

Zapping. O celular nuevo. O lap top.

ROCCO: —Uy sí, mirá... “Último momento, pareja masacrada en Almagro” (*Transición*) ¡Mirá como quedaron, qué asco! ¿Te fijaste?
¡Tiene puesta la máscara!

DANA: —(*Enajenada*) ¿La máscara? ¿Qué... máscara?

ROCCO: —La que nos habían mandado por correo, ¿te acordás que se la fuiste a llevar y te trató como el culo?

Aparece VECINO, desnudo y ensangrentado, con la máscara puesta.

VECINO: —Usted es la vecina de abajo, ¿no? Dígale a su marido que me tiene hartito con su maquinita. ¿O prefiere que se lo diga yo?

Sale

ROCCO: —(*Algo le llama la atención*) ¡Uy, y mirá quién está ahí! ¡Maciel, el portero! ¡Mirá cómo roba cámara! ¡Maciel viejo nomás! ¿Vamos?

DANA: —¿A dónde?

ROCCO: —¡Abajo, a ver... capaz que salimos en el noticiero!

DANA: —Andá vos sólo.

ROCCO: —(*Duda*) ¿Segura?

DANA: —Claro. Voy a estar bien.

ROCCO: —Bueno, como quieras. ¿Te pasa algo?

DANA: —¿Algo como qué?

ROCCO: —No sé, estás... como rara.

DANA: —Debe ser la impresión.

ROCCO: —Sí, claro. Mejor quedate.

Marca salida.

DANA: —Roquito...

ROCCO: —¿Sí?

DANA: —¿Vas a ir así, en calzoncillos?

ROCCO: —(*Tarda un segundo en darse cuenta*) Tenés razón, ¡qué boludo! (*La*

besa en la cabeza) No sé qué sería de mí sin vos...

Sale hacia dormitorio. Enseguida se oye su grito que se pierde en el vacío. DANA toma el control remoto y apaga la tele. Toma una máscara de entre sus ropas, se la coloca.

DANA: —Fue lo último que le escuché decir: “Qué sería de mí sin vos”. Y ya no volví a verlo. No consigo recordar si no volvió, o si me cansé de esperarlo y me mandé a mudar. Sólo recuerdo que caminé y caminé... hasta no poder detenerme. O hasta hacerse día y eternidad y seguir caminando, ya sin parar, ya buscando sabe Dios qué imposible secreto mientras me buscaban a mí, por todos lados. Veía mi cara en las pantallas de los bares, o en la tapa de algún diario y sin embargo no podían encontrarme, ni mucho menos detenerme, al contrario, caminaba con más ganas, hasta que al parecer alguien o alguien me descubrieron durmiendo sobre una tumba de glorias ajenas y vine a parar a esta silla, que es donde vienen a parar las personas que se pierden hasta de ellas mismas y salen a buscarse por el mundo o son arrojadas por una ventana y una décima de segundo antes de estrellarse contra el piso entienden de qué va la cosa pero infructuosamente, cuando ya es demasiado tarde, o cuando ya todo es ausencia, señales de lo que murió en la víspera.

Ya han entrado ROCCO y VECINO, desnudos y ensangrentados. Y enmascarados. Se sientan o permanecen parados a ambos flancos de ella.

Suspiran.

ROCCO: —Todo lo que recuerdo es que antes de bajar entré al baño, me desabroché el pantalón y entonces sentí que se cortaba la luz y sentí también que no estaba sólo y también supe que algo terrible y definitivo estaba por ocurrir y sentí ganas de reírme y entonces fue que ocurrió lo que ocurrió...

DANA: —El grito, la caída al vacío.

VECINO: —... La sensación de los cuerpos estallando contra el pavimento haciendo plof, plof...

DANA: —Y todo, todo lo demás...

Pausa.

ROCCO: –Las caras de los vecinos, el vigilante activando el código rojo y hasta la cara de Maciel, el encargado del edificio, mirándome de cerca, como no animándose a preguntarme si lo dejaba que nos filme con el celular...

VECINO: –Para subirlos a Youtube...

Pausa.

DANA: –Entonces supieron la verdad...

ROCCO: –Hacía rato que no estaban ahí.

VECINO: –Estaban siendo... evocados.

DANA: –Imaginados.

ROCCO: –Desalmados.

VECINO: –Mientras el sol...

ROCCO: –A todo esto, el sol...

DANA: –Y el viento...

ROCCO: –Sobre los cuerpos desnudos.

VECINO: –Muertos y desnudos.

DANA: –Como desocupados.

ROCCO: –Eso mismo.

VECINO: –Como cuerpos...

LOS TRES: –Desocupados...

JURAME QUE VENÍS



(A mi velorio)

JURAME QUE VENÍS

PERSONAJES

TIAGO (*El hijo*)

BLAS (*El padre*)

Género: Neogrotesco

I – SIERRA, CLARO EN LA ESPESURA...

TIAGO *empuja una precaria silla de ruedas, con un viejo paraguas abierto, atado a la silla, protegiendo a BLAS, su padre, que dormita, cubierto por una vieja manta o frazada, con una sonda en el brazo. TIAGO se detiene, acomoda bártulos como para acampar. BLAS se despereza. Tiempo.*

BLAS: –¿Llegamos?

TIAGO: –Ya casi.

BLAS: –Pero no.

TIAGO: –No todavía.

BLAS: –¿Qué hora es?

TIAGO: –Menos cuarto.

BLAS: –¿De la mañana o de la tarde?

TIAGO: –No estoy muy seguro, llevo tantas horas andando...

BLAS: –¿Llevás? Ah claro, porque yo acá estoy de adorno...

TIAGO: –Corrijo papá, llevamos.

BLAS: –¿Cuánto falta?

TIAGO: –(*Consulta mapa*) Según mis cálculos, deberíamos haber llegado.

BLAS: –Qué querés que te diga, muy fiables no parecen tus cálculos; ya perdimos la cuenta del tiempo que llevamos dando vueltas y ni siquiera sabemos si es de día o de noche... ¿me das agua?

TIAGO: –Después; hay que ahorrar.

BLAS: –Ah claro, hay que ahorrar... (*Se toma el pecho, grita*) ¡AH!

TIAGO: –Papá, ¿qué le pasa?

BLAS: —¡Me... ahogo!
TIAGO: —¡Aguante, papá, aguante! ¡No me afloje justo ahora!
BLAS: —¡Agua! ¡AGUA!

Asustado, TIAGO le da la botella de agua mineral. BLAS se bebe hasta el último sorbo.

BLAS: —¡Más!
TIAGO: —No hay más...

Casi automáticamente BLAS se calma, arroja la botella vacía a un costado.

BLAS: —Pudiste cargar un par más...
TIAGO: —Las cargué... y se las tomó.
BLAS: —Claro, también de eso tengo la culpa.
TIAGO: —Nadie le echa la culpa de nada, papá. Pensé que iban a alcanzar. Y no alcanzaron.
BLAS: —Y ahora estamos jodidos.
TIAGO: —No mientras quede vida.
BLAS: —No empieces de nuevo con tus frases hechas; en este momento debería estar en terapia intensiva dando las hurras.
TIAGO: —No se podía venir a morir justo ahora, papá.
BLAS: —Claro que podía y todavía puedo, vos dame tiempo... ¿qué hora era, me dijiste?
TIAGO: —Menos cuarto, ahora, menos diez.
BLAS: —Jugaban Boca y San Lorenzo, lo daban en directo, ¿cómo irán? ¿Dónde pusiste la radio?
TIAGO: —(Mientras busca entre los bártulos) No creo que se pueda escuchar.
BLAS: —(Enciende la radio, no se oye nada) ¡Y qué querés, si estas pilas están descargadas!
TIAGO: —Pero no papá, qué van a estar descargadas si las compré en la terminal, antes de subir al micro.
BLAS: —Como si fuera la primera vez que te venden gato por liebre...
TIAGO: —No son las pilas, papá... ¡estamos en medio de la montaña!
BLAS: —Y las pilas están vencidas, además que fuiste, sos y serás un incauto... me acuerdo cuando compraste el cascajo ese todo fundido, que lo tuviste que mandar a hacer todo de nuevo. Cuánta guita tirada a la basura, mi Dios... y mirá que te dije eh; con este auto te están cagando, pero vos...

- TIAGO: —¿No es hermoso el paisaje, papá?
- BLAS: —¿Y cuando te casaste? ¿Con aquella atorranta? Dicho con todo respeto.
- TIAGO: —Por eso la dejé papá.
- BLAS: —¿No era que ella te había dejado a vos? Lo que sí estaba buena, eh, dicho con todo respeto... cada vez que se ponía esos pantalones que le marcaban las curvas y las rayas, ¡ay mamita! Yo no podía evitar mirarla y pensar: qué lindo hacerse una excursión por esas nalgas, ¡bendito Dios!
- TIAGO: —Le decía del paisaje, papá.
- BLAS: —Después me empecé a preguntar: ¿no será demasiada mina para este tarambana, que se la pasa haciendo reuñoncitas donde lo único que hacen es tocar la guitarrita y fumar porritos y ponerse todos en pedo? Por eso cuando te dejó no me sorprendió... era lógico, pensé; a esta clase de perras sedientas las tenés que atender, si no enseguida salen a buscar un padrillo.
- TIAGO: —No siempre, papá...
- BLAS: —¿Ah, no? ¿Y qué hizo la que te dije? ¿Se metió en un convento?
- TIAGO: —Se fue con otra mujer.

Pausa.

- BLAS: —¿Quién? ¿Tu... mujer?
- TIAGO: —Ya no es mi mujer, papá. Ahora, en este mismo momento, es la mujer de otra mujer.
- BLAS: —¿Qué, encima te corneaba?
- TIAGO: —¿A quién le importa eso ahora, papá? Ya está, ya pasó, si hay algo que me enseñó la vida fue a vivir el presente, el aquí y el ahora, ¿me entiende? (*Le ofrece larga vistas*) Aprecie qué vista; ya subimos tan alto que vemos las nubes desde arriba.
- BLAS: —A mí me aburre, qué querés que te diga.
- TIAGO: —Tiene razón, papá... ya lo dice La Biblia.
- BLAS: —¿Qué es lo que dice La Biblia?
- TIAGO: —Que si Dios es una máquina de humo, arriba de las nubes no puede haber nada interesante...
- BLAS: —¿Vos estás seguro que Dios dice esas boludeces?
- TIAGO: —A esta altura de la historia, ¿quién puede estar seguro de algo, papá? ¿Seguimos?

BLAS: —Como vos quieras, fue idea tuya después de todo.

TIAGO: —Hubiera jurado que estábamos de acuerdo en hacer algo para ayudarlo a sanarse, papá.

BLAS: —Te dije que no tengo salvación, y como si no alcanzara conmigo, también lo dijo el oncólogo.

TIAGO: —Claro, me había olvidado del oncólogo y su palabra santa.

BLAS: —(*Sorprendido*) ¡Ah, claro, resulta que ahora el señor sabe más que un médico que se quemó las pestañas estudiando, mientras el señor tocaba la guitarrita y fumaba porritos con los amigotes sobados ilustrados, una nueva!

TIAGO: —Papá, los médicos sólo tienen un diploma, pero no son Dios.

BLAS: —No son Dios, los médicos no son Dios; cuando hablás así me hacés acordar a tus amigos patasucias que se pasan la vida criticando y renegando de todo pero en cuanto les duele una uña salen corriendo a la guardia del hospital.

TIAGO: —Olvídese de mis amigos patasucia, papá, ellos jamás se preocuparían por usted.

BLAS: —¡Ni falta que me hace! Ya tengo quien se ocupe de mí.

TIAGO: —¡Ya sé, no me diga nada; su hijita y su yernito, dos joyitas!

BLAS: —Y el doctor Almada, que fue bien claro: no queda nada por hacer, ayúdelo a bien morir... y vos ¿cómo me ayudás? ¡Trayéndome a estas montañas del orto a cagarme de sed!

TIAGO: —¿Me espera un minuto?

BLAS: —¿Dónde vas?

TIAGO: —¡A buscarle agua!

BLAS: —¿Adónde?

TIAGO: —(*Le alcanza prismáticos*) Por allá me parece ver un cauce.

BLAS: —¿Por allá dónde? ¿A qué distancia?

TIAGO: —Cerca. ¡No sé, quinientos metros... con tal de no escucharlo rezongar más soy capaz de cavar un pozo hasta la China!

BLAS: —¿Y me vas a dejar acá solo, en medio de la nada? ¿Hablás en serio, nene?

TIAGO: —(*Conmovido*) Papá, cuantos años hacía que no me llamaba así...

BLAS: —¿Así cómo?

TIAGO: —Así, “nene”.

BLAS: —¿Te gusta que te llamen así?

TIAGO: –No es que me guste, es que me hizo acordar a tantas cosas.
BLAS: –¿Cosas buenas o cosas malas?
TIAGO: –Un poco de todo. La mayoría, malas. Pero las buenas compensan.
BLAS: –¿Entonces, seguimos, nene?
TIAGO: –Claro, papá.
BLAS: –¿No era para el otro lado, nene?
TIAGO: –No papá. No era para el otro lado. Déjeme hacer a mí.
BLAS: –Te dejo te dejo, sí... después de todo, fue idea tuya... nene.

Síguen en marcha por misma dirección. TIAGO se arrepiente y toma por la dirección sugerida por BLAS.

II – MÁS TARDE...

Detenidos, mirando al frente. TIAGO otea el horizonte con un viejo prismático.

BLAS: –Juro que si sabía que me esperaba esto, me quedaba en el sanatorio. A esta hora me estarían dando la quimio. Y con un poco de suerte la enfermera de terapia se me estaría sentando en las rodillas o incluso practicándome “sexo oral”, como dicen ahora.
TIAGO: –En el sanatorio se estaba muriendo como un perro, papá; la quimio lo estaba dejando como pasa de uva.
BLAS: –¡Por eso me arrancaste las sondas y casi trompeaste al médico para sacarme en brazos! ¡Te agarró el ataque de hijo! ¡Medio Haedo se hizo el plato a costilla nuestra!
TIAGO: –Es verdad, papá, hice todo eso; pero créame que nunca me había sentido mejor en mi vida, ¿se acuerda que después fuimos a ver a la bruja? ¿Se acuerda lo que nos dijo?
BLAS: –No. Me acuerdo que tenía buenas tetas, eso sí.
TIAGO: –La bruja dijo que si llegábamos al centro de energía, usted se sanaba... ¿se acuerda, papá?
BLAS: –Pero no llegamos a ningún centro de nada... ¡Y de yapa te sacó una pochada de mangos! ¿Para qué? ¡Para revolver las tetas y dejarme con las ganas!
TIAGO: –¡Y ahí está la gracia, papá! En encontrar uno mismo el centro de energía...

BLAS: —¿Pagando una fortuna para que nos digan “es por allá, arréglen-
se”? Sigo sin verla a la gracia...

TIAGO: —No se preocupe por la gracia... ni por la plata, papá.

BLAS: —No me preocuparía si no la precisara...

Pausa.

TIAGO: —Usted... ¿necesita plata, papá?

BLAS: —¿Te llama la atención? Ni que fuera Onassis...

TIAGO: —Onassis no será pero...

BLAS: —¿Pero qué? ¿Qué es lo que tanto te escandaliza, a ver?

TIAGO: —Que algunos tiren manteca al techo y otros tengamos que espe-
rar con la boca abierta a ver si ligamos una gota.

BLAS: —Para empezar, ¿a qué manteca te referís? ¡Hablá claro!

TIAGO: —Me refiero a los locales de Haedo, Morón, Padua y Merlo. Y a
las galerías de Lomas del Mirador y San Justo y al nuevo local que
compró en el shopping de Hurlingham y...

BLAS: —Pará pará pará; ¿cómo supiste lo de Hurlingham?, se supone que
era un secreto.

TIAGO: —Me imagino que los dúplex de la costa también sucumbieron...

BLAS: —Esos no, ¿ves?

TIAGO: —¿En serio? No deja de ser un consuelo.

BLAS: —Se salvaron de la quimio, pero no de tu hermana... mejor dicho:
de tu cuñado... aunque en verdad, fue tu hermana la que puso el
gancho.

TIAGO: —¿Mi hermana puso el gancho? ¿Qué gancho?

BLAS: —O no podíamos vender, nene... y así le pusimos la fiambrería
a tu cuñado... pero a nombre de tu hermana, eh, ese muchacho
nunca fue bueno para los negocios... se te parece bastante en ese
sentido, será por eso que se odian.

TIAGO: —Hay algo que no me termina de cerrar, papá; fiambrería para mi
cuñado, con el gancho de mi hermana... ¿y mi gancho?

BLAS: —¿Tu gancho? Ni falta que hizo.

TIAGO: —¿Cómo que no hizo falta? ¿Cómo que no hizo falta? ¡Sin mi
firma esa operación no tiene validez, papá! ¡Soy su heredero, su
legítimo heredero, mal que le pese!

BLAS: —¿Y a mí qué me decís? ¡Hablá con tu hermana que tuvo la idea!

TIAGO: –¿Qué idea, papá? (*Pausa. Se va dando cuenta*) ¿Me... falsificaron la firma, con su complicidad, papá? ¿Es eso? ¿Entendí bien?

BLAS: –(*Carraspea*) Tenías razón, ahora que lo empiezo a mirar, es lindo este paisaje eh... imponente, ¿no?

TIAGO *suelta un largo y desgarrador grito. El eco lo repite hasta el infinito. Tiempo.*

BLAS: –¿Te... sentís bien, nene?

TIAGO: –¿Nunca le pasó de tener muchas ganas de gritar, papá? ¿Pero de gritar bien fuerte, eh... y a medida que iba largando el grito ir dándose cuenta de todas las veces que hizo el papel de idiota a lo largo y ancho de tooooda su estúpida vida? ¿Eh, papá? ¿Nunca le pasó?

BLAS: –¡Te agradezco tanto que hayas pensado en mí para hacer este viaje! Es un paisaje... imponente... Sobre todo cuando alguien grita y el eco repite ese grito y lo amplifica hasta el infinito, ¿no? Es como tomar conciencia de la propia insignificancia, ¿no te parece?

TIAGO: –A veces pienso que debajo de esa coraza se esconde un poeta, papá...

BLAS: –No te equivoques conmigo; no necesito esconderme abajo de ninguna carcasa... y un poco de respeto, que no estás con tus amigotes del taller literario...

TIAGO: –Se sorprendería si le contara lo que piensan de usted algunas personas...

BLAS: –Alguna vez le escuché decir a alguien tan viejo como yo que solo avanza el que cosecha enemigos.

TIAGO: –Buena frase papá, por el cinismo parece suya, ¿de dónde la sacó?

BLAS: –No sé. No me acuerdo; la historia está llena de gente que se pasa la vida escribiendo boludeces mientras otros hacemos el mundo.

TIAGO: –(*Mientras retoma silla*) Es posible, papá; como se suele decir en estos casos: le debo las gracias por la parte que me toca. ¿Vamos yendo, le parece?

BLAS: –¿Yendo adónde?

TIAGO: –Ya se va a enterar, papá. Si se lo contara ahora perdería la gracia. (*Recoge silla*) ¿Vamos subiendo?

BLAS: –Como quieras. Total, vayamos donde vayamos, seguro que por ahí no es...

III – ALMUERZO, TIAGO BUSCA CON SU MAPA Y LOS PRISMÁTICOS. BLAS COME HONGOS.

- BLAS: –(*La boca llena*) ¿Seguro que no son venenosos?
- TIAGO: –Así decía en internet.
- BLAS: –¿Dónde?
- TIAGO: –En la computadora.
- BLAS: –A veces en esas computadoras suben cada boludez...
- TIAGO: –Si se refiere a las boludeces y pelotudeces que escribo yo, le advierto que estamos en un todo de acuerdo, papá.
- BLAS: –No pongas en mi boca cosas que no dije. ¿Galletitas tampoco quedaron?
- TIAGO: –(*Mientras le alarga el envoltorio vacío*) Pero las pensó toda la vida. No sé qué es peor.
- BLAS: –(*Mientras lame las últimas migajas*) Lo que hagas o dejes de hacer con las gansadas que debés escribir es asunto tuyo. Te lo dije siempre. Hasta cuando publicaste ese librito de morondanga que te costó una fortuna y terminaste repartiéndolo entre tus amigos pata sucias... ¿Sabés? Me estoy sintiendo mal. Como si hubiera comido... veneno. Mirá si me descompenso acá, en plena sierra.
- TIAGO: –Le dije: coma despacio. Ya se despachó las galletitas, los alfajores que nos dieron en el micro, todo.
- BLAS: –No me hagas acordar de esos alfajores: parecían de yeso.
- TIAGO: –Con razón le duraron tanto. Normalmente en uno, dos tarascos, se despacha un pollo vivo.

Pausa. BLAS lame migas del envoltorio vacío.

- BLAS: –En el micro tuve un sueño rarísimo. ¿Te cuento?
- TIAGO: –Como quiera, papá.
- BLAS: –Lo que pasa es que es un sueño medio perverso, viste... medio me da como vergüenza.
- TIAGO: –¿No era que los sueños no eran culpa de nadie, papá?
- BLAS: –Soñé que todo esto era idea tuya. Todo. El viaje, toda esta locura...
- TIAGO: –Fue idea mía, papá. No hacía falta soñarlo. Tan mía que tuve que sacarlo en brazos del sanatorio, ¿se acuerda?
- BLAS: –Yo, con las bolas al aire y envuelto en una sábana... y vos lleván-

dome en brazos, ¡ay, qué plato! ¡Parecíamos “Matrimonios y algo más”!

Se tientan. Se contagian las carcajadas. Gradualmente se van calmando.

- BLAS: —Te querías deshacer de mí... Me traías acá para deshacerte de mí y quedarte con todo...
- TIAGO: —Es como hablábamos ayer, papá: los sueños encubren el lado siniestro de las cosas.
- BLAS: —Oscuro.
- TIAGO: —¿Eh?
- BLAS: —Ayer dijiste el lado oscuro, ahora decís el lado siniestro. ¿Oscuro es lo mismo que siniestro?
- TIAGO: —Según cómo se mire, papá.
- BLAS: —¿Según cómo se mire qué, a ver? Concretamente, nene: ¿me trajiste acá para deshacerte de mí?
- TIAGO: —Cuánto hacía que no me llamaba “nene”, papá... se lo agradezco, aunque sea para ofenderme de una manera tan grosera.
- BLAS: —¡Contestá lo que te pregunto! ¿Te querés deshacer de mí, sí o no?
- TIAGO: —Lo traje para que se sane, sí o sí, papá...
- BLAS: —Sin embargo, fijáte vos, supongamos que me llegara a pasar algo.
- TIAGO: —¿Algo como qué, papá?
- BLAS: —Suponiendo que nos terminemos quedando sin provisiones, como ya nos estamos quedando...
- TIAGO: —Porque usted se tomó todo y se comió todo, papá... por eso nos quedamos sin provisiones.
- TIAGO: —Y suponete que yo no pudiera tomar mi medicación para el corazón, ni mis pastillas para la presión, como ahora mismo no las estoy pudiendo tomar, porque vos me las escondiste, ¿no?
- TIAGO: —No las escondí, papá, las tiré. No necesita tomar esa basura porque se va a curar, ¿a dónde quiere llegar con todo esto?
- BLAS: —¿Sabés dónde quiero llegar? A que si diera las hurras en este lugar, todo quedaría en un accidente, porque me imagino que no irás a bocinar que nos perdimos como caperucita y por eso nos quedamos sin provisiones.

- TIAGO: —Le repito que nos quedamos sin provisiones por su desmedida voracidad, que pasa por encima de cualquier emergencia y cualquier previsión, papá...
- BLAS: —¡Y por tu necesidad de creer en las patrañas que te vendió esa bruja para sacarte guita!
- TIAGO: —Creer para ver, papá... no lo digo yo, lo dicen las sagradas escrituras.
- BLAS: —¡De eso precisamente quería... (*tose*) hablarte!
- TIAGO: —¿De las escrituras?
- BLAS: —(*Tose*) ¡De la escritura de la... casa!
- TIAGO: —Cálmese, papá, no le hará bien. (*Transición*) ¿Qué pasó con la escritura de la casa?
- BLAS: —La puse a nombre de tu hermana.
- TIAGO: —¿También eso, papá? ¿Era necesario?
- BLAS: —¡Y eso no es lo peor; el pelotudo de tu cuñado la hipotecó para pagar deudas... en cualquier momento... (*tose*) ¡quedo en la calle!
- TIAGO: —¿Deudas? ¿Qué clase de deudas? No llore, papá, cálmese.
- BLAS: —Las deudas de la fiambrería.
- TIAGO: —Y de las putas, y del juego...
- BLAS: —También. ¿Te dije que se parece a vos?
- TIAGO: —Todavía no me dio por ese lado, papá.
- BLAS: —Tampoco fuiste bueno para los negocios. Igual que él.
- TIAGO: —¿Para qué, teniéndolo a usted, que siempre fue una luz?
- BLAS: —Pues a toda luz le llega la hora de apagarse... me pregunto cómo se las van a arreglar cuando no esté.
- TIAGO: —No se preocupe, papá, ellos van a estar preocupados en cosas más importantes que su recuerdo. ¿Por qué no descansa un poco? No pegó un ojo desde que llegamos... ni me lo dejó pegar a mí.
- BLAS: —Ni pienso pegarlo. Cada vez que me duermo sueño que me tiran tierra encima...
- TIAGO: —Siempre el mismo optimista, eh. Tengo a quien salir...
- BLAS: —¿Ahora también tengo la culpa de lo que sueño?
- TIAGO: —Lindo título para un libro, papá... ¿seremos culpables de nuestros sueños?
- BLAS: —¿Y eso a quién le importa? ¿Te crees que a alguien le importa si somos inocentes o culpables de esa boludez? Ahora entiendo por qué fracasaste también como escritor...

TIAGO: —¿Por qué, a ver? Esto se pone interesante.
BLAS: —Porque te da lo mismo un oncólogo que un patasucia sobaco ilustrado... como también te da lo mismo oscuro que siniestro... y eso es jugarle sucio a las palabras. Y con las palabras no se juega sucio, hay que saberlas tratar. En eso se parecen al dinero, ¿ves? Más de lo que te imaginás se parecen...
TIAGO: —Pues a mí me parece que usted también eligió mal, papá; debió dedicarse a la crítica literaria...
BLAS: —¿Qué quiere decir “siniestro”, nene?
TIAGO: —Quiere decir... que algo nos da miedo y no sabemos por qué, papá...
BLAS: —Claro. Como esa boludez que se me metió en la cabeza de que me trajiste para deshacerte de mí... eso es siniestro, ¿no?
TIAGO: —No, papá, eso es cruel... cruel y estúpido...
BLAS: —*(Bosteza)* Ah, bueno, entonces me quedo más tranquilo...

TIAGO *repliega su silla y prepara salida.*

TIAGO: —¿Qué le gustaría hacer, papá?
BLAS: —Necesito dormir.
TIAGO: —¿Dormir dice?
BLAS: —¿Cuántas veces querés que te lo repita?
TIAGO: —Por eso mismo le digo. Para dormir conviene buscar un lugar donde...
BLAS: —*(Lo corta)* Acá está bien...
TIAGO: —¿Seguro, papá?
BLAS: —En mi vida estuve tan seguro de algo.
TIAGO: —Como quiera.

Apoya la silla en el piso, despliega una manta, arroja a BLAS, que sigue cantando algún viejo tango, acaso “Madreselva”.

TIAGO: —Listo. Ahora, a dormir.

Breve silencio. BLAS *retoma canto.*

TIAGO: —¿No me oye, papá?

BLAS: —Perfectamente.
TIAGO: —Entonces haga silencio. ¿O piensa dormirse cantando?
BLAS: —Es que no puedo hacer silencio. Estoy harto del silencio. Para silencio voy a tener bastante con el camposanto.

Pausa.

TIAGO: —¿Me está pidiendo que le cante, papá?
BLAS: —No es mala idea.
TIAGO: —Está bien. Le voy a cantar una de mis preferidas.

Pausa. TIAGO comienza a des-entonar “*Satisfaction*”.

BLAS: —(*Lo corta*) ¿Algún tanguito no te sabés?
TIAGO: —¿Eh? ¿Qué dice, papá?
BLAS: —Que yo a esas canciones de mierda que te gustan a vos no las soporto.
TIAGO: —(*Junta paciencia*) Ah, claro. Un tango. ¿A ver qué le parece éste?
(*Tararea vagamente alguna melodía clásicamente tanguera y remata con un típico*) “de mi poooobre corazón/ ¡chan-chan!”

Oscuridad.

IV – SUEÑO COMPARTIDO: MÚSICA FESTIVA, COHETES, SEMBLANZAS NAVIDEÑAS.

BLAS: —Ahora yo digo, ¿no? ¿Te vas a quedar ahí sentado, viendo cómo disfrutan los demás? Tomá, andá a comprarte cuetes con tus amigos.
TIAGO: —¡Pero papá, me está dando cien dólares, es un montón de plata!
BLAS: —Mejor, comprá los que suben más alto y hacen más ruido, que el mundo se entere del padre que tenés.
TIAGO: —En la vida hay cosas más importantes que salir a tirar cuetes con los amigos, papá.
BLAS: —¿Ah, sí? ¿Por ejemplo cuáles, a ver?
TIAGO: —Por ejemplo quedarme haciendo horas extra en la fábrica, como

hacia usted; y con la guita que saco, juntar ladrillitos y comprar terrenitos en Mariano Acosta y Turdera; dentro de 20 años van a valer fortuna.

- BLAS: —¿Y a la perra de tu mujer quien la atiende mientras vos te pasas la semana metiendo horas?
- TIAGO: —No se preocupe por mi mujer, papá; cuando se casó conmigo sabía con quién y en qué se metía.
- BLAS: —No me contestaste lo que te pregunté.
- TIAGO: —Ya se lo dije, papá: me espera.
- BLAS: —(*Procaz*) ¿Sola te espera?
- TIAGO: —Casi siempre.
- BLAS: —¿“Casi siempre”? ¿Y cuando no te espera sola?
- TIAGO: —A veces vienen mis amigos. A tocar la viola y hablar boludeces.
- BLAS: —Y a fumarse algún porrito, me imagino.
- TIAGO: —Sí, no sé.
- BLAS: —¿Sí, o no sabés?
- TIAGO: —¿A qué vienen esas preguntas, papá?
- BLAS: —A nada en especial. Imaginaba nomás.
- TIAGO: —¡¿Imaginaba qué papá?! ¡Dígalo de una vez, sin vueltas!
- BLAS: —Imaginaba que a las perras como tu mujer hay que saberlas atender o en la primera de cambio te ponen unas guampas tamaño baño.
- TIAGO: —Prefiero que se quede en casa los sábados, tocando la guitarra y haciéndome el aguante hasta que llego de la fábrica.
- BLAS: —¿Así que mientras vos metés horas extras, tu mujer meta y ponga con tus amigos?
- TIAGO: —Para eso están los amigos, ¿no, papá? Y desde que nos compramos la filmadora ni le cuento.
- BLAS: —¿Filmadora? ¿Y para qué te compraste una filmadora? No me dirás que...
- TIAGO: —Si supiera qué fácil de manejar, papá. Y con qué fidelidad graba. Los japoneses sí que la tienen clara, parece que estuviera pasando ahí mismo.
- BLAS: —(*Se va excitando*) ¿Y tu mujer... está de acuerdo?
- TIAGO: —Mi mujer hace todo lo que yo le pido, papá.
- BLAS: —(*Lascivo*) ¡No digas! Y lo que le piden los demás... ¿también lo hace? ¿Todo lo que le piden?

TIAGO: —Apuesto a que se muere por saber, papá.

BLAS: —No te voy a negar que me da... curiosidad.

TIAGO: —¿Curiosidad? Dígame que se muere de ganas y le muestro. Un día que ella no esté. ¿O prefiere en vivo y en directo? Algo me dice que ella estaría de acuerdo...

BLAS: —¿Cómo podés estar tan seguro?

TIAGO: —Ella misma me lo dijo.

BLAS: —¿Te dijo qué? ¿Qué fue lo que te dijo la turra esa?

TIAGO: —“Tu viejo me desnuda con la mirada, un día de estos le voy a dar el gusto...”

BLAS: —(*Excitado*) Pero... ¿vos creés que ella sería capaz de...?

TIAGO: —¿No era usted el que decía que en la vida hay que ser capaz de todo, papá? ¿Hasta de dejar a la mujer en manos del propio hermano?

BLAS: —(*Transición*) ¿Del propio... qué? ¿Se puede saber de qué... mierda estás hablando?

TIAGO: —Epa, no se ponga nervioso que no hablaba de usted, ¿o se sintió aludido?

BLAS: —¡Cosa mía cómo me sentí, esta conversación no me está gustando nada, te lo advierto!

TIAGO: —Si a usted no le gusta imagínese a mí, que me tocó ser testigo.

BLAS: —¿Testigo de qué, si apenas habías nacido?

TIAGO: —Aquello duró años enteros, papá, mientras usted metía horas extras en la cartonera. ¿Se acuerda? ¿De alguna forma le tenía que retribuir el favor de conseguirle ese puesto de capataz, cierto papá?

BLAS: —(*Mientras se produce la transición*) ¡Estás mintiendo! ¡Tu madre era incapaz!

TIAGO: —¡Incapaz de contárselo, papá, porque le tenía terror! Pero piénselo, ¿si usted se podía ir de putas con sus compañeros capangas, y volver borracho a montarla de prepo, por qué ella no podía tomarse algún... desquite? ¿Aunque fuera a escondidas? ¿Con alguien que la hiciera sentir mujer de veras? ¿Eh, papá?

BLAS: —¡No y no! ¡Basta! ¡No te quiero oír más!

TIAGO: —Total, todo quedaba en familia, ¿cierto, papá?

BLAS: —¡Que te calles, carajo!

TIAGO: —Aunque estuviera en boca de todo el barrio, la gente es mala y comenta, ¿cierto, papá?

BLAS: —¡Esto no puede ser cierto! ¡Tiene que ser un mal sueño! ¡Y si es un mal sueño, quiero despertarme yaaaa!!! ¡YAAAA!

Transición.

TIAGO: —¿Terminó, papá?

BLAS: —¿Si terminé con qué?

TIAGO: —Con los gritos.

BLAS: —¿Yo... gritaba?

TIAGO: —¿Que si gritaba? Yo creo que despertaba a un muerto con esos gritos.

BLAS: —Mejor no. Mejor dejalos donde están a los muertos, yo sé por qué te lo digo.

Pausa.

BLAS: —¿Estás dormido?

TIAGO: —*(Sobresaltado)* ¡¿Eh?!

BLAS: —¡Te pregunté si estabas dormido!

TIAGO: —Si estuviera dormido no le estaría contestando, papá...

BLAS: —¿Te gustaría saber qué soñé?

TIAGO: —¿Que soñó cuándo, papá?

BLAS: —Recién, no sé. Hace un minuto.

TIAGO: —¿Y si mejor me cuenta mañana? *(Mientras se acomoda en el piso)*
¡Me muero de sueño!

BLAS: —Precisamente: yo también soñé que me moría.

TIAGO: —¿En serio, papá? ¿Lo que son las casualidades, no? ¿Y cómo la pasó? ¡Cuente! ¿Se encontró con San Pedro? ¿O directamente lo recibió el barba?

BLAS: —Me habían metido en un cajón. Tenía los párpados entrecerrados, pero por el rabillo del ojo los podía pispear a tu hermana y a tu cuñado, ahí paraditos, firmes como rulo de estatua... ella lloraba y decía “pobre ángel, ya no soy más hija”. Y el otro guana-co le contestaba “pobres de nosotros, que quedamos en bolas por bancarle la malaria a este viejo de mierda y lo peor de todo es que se lleva a la tumba el secreto de los dólares. Eso sí que no se lo voy a perdonar nunca”. ¿Son cosas de decir delante de un finado?

TIAGO: —Los sueños son así, papá. Revelan el lado oscuro de las cosas. Y de las personas.

BLAS: —¿Y el lado siniestro?

TIAGO: —También.

BLAS: —Pero yo le abrí las puertas de mi casa.

TIAGO: —Especialmente de las personas.

BLAS: —Y le entregué lo más valioso: ¡a mi princesa! ¡Mi máxima creación!

TIAGO: —No hace falta que me lo recuerde a cada momento, papá.

BLAS: —¡Apenas vuelva lo pongo de culo en la vereda al turríto ese!

TIAGO: —(*Enigmático*) Primero tenemos que volver, papá.

BLAS: —¿Eh? ¿Cómo que primero... tenemos que...?

TIAGO: —Nunca le dije que íbamos a volver. ¿O sí?

BLAS: —Me dijiste que me traías para salvarme.

TIAGO: —Para sanarse, papá. No para salvarse.

BLAS: —¿Sanarme cómo? ¿Cagándome de hambre y de frío entre estos matorrales? ¡Vos lo que hiciste fue secuestrarme! ¡Y te va a costar caro, te lo advierto!

TIAGO: —Por más que grite y amenace nadie lo va a escuchar...

BLAS: —Ni falta que hace; ya me deben estar buscando... ya deben haber sacado mi foto en la tele...

TIAGO: —¿Quiénes, papá?

BLAS: —¿Quiénes? ¡Tu hermana y el marido! ¡Las dos únicas personas en este mundo que se preocupan de veras por mí!

TIAGO: —Su hija y su yerno saben perfectamente dónde estamos, papá.

Pausa.

BLAS: —¿Cómo que...? ¿Qué decís? ¡Me estás mintiendo!

TIAGO: —Claro que no, papá, desde el vamos estuvieron de acuerdo con este viaje.

BLAS: —(*Furioso, a punto de llorar*) ¡No te creo! ¡Es otra de tus sucias mentiras!

TIAGO: —Claro que no, papá; pagué un precio bastante alto por decir siempre la verdad. Y usted lo sabe mejor que nadie...

BLAS: —¡Basta! ¡No te quiero escuchar más! Lo llevaste demasiado lejos pero así de caro lo vas a pagar, ¿me oís? Tu hermana y tu cuñado deben estar revolviendo cielo y tierra para encontrarnos, pero

cuando llegue ese momento... (*Transición*) ¡¿Eh?! ¿Pero qué es... eso? ¿Qué está... pasando?

Crece murmullo y temblor

TIAGO: —¡No sé... parece como si el piso... temblara... deben ser su hija y su yerno, papá... revolviendo cielo y tierra, como dice usted!

BLAS: —¡TIEMBLA! ¡El piso tiembla carajo!

Gritería, gran confusión. Corren de un lugar a otro buscando ponerse a resguardo. Por primera vez vemos a BLAS abandonar la silla y correr. Quedan espalda con espalda.

BLAS: —¿Ñene, dónde te metiste, nene?

TIAGO: —¡¡Acá, papá, detrás suyo!! ¡No se mueva y deje hacer a la naturaleza!

BLAS: —¿Y todavía te quedan ganas de hablar boludeces? ¡A vos ni la muerte te despabila! ¡Carajo, venir a morir así! ¡Y te lo debo a vos!

TIAGO: —¡Tranquilo, papá, igual se iba a morir!

BLAS: —Sabés, ahora que se aproxima el fin tengo que hacerte una confesión.

TIAGO: —¡Yo también, papá!

Nuevo temblor. Se acomodan como pueden.

BLAS: —¿Vos también?

TIAGO: —¡Eso dije!

BLAS: —¿Y quién empieza?

TIAGO: —¡Y qué se yo! ¡Empiece usted, que tuvo la idea!

BLAS: —¿Seguro?

TIAGO: —¡Pero sí, papá, deje de vueltas y hable de una vez! ¡Que se nos viene la noche!

Nuevos temblores. Nuevamente son zarandeados de un extremo a otro.

BLAS: —¿Y si mejor hablamos los dos al mismo tiempo?

TIAGO: —¡Papá, hagamos como quiera, pero hagamos algo antes que la tierra nos trague! ¡Vamos, papá, a la una!

BLAS: —¡A las doos!
TIAGO: —Y a laaasss...
BLAS: —¡¡¡Hijo perdonameee!!!
TIAGO: —¡¡¡Papá te quierooooo!!!

El temblor cede repentinamente.

BLAS: —¿Qué dijiste?
TIAGO: —Yo no dije nada. Hubiera jurado que fue usted el que dijo.
BLAS: —¿Yo? Tampoco dije nada. Te habrá parecido.
TIAGO: —¿Está seguro papá?
BLAS: —Por última vez: no dije nada ni volvería a decirlo, ¿estamos?
TIAGO: —Está bien, como quiera, no se inquiete.
BLAS: —No es como yo quiera. Las cosas son lo que son y se acabó.
TIAGO: —Claro, papá. Como son. No como usted dice. Como son.
BLAS: —Eso dije.

Pausa.

TIAGO: —En cuyo caso, y ya que nadie le gritó nada a nadie, le propongo retomar como si nada hubiera pasado, ¿qué le parece?
BLAS: —¿Qué me parece? ¡Que de algún lado tiene que haber venido todo este sacudón, eso me parece!
TIAGO: —Vaya a saber. El volcán está apagado hace años. Únicamente que haya vuelto a entrar en actividad.
BLAS: —(Lo corta) ¿Cómo? ¿Volcán apagado dijiste?
TIAGO: —Parece que en esta montaña funcionó un volcán... pero hace millones de años, eh... únicamente que haya entrado en actividad de nuevo... lo que no dejaría de ser una señal, ¿no?
BLAS: —¿Una señal de qué? ¡De que te volviste loco, únicamente! ¡Y de que sos un parricida! ¡De eso!
TIAGO: —Procure serenarse, papá...
BLAS: —¿Que me serene? ¿Me traés engañado nada menos que a un volcán en erupción y querés que me serene? ¿Sabés por dónde me las paso yo a tus señales?
TIAGO: —Papá, según la tradición chamánica las zonas volcánicas son anti cancerígenas: No lo digo yo, lo dice gente que sabe mucho de

esto, sino fíjese lo que acaba de pasar con usted mismo... *(Como descubriéndolo)* ¡Mírese, lo traje postrado, y ya está en pie! ¡Y eso es un milagro! ¡Milagro de fe en la madre naturaleza! *(Transición)* ¡Fuerzas cósmicas del bien, entidades de luz, desde lo más profundo de mi alma les doy las gracias, en mi nombre y en el de mi progenitor!

Sonora ventosidad de BLAS.

BLAS: —¡Hablá por vos, yo no tengo nada que ver con esas patrañas! ¡Y préstame la linterna que voy a descargar la basura que me hiciste comer...!

TIAGO *saca de entre sus ropas una linterna y un rollo de papel higiénico. BLAS toma la linterna, rollo y sale.*

TIAGO: —Lo veo y no lo creo: ¡papá caminando! ¡Primera parte del milagro cumplida!

BLAS: —*(Off)* ¡Milagro es que no me haya cagado encima! ¡Ni una sola galletita quedó? ¡Fíjate en el bolso, dale!

TIAGO *va a bolso, revuelve y saca un paquete de galletitas de agua que se guarda entre la ropa.*

TIAGO: —¡Ni una, papá! ¡Tendrá que seguir comiendo raíces... pero no desespere, que no será por mucho tiempo!

BLAS: —*(Off)* ¿Por qué? ¿Pusieron algún restorán cerca?

TIAGO: —No, papá, lo que está cerca es el momento del fin.

BLAS: —*(Off)* ¿El momento de qué?

TIAGO: —Del fin, papá. La hora de la verdad.

BLAS: —¿Tendrás la bondad de darme una mano? Con todo este yuyal no veo ni dónde piso.

TIAGO: —¡Claro, papá, allá voy!

Sale, llevando la silla de ruedas. Se oyen voces en off, mientras la luz del lugar cambia hacia una coloración clara intensa, deslumbrante.

TIAGO: —*(Off)* A ver, sosténgase de mí, así...

BLAS: —(Off) ¿Qué pasa, nene? Me estás mirando con cara rara.
TIAGO: —(Off) Está... sangrando, papá.
BLAS: —(Off) Es por las sondas, no te asustes...
TIAGO: —(Off) No me asusto, es que me da un poco de... impresión... ¿se siente bien?
BLAS: —(Off) ¿Vos querés decir si tengo ganas de dar las hurras? Quedáte tranquilo, todavía tengo para un rato...
TIAGO: —(Off) ¡No, quiero decir que todo este esfuerzo por fin tendrá una recompensa! Vamos agárrese de mí, ahí está, ahí va, ¿vamos...?

Aparecen TIAGO y BLAS, en silla de ruedas. Ambos quedan deslumbrados por el espectáculo que se despliega ante ellos.

BLAS: —¿Qué se supone que es eso?
TIAGO: —Se lo dije, papá: es el comienzo del fin.
BLAS: —¿Otra vez con eso? ¿Se puede saber de qué fin me hablás?
TIAGO: —Del fin del mundo, papá. Estamos a horas de que el planeta vuele en pedazos.
BLAS: —Y esa boludez... ¿de dónde la sacaste?
TIAGO: —Me la enseñó el Pastor Oribe, de la Iglesia de la libre fornicación... esos sí que la tienen clara.
BLAS: —Suponiendo que esa locura sea cierta... ¿vos me querés decir que elegiste este lugar para...?
TIAGO: —No lo elegí yo, papá. Lo dice en el libro sagrado de la Iglesia. Existen pruebas de que se va a producir dentro de unas horas... y nosotros lo vamos a presenciar, ¿no cree que somos unos privilegiados?
BLAS: —¡Lo único que empiezo a creer es que no sólo yo necesito atención... vos también, pero psiquiátrica!
TIAGO: —Por más que quiera volver ya no podría, papá...
BLAS: —¿Ah, no? ¿Y eso por qué?
TIAGO: —Porque apenas me agarre la policía, voy a parar a una celda. Y yo quiero vivir lo que va a pasar a cara descubierta, no encerrado en una jaula, ¿me entiende?
BLAS: —Cada vez menos para serte sincero. ¿Cómo es eso de que te busca la ley?
TIAGO: —Me buscan porque soy... un asesino, papá.

- BLAS: —¿Cómo que un asesino? ¿A quién mataste, nene?
- TIAGO: —Al Pastor Oribe, papá. Lo ensarté con el cuchillo con que hacía el ritual de la misa de los domingos... porque la iglesia libre fornicar tiene un ritual muy especial, ¿vió?... el primer domingo de cada mes se sacrifica un animal y se come un buen asado, rociado con buen vino y buena merca... después, en la última parte de la ceremonia, se arma una buena orgía y todo el mundo vuelve a su casa, feliz y purificado...
- BLAS: —Qué costumbres medio raras que tienen en esa... iglesia, ¿no?
- TIAGO: —No tan distintas que las de otras iglesias, pero con menos hipocresía... no es necesario andarlo escondiendo como si fuera un delito...
- BLAS: —Pero entonces... ¿por qué lo mataste al pastor? ¿Vos me estás jodiendo, no?
- TIAGO: —Claro que no, papá. Él mismo me lo pidió.
- BLAS: —¿Que él... te lo pidió? ¿Pero y por qué te lo pidió?
- TIAGO: —Porque así estaba dispuesto, papá, en las sagradas escrituras del gran fornicador, que viene a ser el gran profeta de la iglesia. Lo ensarté con el cuchillo, le corté la cabeza, la herví a fuego lento por espacio de unas seis horas y después, con lo que quedaba, hicimos un loco y nos lo comimos...
- BLAS: —¿Que hicieron qué?
- TIAGO: —Un loco sagrado... con la cabeza del pastor, papá. Con los otros apóstoles, como ordenan las sagradas escrituras. Después quemamos el cuerpo, esparcimos las cenizas por el Río Reconquista y cada uno partió a cumplir su misión. A mí me tocó venir acá. Con algún ser querido. Por eso lo elegí a usted.
- BLAS: —¿Vos querés decir que me elegiste... porque me querés? ¿Pretendés hacerme creer eso?
- TIAGO: —No, papá. No lo elegí por eso. Pero el Pastor ya no está para enterarse.
- BLAS: —Vos estás loco, nene. Loco de remate. ¡Quiero que me saques de acá ya mismo!
- TIAGO: —Imposible, papá. Ya le dije que medio país nos debe estar buscando. A mí, más que a usted.
- BLAS: —¿Por qué mataste a ese payaso? Ni se deben haber enterado todavía.

TIAGO: —Es que... no sólo amasijé al pastor, papá...

BLAS: —Pará, nene... pará que me falta el aire. ¿Concretamente qué me querés decir con eso de que no sólo...?

TIAGO: —¿Se acuerda del profesor Fracasi?

BLAS: —¿El que te enseñaba guitarra? Claro, cómo olvidarme de ese atorrate. ¡Qué manera de robarnos la guita!

TIAGO: —Ya no va a robar más a nadie, papá. Ni tampoco se va a abusar más de sus alumnos... Ni se va a volver a reír de mis dedos mochos, se acabó, una plaga menos.

BLAS: —Nene, decime que no es cierto... ¡Decime que es una joda, vamos!

TIAGO: —Lamento informarle que está lejos de ser una joda, papá.

BLAS: —O sea que durante todos estos años tuve por hijo... a un asesino.

TIAGO: —No precisamente, papá. De asesino me recibí hace poco...

BLAS: —¿Cuándo?

TIAGO: —Cuando lo amasijé a Fracassi, ya le dije.

BLAS: —¡Pero también amasijaste al Pastor ese! ¿O no?

TIAGO: —Pero eso no es un crimen, papá. Él mismo me lo pidió. Crimen es cuando la víctima no quiere morir. Pero cuando ella misma pide la muerte, ya deja de ser víctima...

BLAS: —¿Así que deja de ser víctima? ¿Y en qué se convierte, seré curioso?

TIAGO: —No sé. En cadáver, supongo.

BLAS: —¡En cadáver nos vamos a convertir todos! Pero con locos sueltos como vos, me temo que unos cuantos se van a convertir antes de tiempo.

TIAGO: —Usted no entiende, papá. Una cosa es que usted amasije a alguien por la fuerza, y otra es porque lo necesita. Casi podríamos hablar de un acto de solidaridad. ¡De... amor!

BLAS: —¿Sabés? Todavía me cuesta creerlo... decíme la verdad, ¿vos me estás haciendo una joda, no?

TIAGO: —Ya le dije que no, papá. Y eso es sólo una parte de la verdad. Lo traje porque se lo prometí al pastor. Pero la historia no termina ahí ni mucho menos.

BLAS: —¿Qué querés decir con eso, nene? ¿No será... que se termina conmigo, no?

TIAGO: —(*Se tiente, larga carcajada*) ¡No, papá, todo lo contrario! ¡Qué

gracioso... usted cree que lo traje para eliminarlo, y yo lo traje por todo lo contrario: para que disfrute lo que le quede con paz y gozo!

BLAS: –¿Ah, sí? ¿Y de qué manera, seré curioso?

Algo en el cielo le llama la atención.

TIAGO: –Mire para arriba, papá. ¿No hay nada que le llame la atención?

BLAS: –El cielo... ¿No se está poniendo medio... como oscuro? ¿Será un eclipse?

TIAGO: –Un eclipse... o un ovni, papá.

BLAS: –¿Un qué?

TIAGO: –Ovni, papá, objeto volador no identificado... aunque algunos los llamamos directamente Los Seres de Luz.

BLAS: –¡¿No me dirás que también crees en esas patrañas?! ¡Con esta sí que hacemos cartón lleno!

Cuando vuelven a entrar, haces de luz cruzan el monte. Se oye ruido de helicóptero.

BLAS: –¿Qué será eso?

TIAGO: –No sé papá, pero por las dudas...

Saca de los bolsos un xilofón, una flauta, elementos musicales.

BLAS: –¿Qué se supone que estás haciendo?

TIAGO: –¡Me preparo para el encuentro, papá! ¿No se da cuenta? ¡Son Los Seres de Luz!

BLAS: –¿No me dirás que también crees en esas patrañas?

TIAGO: –No se trata de lo que crea o deje de creer, papá: estudiosos calificados han llegado a la conclusión de que la mayoría de los fenómenos ovni se producen en zonas de volcanes inactivos...

BLAS: –O sea que para curarme me trajiste a un volcán tomado por los marcianos...

TIAGO: –Lo traje donde creía y sigo creyendo que pueden hacer algo por usted... mire. ¡Nos están mandando señales!

BLAS: –¿Y decís que con eso... te vas entender con ellos?

TIAGO: –Entender no sé, comunicarme seguro.

BLAS: —¿Y para qué quieres comunicarte si no te vas a entender?

TIAGO: —¡Entenderse viene después, papá! ¡Primero hay que comunicarse! Y para comunicarse el mejor lenguaje es la música, por algo lo llaman el lenguaje universal, ¿no se acuerda de la película de Spilber?

BLAS: —¿La qué?

TIAGO: —¡Mire, papá, mire y aprenda! ¿Ve? ¡Nos están contestando!

UNA VOZ: —*(Por altoparlante)* ¡Atención, a los de abajo! ¡Los tenemos localizados! ¡Repito! ¡Los tenemos localizados!

TIAGO: —¿Se da cuenta? ¡Encima hablan español! ¡Se lo dije desde un primer momento: los marcianos la tienen clara!

BLAS: —¿Vos estás seguro que son marcianos? ¿No serán los...?

TIAGO: —¡Un carajo! ¡Son los extraterrestres y se acabó! ¡Años pelándome las pestañas, preparándome para este momento! ¡Y no va a ser precisamente un viejo canceroso el que me lo eche a perder!

BLAS: —Es lo único que te importaba, ¿no? Tus estúpidos sueños... Si dejas los bofes en el intento, te tiene sin cuidado...

TIAGO: —Eso es injusto, papá. Injusto y estúpido...

BLAS: —Un testigo de tus locuras, era lo único que necesitabas. Por eso me trajiste, ¿no es cierto?

VOZ: — ¡Reitero, evacúen área! ¡Están en zona de riesgo! Reitero, zona de riesgo, el alud es inminente...

TIAGO: —¿Alud un carajo, me oyen? ¡Es un volcán apagado! ¡Por eso estamos acá! ¡Porque es zona chamánica! ¡Mándense a mudar! ¿Quién carajo los llamó?

BLAS: —¿Cómo que quien los llamó? ¿No eras vos el que los...?

VOZ: —¡Último aviso, tengan a bien circular en dirección sudeste hasta el primer claro en el bosque... sigan las instrucciones y procederemos al rescate!

BLAS: —¿Escuchaste? ¡Dijo rescate! ¡Si dijo “rescate” es porque son los “rescatistas”, estamos salvados!

TIAGO: —¿Salvados de qué, papá? ¿Sabe lo que le espera, una vez que lo “rescaten”? ¡Lo van a volver a internar y atravesar de agujas y relojitos! ¡Y olvídense de la enfermera de terapia, porque lo van a dopar y atar a una cama para que no se escape! ¡Y en vez de

enfermera le van a poner un custodio más feo que la hermana fea de Tyson! En cuanto a mí... acá me quedo.

BLAS: —¿Cómo que te quedás? ¿No escuchás lo que acaban de decir?

TIAGO: —¡No vuelvo, papá! ¡Mi hermana y mi cuñado me hacen meter preso! ¡Sálvese usted, vamos, yo lo ayudo!

BLAS: —¡No quiero ir!

TIAGO: —¿Cómo que no quiere? ¡Desde que llegamos no hizo otra cosa que hinchar las pelotas para que lo rescataran! Bueno, ahí están los rescatistas, ¿ahora qué más quiere?

BLAS: —¡Que vengas a mi velorio!

TIAGO: —¿Eh? ¿Cómo que a su...? Todavía falta para eso, papá...

Amaga arrancar.

BLAS: —¡Un carajo! ¡Quiero que estés ahí cuando pase!

TIAGO: —Lo lamento papá, pero no creo que en la cárcel me den permiso...

Arranca, empujando la silla, entre los rezongos de BLAS. Aumenta estruendo de alud.

O s c u r i d a d

Dos días después. De la nada aparece TIAGO, en un estado deplorable, ensangrentado y con la ropa hecha jirones. Se desplaza como un simio, rescata algo del piso, acaso una raíz, la huele, presta atención a algo. Se esconde. Aparece BLAS. Caminando, con camisolín de hospital.

TIAGO: —¿Qué... qué hace acá?

BLAS: —¿Qué hacés vos, en ese estado?

TIAGO: —¿Y la silla de ruedas? ¿Lo curaron?

BLAS: —¿Si me curaron de qué?

TIAGO: —Bueno, de la enfermedad terminal que se lo estaba comiendo vivo...

BLAS: —¿Vos sabés que no sé de qué me hablás? Lo único que recuerdo fue que me subieron a un helicóptero y me sacaron de acá, pero enseguida me quedé dormido y recién me desperté en el hospital...

TIAGO: —¿En el hospital?

- BLAS: —Bueno, debería ser el hospital porque estaba en una camilla. Lo raro es que cuando me levanté descubrí que estaba rodeado de otro montón de camillas, y que todos los enfermos... estaban tapados...
- TIAGO: —¿Tapados? ¿Usted quiere decir...?
- BLAS: —Entonces empecé a llamar a la enfermera... pero como no venía, me levanté y empecé a preguntar... pero nadie me contestaba. Les corría la sábana, se me quedaban mirando, pero no me contestaban... y fue entonces cuando me acordé de vos, y pensé: ¿cómo le habrá ido? ¿Se lo habrá encontrado a Laúd?
- TIAGO: —¿Quién es Laúd?
- BLAS: —El que iba a venir cuando me rescataron. “Te salvaste justo viejito, ya tenías al laúd encima...”
- TIAGO: —¿Laúd... o “alud”, papá?
- BLAS: —Bueno, alud, laúd, ¿no es lo mismo?
- TIAGO: —No precisamente, pero se parecen... la diferencia es que uno suena, y el otro nos hace sonar.
- BLAS: —Ah, ¿pero entonces lo conociste?
- TIAGO: —Digamos que no tuve más remedio, papá... ¿Cómo llegó hasta acá?
- BLAS: —¿Vos sabés que no sé? Lo único que recuerdo es que en algún momento abrí los ojos y me habían metido en una caja... y no me podía mover. Alrededor estaban tu hermana y tu cuñado. Ella lloraba, pobrecita...
- TIAGO: —¿Y él?
- BLAS: —Desde que me destaparon no hizo otra cosa que preguntar y preguntar dónde puse el sobre... a todos los que iban llegando les preguntaba lo mismo. A los muchachos del club, a los del centro de jubilados, a la parentela, a los vecinos; terminó convirtiendo mi velorio en un interrogatorio... me llevan mañana a la mañana. Necesito que vayas y lo saques a patadas en el culo.
- TIAGO: —¿De qué sobre habla, papá?

Le da un sobre.

- TIAGO: —(Abre el sobre, lee) Parece... una clave.
- BLAS: —Para acceder a la cuenta de Suiza. Fuera de mí, sos la única persona en el mundo que la conoce...

- TIAGO: —¿Papá, quiere decirme que en este banco Suizo tiene metida toda esta guita?!
- BLAS: —Imagino que no la vas a rechazar, ¿no?
- TIAGO: —No puedo ir a su velorio. Es la oportunidad que mi hermana y mi cuñado esperaban para hacerme meter preso. Además, ¿para qué quiero toda esa guita? ¡Si acá tengo todo lo que quiero! Mire, un cielo transparente, un verde que alegra el alma, ¿para qué más?
- BLAS: —¿Y cuándo tenés hambre qué hacés? ¿Estirás la mano y te comés un pedazo de cielo?
- TIAGO: —No necesito comer, papá. Le dije que el alud me pasó por encima. ¿Qué parte no entendió?
- BLAS: —¿Ah pero entonces vos...?
- TIAGO: —¿Sabe cuál es la diferencia entre nosotros, papá? Que no tengo ninguna clave en Suiza... Por eso a nadie le importa demasiado saber dónde fueron a parar mis huesos... y tal vez sea mejor así. ¿Me acompaña?
- BLAS: —¿Adónde?
- TIAGO: —Del otro lado del cerro se ve una puesta del sol... le aseguro que es un espectáculo maravilloso.
- BLAS: —¿Y qué hago con esto?
- TIAGO: —Lo dejo librado a su imaginación, papá...

Salen. BLAS queda dudoso, finalmente rompe el sobre y sale tras él, llamándolo: Nene... ¡esperame, nene!

EL PERRO



(Ver llover trae suerte)

EL PERRO

PERSONAJES

DELIA

CHINO

TIAGO

SONIA

Fábrica abandonada, convertida en asentamiento. Aquí y allá, familias y grupos de crotos han hecho campamento. Reglas propias, no apto para débiles. Oportunamente la acción se traslada a un banco de espera, en la guardia de un hospital

1 - DELIA Y CHINO

CHINO, *bien vestido, es notorio el contraste entre su atuendo y la miseria del lugar. Se sienta. Un grito de animal salvaje hace trizas el silencio. Asoma TIAGO, encorvado, casi simiesco. Se miran. CHINO se ha levantado del cajón-silla.*

CHINO: —¿Sos de acá vos? (*Silencio de Tiago*) Busco a Delia... ¿la conocés?

Nuevo silencio de TIAGO.

CHINO: —Te hice una pregunta, ¿sos sordo?

TIAGO: —(*Como toda respuesta, emite una suerte de gruñido*).

CHINO *amaga salir. TIAGO le corta el paso y le tiende la mano.*

CHINO: —¿Qué buscás, hermano? ¡Andá a laburar!

TIAGO: —(*Gruñe, despunta una punta, lo amenaza*).

CHINO: —Bueno, bueno, tranquilo. ¡¿Cuánto querés?! ¡Tomá carajo, tomá!

Saca una billetera. Extrae uno o dos billetes. Pero TIAGO le manotea la billetera entera.

CHINO: —¡Dame acá, zarpado!

TIAGO *le muestra nuevamente el filo. En ese momento entra DELIA, vestida miserablemente. Lleva una enorme bolsa de papel llena de fruta podrida. Tanto TIAGO como CHINO han quedado estáticos por su llegada. DELIA mira fijamente a TIAGO. TIAGO, sin dejar de mirar a DELIA, devuelve la billetera a CHINO.*

DELIA: —¿Qué hacés acá?

CHINO: —¿Es todo lo que tenés que decir?

DELIA: —¿Esperabas un discurso de bienvenida?

Se le caen frutas de la bolsa. CHINO amaga ayudarla. Pero TIAGO, gruñendo, le quita el lugar, se queda con una de las manzanas. DELIA toma otra, la lustra con el codo y la muerde.

DELIA: —No te ofrezco porque no creo que te gusten. Son de descarte. Las tiran en el mercado. Y yo las junto. Tanta mosca no puede estar equivocada. ¿Ese autazo es tuyo?

CHINO: —Claro.

DELIA: —*(Ríe)* Cómo te lo van a choriar. La plata no te mejora. Al contrario.

CHINO: —Tiene alarma. Y sistema de seguridad. En dos minutos lo salen a buscar.

DELIA: —¿Lo salen a buscar? Me das risa.

CHINO: —Creo que no fue buena idea venir.

Marca salida.

DELIA: —Al menos decime a qué viniste.

CHINO: —A verte.

PAUSA

DELIA: —Sentate.

CHINO *se sienta. A una seña de DELIA, TIAGO sale.*

CHINO: —¿Quién es?

- DELIA: —Le dicen el Perro. Me hace compañía. Si hay, le hago de comer, si no sale a buscar. Somos... un poco socios, ¿se entiende?
- CHINO: —¿Socios en todo? Me estaba afanando la billetera.
- DELIA: —No siempre hay para comer. Además, ¿cómo era aquello del que le roba a un ladrón...?
- CHINO: —No fue buena idea venir...

Marca salida.

- DELIA: —(*Sobre su mutis*) Insisto, según a qué hayas venido...

CHINO se detiene.

- DELIA: —Son cinco años, Chino. Cinco. No pretenderás que te reciba a los abrazos. ¿Qué venís a buscar?
- CHINO: —(*Incómodo*) Quería saber... cómo estabas...
- DELIA: —¿Tenés algún interés especial en saber cómo estoy?
- CHINO: —Sos... mi hermana, ¿no?
- DELIA: —Cierto. En cinco años casi lo olvidé. ¿Y vos? ¿Qué fue de tu vida? Te ví por la tele. Sos importante.
- CHINO: —A veces... me llaman de ese programa de chismes. Boludeces.
- DELIA: —Cuando voy al mercado y me peleo con el verdulero, pienso: si este idiota supiera...
- CHINO: —No la habrás... dicho, ¿no?
- DELIA: —Quedate tranquilo. Tampoco me creería. Y ahora decime a qué viniste. ¿O lo tengo que adivinar?
- CHINO: —Estoy... con problemas de salud.
- DELIA: —¿De nuevo con ese verso?
- CHINO: —Esta vez va en serio.
- DELIA: —¿Y qué puedo hacer por vos? ¿O por tu salud?
- CHINO: —Lo que estás haciendo: recibirme. A pesar de todo.
- DELIA: —Al menos lo reconocés. Porque mirá que nos jodiste, eh...
- CHINO: —(*Se para, nervioso, camina*) ¿No me vas a preguntar... por los míos?
- DELIA: —¿Cómo están?
- CHINO: —Bien. Te mandan saludos.
- DELIA: —Mentira. Igual, gracias.

CHINO: —¿Y los tuyos?

DELIA: —Cholo en Batán. Jodido pero en pie. Por ahí en octubre le dan la condicional. Pero difícil.

CHINO: —Cada vez que me acuerdo de las veces que le dije: ¡no hagás negocios con el Polaco!

DELIA: —Se lo dijiste demasiado tarde. Claro, ya no corrías peligro.

CHINO: —¿De qué hablás? ¿Ahora resulta que la estupidez de tu marido es mi culpa?

DELIA: —¿Quién los presentó, Chino? ¿O eso también lo vas a negar?

CHINO: —Se conocieron en un asado en la quinta del Talar, ¡ok! ¿Pero qué querías? ¿Que lo llevara de la mano al imbécil? ¡Si se las sabía todas!

DELIA: —En algo tenés razón: solo un imbécil puede creer en tus amistades...

CHINO: —¡Yo no lo obligué a nada! Sólo trataba de ayudarlo.

DELIA: —Ahí está el problema, Chino. Cuando decís que vas a ayudar a alguien es cuando más miedo hay que tenerte.

CHINO: —(*Se pasea, evasivo*) ¿Y el pibe? ¿Cómo está el pibe?

DELIA: —No sé. Borrado. O muerto, capaz. Algunos dicen que lo vieron por Rosario. Pero en estas cosas nunca se sabe... vida de camello, viste. Bueno, no hay comienzos fáciles, vos me entendés...

CHINO: —¿Por qué tendría que “entenderte”?

DELIA: —Por nada en especial. Basta con ver las historias que cuentan en los noticieros, hasta telenovelas hacen con el tema.

CHINO: —¿El tema? ¿Qué tema?

DELIA: —(*Confid.*) ¿La palabra “narco” no te dice nada?

CHINO: —(*Nuevamente evasivo*) Yo... sólo veo canales de deportes... cuando puedo sentarme frente al televisor.

DELIA: —Estás muy ocupado.

CHINO: —Bastante.

DELIA: —Pero te hiciste un rato para venir a verme. ¿Para qué, Chino? ¿Qué andás buscando?

CHINO: —(*Se levanta, camina*) Un... riñón.

DELIA: —¿Un... qué?

CHINO: —¡Carajo, necesito un riñón! ¡O me muero!

DELIA: —¿Y a mí me lo pedís?

CHINO: —(*Casi tartamudea*) ¡Te ofrezco la oportunidad! ¡Pagás la fianza de tu marido! ¡O te comprás otro si querés! ¡Mirá que ya puse un aviso en internet, eh!

DELIA: —¿Me estás... apurando?
CHINO: —¡Yo soy el que tiene apuro! ¡Ya empecé con la diálisis! ¿No me ves? ¡Mirame un poco carajo!
DELIA: —¡Y a mí qué me importan vos y tu diálisis! ¡Un carajo, eso me importan!
CHINO: —Opino que debería importarte. ¡En tu vida vas a ver tanta plata junta! ¡Y toda para vos!

Pausa.

DELIA: —¡Lo que nunca imaginé fue que vendrías al pie, a comprarme en partes con tu estúpido y sucio dinero! Sólo quiero que me contes una cosa. Una sola. ¿Fue idea de ella, cierto?
CHINO: —Esta vez te equivocás. La Jessy era partidaria de otros métodos.
DELIA: —¿Qué métodos?
CHINO: —No viene al caso.
DELIA: —A lo mejor para vos no. ¡Para mí lo define todo! ¿Me vas a decir de quién fue la idea?
CHINO: —Ya te lo dije: mía. Mía y solo mía.
DELIA: —Y yo no te creo.
CHINO: —¿Y eso a quién le importa? Acá lo único que importa es que necesito ese riñón, ¿entendés? ¡Co-mo-sea! ¡Si no lo consigo por las buenas, habrá que salir a cazarlo!
DELIA: —(*Perpleja*) Salir... ¿a qué?
CHINO: —No me hagas caso. Hacé de cuenta que no dije nada. Pero pensalo. Y pensalo bien, no se te vaya a piantar la tortuga... ¡ah, y de esto nada a nadie, mirá que es ilegal!
DELIA: —¿Vos en cosas ilegales? ¡No lo puedo creer!
CHINO: —¡Claro, me olvidé que vine a ver a la Virgen María!
DELIA: —(*Le corta el paso*) ¿Estás muy apurado?
CHINO: —¡Cuando sentís a la muerte soplándote la nuca todo se vuelve urgente!
DELIA: —¿Entonces le podés pedir a tu muerte un par de par de minutos? ¡Necesito mandarte a la mierda lo más delicadamente posible! ¡Y recordarte que esta rabia se debe a lo canalla que has sido conmigo y con los míos!
CHINO: —Manda preguntar mi muerte si es tu última palabra...

DELIA, *furiosa, no responde.*

CHINO: —Sólo quiero que sepas que no te culpo de nada.

DELIA: —(*Contiene una risa, nerviosa*) ¡Me río sin ganas! ¿De qué me podrías culpar vos a mí? ¡¿De qué?!

CHINO: —No sé. De mi pase al otro mundo, supongo. Pero no te alegres demasiado, que no pienso tirar la toalla... (*Marca salida*) Ah, me olvidaba...

Deja una vieja foto sobre la mesa.

DELIA: —¿Y esto?

CHINO: —Tus quince, en el Sportivo Haedo. Apareció de la nada. Mirá que te querían los viejos, eh. Pero algo falló. Atrás tenés mi celu, por si te arrepentís.

Sale. DELIA rompe la foto. Luego se arrepiente, junta los pedazos del piso, o directamente se arrodilla y desde ahí intenta re-armarlos... sale del lugar con los pedazos entre las manos. Desde hace unos momentos, SONIA ocupa una silla junto a la mesa. No se registran.

2 - TIAGO Y SONIA

SONIA *atiende celular.*

SONIA: —¿Aló? Bebe, ¿cómo estás? Acá, ya sabés dónde, y ya sabes haciendo qué. Calmate, me sé defender. No me va a pasar nada. Estoy segura, claro. Hasta ahora nadie me violó ni nada parecido. Si tiene que pasar, al menos que sea de común acuerdo, ¿no? (*Ríe*) Pero calmate, bolú, ¿por qué esperar siempre lo peor? ¡Yo esto lo tenía que hacer, sea como fuera! ¡Sí, averigüé algunas cosas! ¡Le dicen “El Perro”! Sí, parece que solo así sabe defenderse, a mordiscones... ni siquiera habla, sólo muerde, ¿no es gracioso? ¿Qué quién me lo dijo? Personas, ¿sabías que acá adentro también vive gente? ¿Y cómo querés que lo encuentre si no pregunto? ¿Frotando una lámpara? Bebe, por favor, te pido que te quedes tranquilo,

está todo bajo control, no va a pasar nada... ¡tengo cómo defenderme! ¡Ma qué arma! ¡Me traje el aerosol! Sí, el de gas paralizante. ¿Que me lo van a hacer tragar? ¡Te digo que no va a pasar nada! ¡Sí, claro, llevo el teléfono conmigo, en alarma! Ya sé que puedo contar con vos, Bebe, por eso mismo si llego a precisarte...

En ese momento aparece TIAGO y le manotea el celular y la cartera. Grito de SONIA, TIAGO la mantiene a distancia con su filo, mientras abre la cartera y la revuelve.

SONIA: —¡Dame eso! ¡Que me lo des! ¡Hijo de puta, dámelo o te juro que grito!

Gesto de TIAGO que no le importa, mientras revuelve, saca un aerosol. Le pregunta a SONIA sobre el aerosol.

SONIA: —¡¿Qué hacés con eso?! (Asustada) ¡Desodorante, eso es! ¡Y perfumado! ¡Probalo, vas a ver!

TIAGO destapa el aerosol, amaga echarle a ella.

SONIA: —¡NOOOO! ¡A MÍ NO! ¡Yo ya me puse! ¡Ponete vos, dale! ¡Vas a ver qué lindo perfume! ¡O mejor dámelo a mí! ¡Es perfume de mujer, te van a tratar de... marica! ¡Quedate con lo demás si querés! Pero el aerosol me lo das, ¿okey?

Pero TIAGO parece muy interesado en una foto que acaba de descubrir, guarda el aerosol dentro de la cartera. Saca la foto.

SONIA: —¿Qué mirás? Esa foto es personal, personal, ¿me entendés? ¡Dame esa foto! ¡Me la das!

TIAGO aleja la foto de su alcance.

SONIA: —¿Además de mudo sos sordo... o pelotudo? ¿Para qué querés una foto de personas que ni conocés? ¿O las conocés? ¡No te me quedés mirando así! ¡Me ponés nerviosa, carajo! ¿Cómo te llamás? ¿No sabés hablar? ¿No tenés nombre, sobrenombre, nada?

TIAGO *abre la boca e imita un gruñido y ladrido de perro.*

SONIA: —Qué... gracioso. ¿“Perro?” . ¿Te dicen así? (*Transición. Nerviosa*)
¡¿EH?! ¿Vos sos el... Perro? (*Emocionada*) ¡Claro... el... Perro sos...
vos! (*Balbuzeante*) ¿CÓ... cómo te llamás?

Gesto de negación de TIAGO.

SONIA: —¿Cómo que no tenés? ¡Claro que tenés! ¡Todos tenemos nombre, mi querido! A todos nos han tenido en brazos y nos han tratado con amor, ni que sea por diez minutos... ¿Y si yo te dijera... que sé cosas de vos? ¡Cosas que ni siquiera sospechás! ¡Y que te las vengo... a contar!

Intenta acercarse. TIAGO la mantiene a distancia con el cuchillo, mira la foto y a SONIA.

SONIA: —¿Te acordás...? Digo, ¿los... reconocés?

TIAGO *niega.*

SONIA: —¿Y si yo te digo que... sí los conocés? Que fuiste perdiendo cachos de memoria por ahí. Y que llego a vos buscando esa memoria que perdiste, o que te... ¿arrancaron?

Suena celular. TIAGO lo toma. SONIA intenta sacárselo, TIAGO lo aleja de su alcance.

SONIA: —¡Dame! ¡Dame ese teléfono! ¡Es para mí! ¡Dame carajo!

Pero TIAGO lo vuelve a alejar de su alcance. Forcejean. TIAGO arroja el celular al suelo y lo pisotea.

SONIA: —¿Pero qué hacés? ¡Animal!

SONIA *aprovecha para tomar el aerosol que había quedado en el piso y lo toma. Cuando TIAGO se le echa encima, ella le apunta. Él se detiene.*

SONIA: —Escuchame, ¡pero escuchame bien! ¡Esto no es desodorante! ¡Es

gas! ¡Sí, no me mirés con esa cara! ¡Gas paralizante! Te rocío con esto y no te movés por horas, ¿probamos? (*Tiago duda, se contiene*)
¿Por qué lo hiciste? ¿Sabés quién me llamaba? Te lo voy a decir; era mi amigo el Bebe... y ¿sabés quién es el Bebe? Es el hijo del ex secretario de Seguridad de la provincia y comisario inspector de un montón de distritos y no sé cuántos cargos más, y ¿sabés otra cosa más? ¡Como no contesté esa llamada, en cualquier momento tenemos a la bonaerense acá metida, haciendo un zafarrancho!!
¿Y todo por qué? ¡Porque el señorito la juega de chico malo!
¿Sabés una última cosa? ¡Me parece que va a ser mejor dejar todo como está! Te lo perdés, ¡jodete! Meses enteros buscándote, ¿entendés? ¡Meses! ¿Y con qué me encuentro? ¡Con un mudo salvaje que me afana la cartera y me despedaza el celular! ¡Hay que joderse! Ahora me voy de raje a pararlo al Bebe antes que arda troya, ¡porque acá va a arder troya! ¿Y sabés quién va a ser el gran culpable? ¡VOS! Así que te vas a correr como un buen chico y me vas a dejar salir ya mismo, ¿estamos?

Se oye sirena policial. SONIA marca salida, TIAGO le corta el paso.

SONIA: —Correte.

TIAGO *niega.*

SONIA: —¡QUE TE CORRAS!

SONIA trata de esquivarlo. TIAGO le vuelve a cortar el paso. Le hace una pregunta con un gesto.

SONIA: —¿Para qué querés que te diga quien soy, si no me vas a creer?

Gesto imperativo de TIAGO.

SONIA: —Está bien, está bien, como quieras... (*Respira hondo*) Se supone que somos... hermanos.

TIAGO la mira, sorprendido, perplejo, nuevo gesto de interrogación, o de incredulidad.

SONIA: —Si, vos y yo, hay que confirmarlo, pero todo parece indicar que somos hijos del mismo padre... ¡y ahora dejame salir!

Marca salida. Sonido gutural de TIAGO. Ella se detiene.

SONIA: —¿Me... hablaste? Entonces... ¿hablás?

TIAGO *le ofrece la cartera, pero antes de dársela saca de adentro la foto.*

SONIA: —Es tuya... (*Marca salida*) Ah, y no te llamás Perro. Te llamás Tiago. ¿Te vas a acordar? ¡Tia-go!

Sale. TIAGO sale también, mirando la foto.

3 - DELIA Y CHINO

DELIA *tiende la mesa. Ya ha traído una enorme y humeante olla. Ya han salido TIAGO y SONIA. Entra CHINO. Tiempo.*

DELIA: —Pongo la mesa con tres cubiertos por las dudas. El curita de la parroquia dice que a los milagros hay que ayudarlos... (*Por la olla*) ¿Querés?

CHINO: —Comí hace un rato.

DELIA *se sienta y se sirve sopa. CHINO se sienta frente a ella en la mesa.*

DELIA: —¿Sabés para qué te llamé?

CHINO: —Me... imagino.

DELIA: —No, ni te imaginás... (*Entre sorbidos*) Te quería contar... un sueño que tuve. De lo más raro, sabés...

CHINO: —¿Me llamaste por eso? ¿Para contarme un sueño?

DELIA: —¿Te molesta?

CHINO: —No es que me moleste, es que...

DELIA: —Es que soñé con los viejos. Mejor dicho, soñé que los viejos me pedían especialmente que la atendiera a tu mujer.

CHINO: —¿Que la atendieras cuándo?

DELIA: —Cuando viniera a verme.

CHINO: —Uno a veces sueña cada boludez.

DELIA: —Es lo que yo digo. Justamente tu mujer, con el odio que siempre nos tuvo.

CHINO: —(*Corrige*) Que se tuvieron, querrás decir.

DELIA: —Hubiera sido lindo discutirlo los tres. Lástima, cuando le dije que venías salió como alma que lleva el viento...

CHINO: —¿Pretendés hacerme creer... que mi mujer estuvo acá?

DELIA: —Sentada en esa misma silla...

CHINO: —(*Se levanta*) Pero... ¿a qué vino?

DELIA: —¿No lo sabés? A pedir por vos, ¿a qué querés que venga?! Bah, eso pensé al principio. Después me dí cuenta que venía por otra cosa...

CHINO: —¿Por qué otra cosa? ¿De qué hablaron? ¡Terminá con el misterio!

DELIA: —Mirá que sos ansioso, eh... ¿Por qué no te tomás un platito de sopa?

CHINO: —¡Te dije que no quiero tu sopa! ¡Quiero saber si me vas a ayudar, eso quiero!

DELIA: —(*Se sirve ella de nuevo*) Uy, uy, uy, estás muy alteradito vos, eh, tomá, haceme caso, la sopita de verdura calma los nervios...

Rabioso, CHINO comienza a tomar.

DELIA: —¿Te gusta?

CHINO *no responde*.

DELIA: —(*Severa*) ¡Te hice una pregunta!

CHINO: —(*Alza la voz*) ¡Me-en-canta!

DELIA: —Qué suerte. Sabiendo que venías, me esmeré, le puse de todo... hasta un huesito de caracú, que me guardaba el carnicero. Me los guardaba para el perro, sabés. Por suerte el perro se murió, así que no tenemos que seguir compartiendo los huesos que me sigue guardando el carnicero. Él mismo estaba quedando puro hueso. Pero eso el carnicero nunca lo supo. Nunca le dije que tengo un hermano que a veces sale por la tele. Como tampoco le dije que

esos huesos de miércoles que me da para el perro son para engañar el estómago. Mi estómago. El problema es que al estómago no lo podés vivir engañando. En algún momento se aviva y te pasa factura. Lo mismo nos pasa a las personas, ¿no? No te podés pasar la vida esperando lo que sabés que nunca va a llegar, ¿no? Llega un momento en que ya no esperarás más. Por ejemplo el Negro, mi marido. (*Transición, ofrece sopa*).

- CHINO: —No, gracias.
DELIA: —¿No te gustó?
CHINO: —Claro que me gustó.
DELIA: —¿Y entonces?

CHINO, *algo fastidiado, le acerca nuevamente el plato. Ella se levanta y sirve.*

- DELIA: —Te decía del Negro: se pasó años esperando el milagro de un buen abogado que le consiga la condicional. Pero claro, un buen abogado nos salía un Perú, y de dónde sacábamos para pagarle, ¿me querés decir?
CHINO: —Bueno, creo que de eso ya...
DELIA: —Y sin embargo, fijate que cuando el abogado ese que ustedes mandaron...
CHINO: —¿Abogado? ¿Quién te mandó un abogado?
DELIA: —Preguntale a tu mujer: uno de dos apellidos, que también sale a veces por la tele...
CHINO: —Pará pará, ¿no será... Méndez... Cuitiño?
DELIA: —¡Ese!
CHINO: —¿Vos querés decir que mi mujer... mandó a Méndez Cuitiño a Devoto, a ver a tu marido... a espaldas mías?
DELIA: —Pero el Negro lo sacó vendiendo escarapelas, ¿qué me contás?
CHINO: —Pero... ¿por qué hizo eso?
DELIA: —(*Lo mira a los ojos*) ¿Más?
CHINO: —¡No, ya no! En serio, gracias. Pero ya no...
DELIA: —¡Otro poquito... después hay que tirarla!

Resignado, CHINO acerca el plato.

- DELIA: —¿Sabés qué pasa? Que el Negro se cansó de los abogaditos culo

roto que aparecían para sacarnos hasta el último peso y después alzaban vuelo... Debe haber pensado "Otra vez no, se terminó". ¿Y si mejor te das una vueltita por Devoto y le preguntás directamente a él? Nunca lo fuiste a visitar, Chino. ¿Qué pasa? ¿Te asusta quedar pegado? Mirá que el expediente está cerrado, eh. El caso ya está, ¿cómo es que dicen los abogados?

CHINO: —Prescribió.

DELIA: —¡Eso! Se va a sorprender cuando te vea. Como me sorprendí yo de ver a tu mujer ahí parada, después de tantos años y tantos disgustos... porque mirá que nos dieron disgustos ustedes, eh...

CHINO: —Escuchame Delia, no vine a discutir eso, yo ahora lo que necesito es...

DELIA: —¿Pero sabés qué fue lo que más me molestó? Que me desprecie la sopa. ¡Eso no se lo perdono ni a Dios!

CHINO: —Oíme Delia, necesito saber qué pensaste de lo que te propuse el otro día, ¿te acordás lo que hablamos el otro día?

DELIA: —Me acuerdo, sí. Como para olvidarme. (*Resopla*) ¿Sabés? Con el Negro hablamos mucho de lo tuyo. Le dimos muchas vueltas. De todas las formas. A ver quién te hacía el ofrecimiento, si él o yo. "Se lo dono yo", decía el Negro, "si yo acá me estoy pudriendo en vida, al menos que se salve una parte". Pero yo me le planté desde un principio con que no. ¿Y sabés porqué? Porque YO soy tu hermana. No él. ¿O quién es tu hermana? ¿No soy yo?

CHINO: —¿Quiere decir que vos... estarías dispuesta a...?

DELIA: —Cuando vos lo dispongas...

CHINO: —¿En serio me lo decís? ¡Ay, gracias, gracias! No sé cómo...

DELIA: —A eso iba.

CHINO: —No te preocupes. Ya lo tengo todo pensado.

DELIA: —Mirá que plata no quiero, eh.

Pausa

CHINO: —¿Cómo?

DELIA: —Corrijo: no queremos. Ni el Negro ni yo.

CHINO: —¿No quieren... plata? Pero... ¿y entonces qué...?

DELIA: —Despacio. Para empezar, queremos que admitas que fuiste el motivo de nuestra desgracia. ¿Estarías dispuesto?

- CHINO: —¿Dispuesto a qué? Escuchame Delia, creí que ese tema ya habíamos...
- DELIA: —¿Admitís que nuestra desgracia empezó con aquel bendito asado que organizaste en tu bendita quinta de Pacheco, cuando los presentaste al Negro con esa basura de tu amigo el Polaco? Lo admitís, ¿sí o no?
- CHINO: —Escuchame Delia, ya dijimos que no era amigo mío, ¿dijimos o no dijimos?
- DELIA: —(*Alza la voz, ya terminante*) ¿Lo vas a reconocer, Chino? Pensalo bien. ¡De lo que digas depende que consigas o no lo que buscás!
- CHINO: —(*No aguanta más*) ¡Está bien! ¡Sí, fue mi culpa! ¡Yo lo puse en manos del Polaco! ¿Y querés saber por qué? ¡Porque necesitaba quedar bien con él y el imbécil de tu marido insistía con que se lo presentara! Ahora está en cana por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa. ¿Pero sabés cuál es el problema? Que ya no se puede volver atrás. ¿Entendés? Por más que quiera arreglar la cagada que hice, ya no es posible. No hay caso. ¿O sí?
- DELIA: —Tenés razón. Ya no.
- CHINO: —¿Y entonces?
- DELIA: —Entonces... que se sepa.
- CHINO: —¿Eh? ¿Que se sepa... qué?
- DELIA: —Todo lo que acabás de decir.
- CHINO: —¿Pero que se sepa... cómo?
- DELIA: —(*Recoge platos*) Ah, no sé. No es asunto mío. Vos sos el que tiene dinero y amigos poderosos. Pero así como conseguí que te sientes a mi mesa y tomes de mi plato, ahora quiero que todos los que nos señalaron con el dedo y nos despreciaron sepan la verdad por boca del que nos enterró vivos... ¿es mucho pedir?

Pausa

- CHINO: —No podés... hablar en serio.
- DELIA: —Nunca hablé tan en serio en mi vida.
- CHINO: —Pero vos... ¿te das cuenta de la boludez que me estás proponiendo? ¡Porque esto es una locura total! ¡Están chiflados ustedes! ¡Se volvieron locos! ¡Es eso! Entre la cárcel y el hambre han perdido la poca cordura que les quedaba...

- DELIA: —¡A lo mejor no es que la perdimos, es que nos la afanaron los abogados que nos mandaste! Hasta el alma nos hicieron empeñar y el Negro ahí, pudriéndose a la sombra.
- CHINO: —¡No por mucho! ¡Hoy mismo me ocupo de...!
- DELIA: —¿Sabés de qué tenés que ocuparte vos? ¡De confesar públicamente tus cagadas! ¡De eso tenés que ocuparte!
- CHINO: —¡Eso ni lo sueñes!
- DELIA: —Lo lamento, pero soñar es lo último que me podés prohibir. No me podés prohibir soñar con mi hijo, esté donde esté, escuchándolo te confesar públicamente cómo nos arruinaste la vida, a nosotros y a él. A lo mejor, quién te dice, le cae la ficha y el día menos pensado se le aparece al padre, que lleva años esperándolo... ¡años! Vos mismo lo dijiste hace un rato: cuando tenés el agua hasta el cuello, nada mejor que ponerse a soñar boludeces...
- CHINO: —Entonces... ¿es tu última palabra?
- DELIA: —No. Mis últimas palabras las tenía reservadas para este momento, y son éstas: ¡mandate-a-mudar! Ah, y llevate esto...

Le da una foto.

- DELIA: —¿La reconocés?
- CHINO: —¿Cómo no voy a reconocer a la gloriosa tercera campeona del Deportivo Morón del año 62?
- DELIA: —Dos goles hiciste esa tarde. Y uno me lo dedicaste a mí. ¿Qué nos pasó después, Chino?
- CHINO: —Un tren por encima. Eso nos pasó.

Suena sirena policial.

- CHINO: —¿Escuchás?
- DELIA: —No te asustes. Te levantan, te llevan a la seccional y en un par de horas te largan. Con suerte pegás algún colectivo gaucha que te arrima sin cobrarte boleto. No siempre, eh.
- CHINO: —¿También por eso tuviste que pasar?
- DELIA: —Por cuáles no habré pasado yo... mejor ni acordarme.
- CHINO: —¿Nunca te ofrecieron guita... por un riñón?
- DELIA: —Y por el alma también.

CHINO: —¿Y qué hiciste?
DELIA: —Nada. Como no sabía cuánto pedir, porque me habían enseñado que el alma no tiene precio, la regalé.
CHINO: —Y así te fue...
DELIA: —No tuve la suerte de otros.
CHINO: —A la suerte la tenés que saber ayudar, a veces.
DELIA: —Claro. Ahora andate. Te tenés que ir.
CHINO: —Lo voy a pensar. Te doy mi palabra.
DELIA: —¿Tu palabra? ¿Y no tendrás algo más... valioso? ¿No me podés hacer un ofrecimiento un poco más... serio?

CHINO *sonríe, enseña la foto con un gesto y sale...*

4 - DELIA, TIAGO Y SONIA

SONIA: —(*Llama por celular*) ¿Bebe? Soy yo. ¡Dejáme hablar y sobre todo escuchame! ¡Volví, sí! ¡Y volveré todas las veces que sea necesario... pero SIN VOS! ¡Se acabó, entendés! ¡Hiciste todo lo que podías... pero mal! ¡No quiero que me protejas! Se mandaron una masacre, tres heridos al hospital, uno con una bala de goma en un ojo... ¡No quiero que me protejan así! ¡Quiero encontrar a mi hermano! ¡Y no me estás ayudando, Bebe! ¡Desaparecé, mandate a mudar, no te necesito! Lo que necesito es tenerte lejos, bien lejos de este lugar, ¿me entendés?

Cuelga. Aparece DELIA, con una de sus bolsas, llenas de fruta de segunda. Se miran. A DELIA se le rompe la bolsa, la fruta se desparrama. SONIA le ayuda juntar todo, las cosas se les vuelve a caer, etc.

DELIA: —¿Qué hacés vos acá?
SONIA: —¿Nos... conocemos?
DELIA: —Trajiste a la cana. Sos famosa.
SONIA: —¡Yo no los traje!
DELIA: —Hablabas con el comisario, ¿sí o no?
SONIA: —¡Para pedirles que se fueran!

DELIA: —Todavía no contestaste qué buscás acá, me parece que te equivocaste de lugar.

SONIA: —Busco a Tiago.

DELIA: —¿A quién?

SONIA: —Ustedes lo llaman el Perro.

DELIA: —¿Y para qué lo buscás?

SONIA: —Por algo... personal. ¿Lo conoce?

DELIA: —Acá todos conocen a todos.

SONIA: —Pero él... ¿cómo llegó?

DELIA: —Como todos. No es que llegemos. Es la corriente que nos arrastra. Preguntás demasiado, ¿sabías?

SONIA: —Será que necesito... saber.

DELIA: —Cuidate, entonces. Para descubrir algunas cosas... hay que estar listo. O nos tiran de culo, y después cuesta levantarse. ¡¿Qué querés del Perro?!

SONIA: —Verlo. Llevo días buscándolo.

DELIA: —Dudo que lo encuentres. El Perro viene solo. Pero si traés a la cana, te hace la cruz.

Marca salida.

SONIA: —Usted... ¿lo ve?

DELIA: —Sólo cuando se deja ver.

SONIA: —¿Podría... dejarle esto?

DELIA toma el paquete, lo huele.

DELIA: —¿Para él?

SONIA: —Y para usted... si gusta.

DELIA parece a punto de abrir el paquete, SONIA lo aleja de su alcance.

SONIA: —Con una condición.

DELIA le devuelve el paquete.

DELIA: —Nada de condiciones.

SONIA: —¿Y si le pido... por favor?

Pausa. DELIA *accede, vuelve a tomar el paquete.*

DELIA: –Podría ser.

SONIA: –Dígale que voy a volver. ¿Me lo promete?

DELIA: –*(Abre el paquete, que tiene sandwiches de miga)* Eso de que volvés se lo digo. Lo demás se lo tendrás que decir vos.

SONIA: –Si pudiera.

DELIA *saca un sandwich y come.*

DELIA: –Vení mañana. Vas a poder. O mejor pasado...

SONIA: –¿Usted... cree?

DELIA: –Vos vení. ¿Qué perdés?

SONIA: –¿A esta hora?

DELIA: –Acá no hay hora. Volvés y esperás.

Pausa. SONIA *marca salida, antes de hacerlo, saca un sobre.*

SONIA: –¿Le puede... dar esto otro? Él ya sabe.

DELIA: –Pero yo no.

SONIA: –Es... personal.

DELIA: –Está bien. Mandate a mudar.

Sale SONIA.

DELIA: –*(Burlona)* “Es personal”. Los aires de la chirusa. *(Transición)* ¡Ya podés salir... te huelo!

Asoma TIAGO.

DELIA: –¿No pensás lavarte vos? ¡Está bien que el agua no sobre, pero apestás!

TIAGO *se tira sobre los sandwiches.*

DELIA: –*(Los aleja de su alcance)* ¡¡Despacio!! ¡Te atragantás! ¡Y después hay que llevarte a la guardia!

Le extiende el sobre.

DELIA: —También dejó esto.

Le arroja el sobre. TIAGO lo abre, saca más fotos.

DELIA: —¿Sos vos?

TIAGO *se alza de hombros.*

DELIA: —¡¿Sos o no sos?!

TIAGO *se alza de hombros. Truena.*

DELIA: —Viene tormenta. La lluvia es buena. Riega el campo, lava la sangre. Mi abuela Tota decía que ver llover trae suerte. Cosas de vieja...

Sonríe. Comen en silencio. Truena. Por otro sector han aparecido CHINO y SONIA.

5 - CHINO Y SONIA

CHINO: —¿Sabés? La primera vez que te vi, el día ese que vino la cana, lo primero que pensé fue: ¿qué hace esa piba en un lugar como este? Todavía me lo sigo preguntando.

SONIA: —A mí me pareció algo parecido. Pensé “yo a este hombre lo vi por la tele, ¿qué hace acá?, ¿qué vino a buscar?”

CHINO: —Un riñón.

SONIA: —¿Eh?

CHINO: —Nada.

SONIA: —Ah. Me pareció escuchar que...

CHINO: —Que nada.

SONIA: —Claro.

Pausa.

- CHINO: —¿Entonces no me vas a decir?
SONIA: —¿Decirle qué?
CHINO: —Qué venís a buscar...
SONIA: —A mi hermano. Bah, creí que venía buscando a mi medio hermano. Después entendí que algunas cosas en la vida no se pueden hacer a medias.
CHINO: —¿Sos la hermana de ese que le dicen el Perro?
SONIA: —¿Así me llaman? No suena mal, eh... “La hermana del Perro”
CHINO: —¿Pero sos o no sos?
SONIA: —Es lo que intento averiguar. ¿Usted no debería estar en otro lado, también?
CHINO: —Sí, haciéndome diálisis. Aunque ya no tenga caso. Como dicen los médicos, los últimos estudios no permiten abrigar esperanzas...
SONIA: —¿Y eso qué quiere decir?
CHINO: —Quiere decir que con esta lluvia los muchachos no van a venir...
SONIA: —¿Los muchachos? ¿Qué muchachos?
CHINO: —Los camarógrafos.
SONIA: —¿De la tele?
CHINO: —Claro.
SONIA: —¿Van a venir... acá?
CHINO: —Con esta lluvia, lo dudo.
SONIA: —Lástima.
CHINO: —Peor es no saber pedir perdón...
SONIA: —Cuesta menos de lo que parece. Todo está en empezar.
CHINO: —¿Lo decís por experiencia?
SONIA: —Imagínese: vengo a que me perdonen pecados ajenos. Que es como decir; vengo a pagar crímenes ajenos.
CHINO: —Hay que tener ganas, eh...
SONIA: —¿Y usted, entonces? ¿Es necesario que lo filmen pidiendo perdón?
CHINO: —(Sonríe) Digamos que por esta vez. Por esta única vez...

Trueno.

SONIA: —Mi abuela decía siempre que la lluvia es buena. Y que ver llover trae suerte.

CHINO: —Según dónde. Voy a correr el auto antes que el agua me lo tape. Después si querés te acerco a algún lado.

Se oye un grito gutural, como de animal salvaje.

SONIA: —¿Acercarme? ¡No hace falta! ¡Estoy donde tenía que estar!

Deja su cartera como señuelo y se esconde. CHINO, extrañado, sale.

6 - TIAGO Y SONIA

Aparece TIAGO, se arroja sobre la cartera, se agazapa y comienza a revolver, la huele, etc. Recién entonces asoma SONIA de su escondite.

SONIA: —Antes de ayer te esperé como tres horas. ¿Dónde estabas? ¿En qué ocupás el día? ¿Sabés lo que es esperar tres horas a una persona? Cuando llegué a la estación casi me violan. Saqué el aerosol con el gas paralizante y les tiré. ¿Me querés creer que se me cagaron de risa? No paraban de reírse. Por un momento pensé: me equivoqué de gas. Uno de ellos se puso serio de golpe y me miró a los ojos, se me puso así, cara a cara: “sabemos quién sos. Sos la hermana del Perro. Te salvás por eso. Pero la próxima vez no vas a tener tanta suerte”. Y se fueron. Se llevaron la cartera, pero no me tocaron un pelo...

TIAGO saca de entre sus harapos la foto que le trajera SONIA.

SONIA: —Parece que a tu mamá, que fue la tercera o cuarta mujer de nuestro papá, le gustaba sacar fotos. ¿Sabés? La cadena tiene eslabones rotos. Y por más que lo intento, no los consigo juntar. Cuando nuestro común papá y tu mamá se separaron, ella se metió más y más en la política, más inclusive de lo que ya estaba, hasta que un día desapareció, o mejor dicho, la desaparecieron...

el hijo quedó sólo en la casita que alquilaban en Villa Bosch. Era chico, muy chico, casi un bebé. Y lloraba, lloraba, día y noche. Los vecinos no sabían qué hacer. Tenían miedo. Parece que una pareja de viejitos se lo terminó llevando.

Pero sólo parece.

El chico, parece que eras vos.

Papá me hizo jurarle en su lecho de muerte que te buscaría.

Yo le prometí que sí, pero que ibas a conocer la verdad.

Murió pidiéndome que no.

Pero yo que sí.

Por eso estoy acá.

Porque a tu mamá la desaparecieron, Tiago. Y la desaparecieron porque tu papá, nuestro papá, la denunció.

Nuestro padre, el tuyo y el mío, no sé si alcanzás a comprenderme.

TIAGO *saca un paquete de galletitas, lo abre, se sienta a comer. SONIA se sienta junto a él.*

SONIA: —Así como te digo una cosa, te digo la otra: tuvo contratos millonarios con el diablo. Vos te preguntarás por qué, pudiendo buscarte y darte una vida digna, te escondió como un pecado de juventud. No tengo respuesta para eso. A lo mejor te estaba protegiendo. O sentía terror de mirarte a los ojos. De una sola cosa estoy segura; su último minuto fue para vos. Y eso ya no te lo saca nadie. Ni yo, ni mi hermana Gise ni mi vieja ni sus mujeres anteriores ni nadie. Ese privilegio es tuyo. Tuyo y de nadie más. ¿No te da un poco de orgullo? ¿Te da lo mismo? ¿Es eso? ¿Te lo pasás por el culo? ¿Te chupa redondamente un huevo?

TIAGO *ofrece el paquete de galletitas vacío, lo hace un bollo. SONIA saca un nuevo paquete de entre sus ropas.*

DELIA: —(*Aparece, con una bolsa llena de verduras podridas*) No le des más. Después se descompone y hay que llevarlo a la guardia...

SONIA *aparta el paquete de galletitas, lo esconde.* TIAGO *gruñe, furioso.*

SONIA: —Delia tiene razón. Te va a hacer mal.

TIAGO *gruñe, exigente.*

SONIA: —(*Duda*) Está bien, tranquilo, una más...

TIAGO *le arranca el paquete de las manos, lo abre y comienza a comer.*

DELIA: —¿Qué hacés? ¡Devolvé ese paquete!

SONIA: —Está bien, no importa, si igual...

DELIA: —(*Furiosa, a Tiago*) Por última vez te lo digo: ¡devolvé ese paquete YA!

SONIA: —No hace falta que le grite...

DELIA: —¡Vos te callás! (*A Tiago*) ¿Qué esperás?

TIAGO, *lloroso de rabia, arroja el paquete y la cartera a los pies de SONIA. Luego se escapa, lloroso, gruñendo, como una criatura. Pausa.*

SONIA: —No debió tratarlo así.

DELIA: —Lo que faltaba. Que una mocosa culo roto me venga a enseñar buenos modales. ¿Tenés casa vos? ¿Familia? ¿De dónde saliste?

SONIA: —¿A qué viene tanta pregunta?

DELIA: —¡A que se me canta el culo, a eso viene! ¿Algún problema?

SONIA: —¿Por qué me trata así? ¿Yo qué le hice?

DELIA: —Nada me hiciste. Pero desde que llegaste está de lo más raro. Nervioso, asustado de todo... ¿Qué hay entre ustedes? Vivís llenándolo de galletitas y boludeces. ¿Por qué lo llamás así?

SONIA: —¿Así cómo?

DELIA: —Con ese nombre... raro.

SONIA: —Se llama Tiago. Tiago Silveira Menezes.

DELIA: —¿Y vos cómo lo sabés? ¿Cómo sabés tanto de él?

SONIA: —Porque somos hermanos.

DELIA: —No hablás en serio.

SONIA: —¿Por qué no?

DELIA: —No, no podés hablar en serio. Por supuesto que no.

SONIA: —¡Jamás hablé más en serio en mi vida!

DELIA: —¿Te lo vas... a llevar?

SONIA: —¿Y si así fuera?

DELIA: —¡No lo podés sacar de acá! ¡Este es su lugar!

SONIA: —Necesita que lo ayuden, Delia. No puede seguir viviendo como vive. No puede andar con un cuchillo en la cintura. ¿Qué pasa si lastima a alguien?

DELIA: —Para eso se lo dí...

SONIA: —¿Usted se lo dio?

DELIA: —Y él es rápido con el fierro. Por eso lo respetan y no lo joden. Ahora, si conocés otra forma de cuidar el pellejo en este lugar, yo te escucho...

SONIA: —Caminan por la cuerda floja, Delia. Usted... y él.

DELIA: —Vivir acá es eso. Y si pisás en falso fuiste, alguien ocupará tu lugar, a lo mejor el mismo que te puso el pie...

SONIA: —No seremos ni usted ni yo las que determinemos lo mejor para él...

DELIA: —¿Ah, no? ¿Y entonces, quién? No me dirás que...

SONIA: —Hay gente especializada, Delia... y lo pueden ayudar.

DELIA: —¿Para eso lo venís a buscar? ¿Para entregarlo a las fieras? ¡Flor de hermana resultaste!

SONIA: —¡No sé hacerlo mejor, Delia! ¡Por eso necesito que me ayude!

DELIA: —¿Ayudarte? ¿A vos? ¡Ni lo sueñes!

SONIA: —¡No lo haga por mí, Delia! ¡Hágalo por él! ¿Cómo vino a parar a este lugar? ¿Quién lo trajo?

DELIA: —Ya te dije que apareció, como aparecemos todos. Acá es así. Un día estás, al otro no estás más... por ahí terminás en una cama de hospital, o en la camilla de una morgue ¿y quién se va a acordar de vos? ¿A quién le importás? ¡A nadie! Ya sos olvido, querida. Y del olvido no se saca nada que valga la pena. Sólo mentiras, o verdades inventadas...

SONIA: —Es que al olvido no hay que darle tregua, Delia. Porque el olvido sabe. Hace como que no, pero sabe. Es un enemigo sabio... y peligroso.

- DELIA: —Idiota. ¡Idiota y mil veces idiota! ¡ÉL YA ELIGIÓ! ¡Mucho antes que aparezcas! ¿Qué pasa si me lo llevan y no es tu hermano? ¿Encerrado en un loquero va a estar mejor que acá?
- SONIA: —Habrà que correr el riesgo.
- DELIA: —Correlo vos. A él dejalo en paz...
- SONIA: —Lástima, Delia. Con usted hubiera sido menos doloroso.

7 - DELIA Y CHINO

- CHINO: —Van a venir. Ya estaba todo arreglado pero esta lluvia de mierda lo encarajina todo. Pero van a venir, eh. Me lo prometieron. Y me deben un par de favores. Se van a parar donde les digamos, y me van a empezar a grabar. Ellos son así, profesionales: nunca preguntan nada. Ellos graban. Puedo decirles lo que quiera. Después ellos lo editan. Si querés, vos también podés salir. ¿Te gustaría? Pensalo. Yo sé que van a venir. Pasa que están siempre muy ocupados. Viste cómo es la televisión.
- DELIA: —No. No ví. ¿Cómo es? Contame.
- CHINO: —Tal vez no vengan nunca.

Pausa

- DELIA: —¿Y entonces a qué viniste? Vos, a qué viniste. Eso quiero saber.
- CHINO: —A que me perdonen...
- DELIA: —¿Que te perdonen quiénes?
- CHINO: —Vos... y tu marido. Aunque ya no valga la pena.
- DELIA: —Siempre vale la pena.
- CHINO: —¿Pero alcanza? ¿El perdón te salva de las cagadas que hiciste?
- DELIA: —¿Vos querés saber si podés mandarte cagadas nuevas?
- CHINO: —Como dicen ahora: no me dan los tiempos.
- DELIA: —¿Sabés? Pensé en dejarte librado a tu suerte.
- CHINO: —Vos querés decir “a mi muerte”...
- DELIA: —Pero después de hablarlo con el Negro llegamos a una conclusión: tenés dos hijos chicos, una familia...

CHINO: —Lo que a ustedes les falta.
DELIA: —No te confundas. Les faltará a ustedes. Nosotros nos seguimos teniendo, el uno al otro.
CHINO: —Pues a mí no me queda nada. Ni la esperanza. Ya no queda nada para esperar, nada de nada, ¿entendés?
DELIA: —¿Y tu... mujer? ¿Tan... bonita, paseable, elegante, perfumadita...?
CHINO: —Se fue con los padres. Y se llevó a los pibes. Nos pareció lo mejor.
DELIA: —¿Lo mejor? ¿Lo mejor para quién?
CHINO: —No sé. Para todos.
DELIA: —Claro. Lo mejor para todos.

Pausa. Trueno.

CHINO: —¿Vos creés que me... recibiría? Me refiero a tu marido. Quiero decir, si vamos con Méndez Cuitiño, ¿vos creés que nos recibiría?
DELIA: —Mañana es día de visita.
CHINO: —Mañana, entonces.
DELIA: —Pero no vayas con el abogado. Puedo acompañarte.
CHINO: —No creo que puedas. *(Le extiende un sobre)*
DELIA: —¿Y esto?
CHINO: —La dirección de tu hijo. Y un boleto a Rosario ida y vuelta. Con esos pesos vas a viajar tranquila. El micro sale mañana a primera hora. No conseguí otra cosa.

DELIA abre el sobre.

DELIA: —Esto... es demasiado.
CHINO: —Una partecita de lo mucho que los jodí. Una partecita chiquita así, una cagadita de laucha. Quién decía así, ¿a ver si te acordás?
DELIA: —¿“Cagadita de laucha”? El viejo, claro. Quién otro.
CHINO: —¿Vos creés que el viejo sabrá de todo esto? ¿Vendrá algo después que todo... haya pasado?
DELIA: —*(Se alza de hombros)* De la otra vida no sé nada. Y de esta, cada vez menos...
CHINO: —Claro. Cada vez menos. Es lo que yo digo... Me voy.
DELIA: —¿Cómo que te vas?

CHINO: –Tenés que prepararte para el viaje... y yo tengo... asuntos que atender.

DELIA: –¿Por qué no te quedás un rato? Después te vas y no aparecés por cinco años...

CHINO: –Esta vez no. No creo que llegue.

DELIA: –Entonces, quedate. Dale, Chino, quedate.

CHINO: –Con una condición.

DELIA: –¿El riñón?

CHINO: –¡Nada de sopa!

Sonrisa de DELIA. Se contagian, tímidamente, las risas que se convierten en carcajadas. Una penumbra los envuelve. SONIA, que había entrado en escena un par de segundos antes, manotea su celular

SONIA: –¿Bebe? ¡Soy yo, Sonia! ¡Tenés que venir! ¡Lo antes posible! ¡No, a mí nada! ¡Pero a Tiago... lo apuñalaron! ¡Tirado en la esquina, sangrando a chorros! ¡Por lo que más quieras, Bebe, ayudame, por favor, ayudame!

Llora. Sale corriendo. Transición. Oscuridad sobre asentamiento. La acción se traslada a un banco de espera.

8 – SONIA, SENTADA. LLEGA DELIA. SE SIENTA JUNTO A ELLA. TIEMPO.

DELIA: –Siempre imaginé que mientras uno agoniza, por ahí cerca anda la muerte, esperando...

SONIA: –Para eso se inventaron las salas de espera...

DELIA: –¿Vos cómo te la imaginás?

SONIA: –Imagino que le pido un deseo y me lo concede.

DELIA: –¿Qué deseo?

SONIA: –Que me lleve a mí. Y que lo salve a él.

DELIA: –Ah no, no. De ninguna manera. Alguien que sabe mucho de estas cosas me contó una vez que la muerte se lleva mejor con los perdedores y con los viejos hechos mierda como yo, que con los jóvenes como vos. Así que me corresponde a mí hablarle.

SONIA: —¿Qué se supone que le pediría?

DELIA: —Eso es un asunto entre ella y yo. ¿Vinieron tus amigos?

SONIA: —Vienen mañana. Y no son mis amigos.

DELIA: —Míos tampoco. ¿Hasta qué hora te quedás?

SONIA: —No sé. ¿Le molesta?

DELIA: —¿Por qué me iba a molestar? Si querés me corro y te tirás acá, debés estar cansada.

SONIA: —El médico dijo que no tiene sentido esperar. Que hasta mañana, no más partes.

DELIA: —Hasta mañana al mediodía.

SONIA: —¿Llamo a un remis? Y la acerco.

DELIA: —No te molestes.

SONIA: —¿Por qué me trata así? ¿Por qué me desprecia?

DELIA: —Porque te lo querés llevar. Y te lo vas a terminar llevando.

SONIA: —No sea cosa que la muerte nos gane de mano.

DELIA: —No será por él que venga la muerte.

SONIA: —¿Cómo puede estar tan segura?

DELIA: —Porque me lo prometió. Me dio su palabra.

SONIA: —Yo no escuché nada.

DELIA: —El trato fue conmigo.

SONIA: —¿Qué clase de trato?

DELIA: —Vas a ser la primera en enterarte.

SONIA: —Me parece que el sueño nos hace hablar pavadas. ¿En serio no quiere que la arrime?

DELIA: —Andá vos. Yo me quedo. Fue lo convenido.

SONIA: —¿Convenido con quién? ¿No tenía que viajar, usted?

DELIA: —Tenía, sí.

SONIA: —¿Suspendió?

DELIA: —¿Te importa?

SONIA: —Si no me importara no le preguntaría.

DELIA: —No viene al caso.

SONIA: —¿Y su hermano?

DELIA: —¿Mi hermano? Bien, pagando fianzas y comprando riñones...

SONIA: —¿Comprando... qué?

DELIA: —Quiero pedirte algo: cuidalo mucho, te necesita... más que a nadie en el mundo.

SONIA: —¿Y usted cómo lo... sabe?

DELIA: —Menos pregunta Dios, querida. Estoy cansada. Muy cansada. Y la noche es larga. ¿Viajaste mucho vos?

SONIA: —¿Bastante, por...?

DELIA: —¿Me prestás... tu hombro?

SONIA: —(Perpleja) Claro.

Se sienta junto a ella y apoya la cabeza en su hombro. Ambas se duermen. Gradual penumbra. Al volver la luz, se han dormido por separado. DELIA está acostada en el banco. SONIA, sentada en la misma posición, con un sobre entre manos. Descubre a DELIA acostada y abre el sobre. Hay muchos papeles. Toma uno de ellos y lo lee. Mira a DELIA y sigue leyendo, cada vez más sorprendida. Cuando termina la carta está muy ansiosa. Mete la carta dentro del sobre, duda, finalmente toca a DELIA, la llama en voz baja.

SONIA: —¡Delia! ¿Qué significa esto? ¡Delia! ¿Me escuchás?

Pero DELIA no responde. La mueve con algo más de fuerza. DELIA cae al piso, desparramada. SONIA, muy alterada, se arrodilla junto a ella, toma la cabeza de DELIA entre sus manos. La deja en el piso y toma los papeles. Los abraza.

SONIA: —¡Tiago... Tiago! ¡TIAGOOOOOOO!

Pronuncia el nombre hasta volverlo un grito. Un grito que es, a un tiempo, angustia y desahogo... afuera arrecia la lluvia.

O s c u r i d a d

FINAL

DE MORIRES Y LEALTADES

DE MORIRES Y LEALTADES

Texto elaborado en el contexto de la convocatoria que en 2014 se lanzó desde el Consejo Provincial de Teatro de La Provincia de Buenos Aires, dirigido en ese momento por Lito Cruz, consistente en dramatizar hechos históricos que hubieran ocurrido en las distintas regiones de la Provincia, animado por artistas locales. El texto que elaboré, basado en un hecho que tuvo lugar como consecuencia inmediata de la batalla de Caseros, subió a escena dirigido por Carlos Groba y animado por los actores Rubén Comezaña y Martín Besone. El espectáculo se montó en varias salas del Gran Buenos Aires bajo la modalidad teatro-debate, con muy buena respuesta del público, que participó activamente.

PERSONAJES

TIAGO

CHILAVERT

POLA

URQUIZA

Género: Drama histórico.

El 4 de Febrero de 1852, el Coronel Martiniano Chilavert, pocas horas después de culminada la batalla de Caseros, es llevado, maltrecho y sangrante, ante el General Justo José de Urquiza, para quien el propio Chilavert prestara servicios antes de pasarse a las filas del rosismo.

De lo que hablaron durante la media hora que duró la entrevista, nunca se supo ni probablemente se llegue a saber.

Sólo se conoce el resultado; Chilavert fue fusilado por expresa orden de Urquiza, “de espaldas, como a los traidores”.

Pero la sentencia no se pudo ejecutar en esos términos, dada la resistencia impetuosa del condenado, que finalmente fue ultimado a bayonetazos.

Muchos años antes, Aristóteles escribió en su Poética que al historiador le corresponde contar lo que sucedió.

Y al poeta, lo que pudo suceder...

La acción transcurre alternativamente entre el presente, en la sastrería de TIAGO, reunido con su amigo POLA, y el encuentro que mantuvieron el CORONEL MARTINIANO CHILAVERT y el GENERAL JUSTO JOSÉ DE URQUIZA inmediatamente después de la batalla de Caseros.

TIAGO: —¿Me querés creer que llevo días dándole vuelta al asunto y no me termina de cerrar?

POLA: —¿Qué es lo que debería cerrarte, a ver?

TIAGO: —Qué se dijeron.

- POLA: —¿Cuándo?
- TIAGO: —En esa media hora en que estuvieron encerrados, acorralados como fieras.
- POLA: —A juzgar por el resultado, no se tiraron flores.
- TIAGO: —No me alcanza.
- POLA: —A la historia no le preocupa.
- TIAGO: —Quiero decir que no es un buen argumento para defender mi tesis ni mucho menos para aprobar la materia...
- POLA: —¿Y cuál sería tu tesis? Recordame un poco.
- TIAGO: —Que en esa muerte empezó a jugarse nuestro destino como país.
- POLA: —Epa, ¿en esa sola? ¿No la sobre dimensionás?
- TIAGO: —No dije que en esa sola. Pero es la gran olvidada de la historia, ¿entendés? La hemos escondido bajo la alfombra, como un remordimiento, por algo será.
- POLA: —Epa, cuidado con esas expresiones, señor catedrático, que bastante sangre le costaron al país...
- TIAGO: —Lo que quiero decir, querido Pola, es que en la historia todo es por algo, nada es gratuito...
- POLA: —No te entiendo. ¡Juro que no te entiendo! ¡Sólo a un tipo como vos se le ocurre ponerse a estudiar a esta altura del partido! En el momento en que te podías tirar panza arriba y disfrutar la vida, ¿el señor qué hace? Va y se pone a estudiar.
- TIAGO: —¿Preferís que haga como vos, que desde que vendiste la fábrica vivís tomando pastillitas? Pastillita para dormir, pastillita para despertarse, pastillita para no deprimirse, pastillita para no alegrarse demasiado, pastillita para que... *(Completa con gesto de "erección")*
- POLA: —A cada cual lo suyo... Otros se meten en la facultad y se rodean de pendejas para sentirse potentes... y tienen suerte, eh. ¿Vos sabés si le voy a la bruja con que empiezo la facultad el escándalo que me arma? ¡Me tira los libros a la hoguera!
- TIAGO: —¿Alguna vez te vas a tomar algo en serio en esta vida, Pola? ¡Tanta facilidad para la historia, tanta capacidad dialéctica que tenías!
- POLA: —Para algo me sirvió: campeón mundial de discusiones en asados y comités.
- TIAGO: —¡Y qué discusiones! Metías miedo, te salía fuego por los ojos...
- POLA: —Ya no.

- TIAGO: —Me pregunto desde cuándo.
- POLA: —Desde que entendí que la historia, querido amigo, la escriben los que ganan, en detrimento de los que pierden y/o de los que miran, por más que te quemes las pestañas por demostrar lo contrario.
- TIAGO: —Pues a mí me ha dado por pensar que no. Que algo por hacer queda. De puro cabeza dura, ¿entendés? Por eso necesito saber qué pasó entre esos tipos, Pola... ¿Por qué lo mandó a fusilar? Ya no es por la materia, ya es un asunto personal, como una especie de... obsesión.
- POLA: —*(Cede lentamente)* ¿Podés imaginarlos?
- TIAGO: —Puedo imaginar las descargas de la fusilería... y los gritos de los degollados, colgados como trofeos de caza en los árboles de la quinta. Y hasta puedo olerlos, y caminar el pasto ensangrentado...
- POLA: —¿Y a ellos? ¿Cómo te los imaginás?
- TIAGO: —En silencio, frente a frente, midiéndose con las miradas, como dos fieras al acecho... hasta que, en algún momento, no me preguntes cuándo, al General no le queda más remedio que abrir el juego.
- POLA: —¿Seguro? Mirá que el General las tenía bien puestas, eh...
- TIAGO: —El Coronel, como yo lo imagino, también.

Transición. Descarga de Fusilería. GENERAL toma mate, distendido, en su sillón. Parado frente a él, el CORONEL, algo desaliñado y magullado.

- GENERAL: —¿Gusta sentarse, Coronel?
- CORONEL: —Sólo si me lo ordena, General.
- GENERAL: —*(Ríe, bebe su mate)* ¿Tanto le cuesta aceptar la hospitalidad del vencedor?
- CORONEL: —Más le duele a la patria, si me permite la licencia...
- GENERAL: —No se preocupe por la patria, que ahora está en buenas manos. Es precisamente en nombre de los buenos tiempos por venir que pasaré por alto su insolencia, espero igual voluntad de su parte...
- CORONEL: —Se hará lo que se pueda.
- GENERAL: —¿Me da su palabra?
- CORONEL: —Es lo único que puedo darle.

- GENERAL: —¿Le parece poco? ¿La palabra de un militar de alto rango que acaba de batirse como un bravo?
- CORONEL: —No deja de ser la palabra de un prisionero de guerra.
- GENERAL: —Es verdad. Y me alegra que lo recuerde, nos ahorraremos complicaciones. ¿Sabe que me han hablado mucho de usted?
- CORONEL: —¿Sus nuevos amigos?
- GENERAL: —No son mis amigos, Coronel. Son amigos de mi causa. Y mi causa es la de mi país. Y podría volver a ser la suya.
- CORONEL: —¿Pretende... convencerme de algo, General?
- GENERAL: —¿No estaría en mi derecho? ¿Si otro lo consiguió y, en este momento se anda escapando como un rata, por qué no podría hacerlo yo, que después de todo soy el dueño de su vida? Porque en este momento y hasta nuevo aviso su vida, Coronel, me pertenece, ¿lo sabía?
- CORONEL: —Síntase dueño de mi vida, si quiere. Pero de mi muerte el único dueño sigo siendo yo.
- GENERAL: —¿Le gustan los juegos de palabras, Coronel? ¿O anda con ganas de seguir jugando con fuego, a pesar de la derrota? ¿Sabe que a una sola señal mía puede pasarla mal de veras? ¿Le gustaría comprobar que no miento?

Nueva descarga de fusilería.

- CORONEL: —No. Claro que no me gustaría. Debería ser estúpido para decirle que sí. Pero sépalo, General: no es a usted a quien temo; es a mi propia debilidad.
- GENERAL: —Lo dicho, es la persona que me dijeron que era. Será por eso que me cuesta tanto aceptar su traición.
- CORONEL: —Claro, mi traición. Había olvidado mi traición. ¿Por eso me mandó llamar, General? ¿Para que le hable de mi traición? ¿Para que me eche a sus pies y le ruegue clemencia?
- GENERAL: —Coronel, no le perdería el respeto de esa forma ni lo creo capaz de semejante ruindad, pero lo cierto es que mi oficialidad está convulsionada con su llegada. Algunos piden su cabeza, otros esperan mi benevolencia, sin animarse a pedírmela, a pesar de que su artillería hizo desastres en nuestras filas... y en medio de esos tiros y aflojes estoy yo, puesto en la obligación de impartir justicia o al menos calmar un poco los ánimos...

- CORONEL: –¿Y qué puedo hacer por usted y sus ánimos, si se me permite la pregunta?
- GENERAL: –No se trata de mis ánimos, Coronel; insisto, es su vida la que está en juego. Haga público su arrepentimiento y el tribunal lo juzgará con menos severidad...
- CORONEL: –¿Eso me pide? ¿Concretamente?
- GENERAL: –Para salvar el pellejo, es la única salida posible... y más o menos decorosa.
- CORONEL: –Tiene un concepto muy especial del decoro, General...
- GENERAL: –El que imponen las circunstancias, Coronel. Se paga caro por no atenderlos...
- CORONEL: –¿Sería este el caso, General?
- GENERAL: –De usted depende, Coronel.
- CORONEL: –¿De manera que, además de sentirme traidor, debe sentirme culpable por no aceptar su indulgencia?
- GENERAL: –En su lugar no confiaría en la indulgencia del tribunal; le repito que lo juzgarán con severidad...
- CORONEL: –Pero no me condenarán a muerte.
- GENERAL: –Posiblemente... no.
- CORONEL: –¿Posiblemente? ¿Me pide que traicione mis principios y dignidad “por las dudas”?
- GENERAL: –Hago lo que puedo por usted...
- CORONEL: –¿Está seguro de que lo hace por mí, General?
- GENERAL: –¿Y por quién otro, si no?
- CORONEL: –Por usted mismo, desde luego...
- GENERAL: –¡No diga pavadas, hombre! ¿Qué gano yo con su arrepentimiento?
- CORONEL: –¿Qué gana? Confianza ante sus oficiales, especialmente ante los más levantiscos, que se frotan las manos en este mismo momento saboreando mi muerte como una pequeña claudicación a su poder incuestionable...
- GENERAL: –¡En mi ejército no hay levantiscos!
- CORONEL: –*(Por arriba suyo)* Sin perjuicio de que delega la decisión de mi destino en el tribunal que seguramente está compuesto por los más temibles e iracundos, ¿verdad? ¿“Lo quieren juzgar? Ahí lo tienen... yo ya hice mi parte”.
- GENERAL: –¡LE REPITO QUE A LOS LEVANTISCOS LES SEPARO LA CABEZA DEL CUERPO!

Pausa.

- CORONEL: —En el fondo, General, no le faltan ganas de hacer lo mismo conmigo, pero sabe, como buen militar que es, que fusilar a un oficial de alto rango que alguna vez fue subordinado implica asumir riesgos que tarde o temprano se pagan caro, ¿me equivoco?
- GENERAL: —Me hablaron mucho de su inteligencia, pero confieso que su imaginación me toma de sorpresa...
- CORONEL: —¿Por eso me hace traer a su presencia, General? ¿Para averiguar de qué estamos hechos los que nos permitimos la libertad de elegir libremente, le pese a quien le pese?
- GENERAL: —Lo que quisiera saber, es qué lo llevó a traicionar una causa que fue nuestra, que es como decir que me ha traicionado a mí y a la Nación toda...
- CORONEL: —No nos engañemos, General; la Nación está partida en pedazos como un cristal; ocasión inmejorable para que el enemigo exterior, como fiera agazapada, nos dé el zarpazo de muerte...
- GENERAL: —Coronel, si la nación está hecha pedazos, con más razón es tarea de verdaderos patriotas volver a unirlos tras una misma causa y sobre todo bajo una misma constitución, ¿tanto le cuesta verlo?
- CORONEL: —¿Y para lograr esa unidad era necesario unirse al enemigo extranjero, General?
- GENERAL: —¡Lo de “enemigo” corre por cuenta suya; ellos sólo respondieron a la provocación del tirano, que también les ha dado sus dolores de cabeza y hasta se toma el atrevimiento de declararles la guerra!
- CORONEL: —En otras palabras, General, que usted es de los que piensan que el fin justifica los medios...
- GENERAL: —Llegado el caso...
- CORONEL: —Aunque esos medios sean la sangre y los sueños de unos miles de compatriotas... ¿qué le hace una mancha más a la historia, verdad? ¿Todo sea por el bien del país, no es cierto, General?
- GENERAL: —Coronel, todas las guerras cuestan sangres inocentes y no tanto, por eso estoy más interesado que usted en terminar con este asunto lo antes posible... y para su tranquilidad, las ambiciones del hermano ejército del Brasil se terminan con el derrocamiento del tirano...
- CORONEL: —¿De veras le preocupa mi tranquilidad, General? ¿Por eso me pone en manos de un tribunal sediento de justicia militar?

- GENERAL: —¿Y usted se sentía tan seguro de sus convicciones que cuando se vio perdido no tuvo mejor idea que sentarse a esperar a mis oficiales pitando un cigarro de chala? ¿Qué esperaba en verdad, Coronel? ¿Que lo recibiéramos como a un héroe?
- CORONEL: —*(Finalmente se sienta, agotado)* Para serle sincero, General, mi única certeza es esta derrota y sus consecuencias. ¿Cree que me senté a esperar a sus oficiales, confiando en mi suerte? Pues sepa que hubiera preferido que sus mismos oficiales me ejecutaran ahí mismo antes que mirar a mi hijo a los ojos para explicarle que su padre huyó pisoteando los cadáveres de los que dieron la vida por el país...
- GENERAL: —¿Cuántos hijos tiene, Coronel?
- CORONEL: —Uno sólo, general.
- GENERAL: —Pues si yo le debiera explicaciones a mis hijos, créame que me vería en apuros...
- CORONEL: —Es que no se trata de explicaciones, General. Ellos se moldean con lo que hacemos, no con lo que prometemos que haremos. Lo mismo ocurre con el país, ¿no cree? ¿De qué le sirve una constitución manchada de sangre y traiciones? ¿Dictada por los personeros extranjeros?
- GENERAL: —*(No le ha gustado)* ¿Concretamente a qué traiciones se refiere, Coronel? ¿A las que cometen los que se cambian de bando según sople el viento... y son capaces hasta de disparar contra sus ex camaradas de armas?
- CORONEL: —No, General. Me refiero a los que se obstinan en ocupar un lugar en la historia a cualquier precio, inclusive atacando a su propio país y vendiéndose al invasor esclavista...

Pausa. Lejana, una descarga.

- GENERAL: —¿Sabe, Coronel? Por un momento llegué a pensar que podríamos recuperarlo. Pero veo que sería más fácil sacarle jugo a las piedras. Dios será testigo de mi voluntad.
- CORONEL: —No invoque a Dios en vano, General. Este es un asunto entre usted y yo.
- GENERAL: —Tiene razón, Coronel. Y solo hay una forma de resolverlo. Solo una.

(Transición).

A los cuatro días del mes de febrero del año de mil ochocientos cincuenta y dos, el Generalísimo Don Justo José de Urquiza, flamante jefe supremo de la confederación de Provincias Unidas del Sur decreta y dispone la ejecución del Coronel Martiniano Chilavert por un pelotón comandado por el Coronel Cayetano Virasoro... Por expresa indicación del General Urquiza, Chilavert será ajusticiado de espaldas, como castigo por traición a la patria...

CORONEL: —¡No, hijos de puta, por la espalda no! ¡Tiren al pecho! ¡Por la espalda NOOOO!

Escopetazo. Ambos se toman el pecho.

GENERAL: —Pero sí.

TIAGO: —Cuenta la historia, o tal vez la leyenda, que ante la obstinada resistencia del reo fue preciso cumplir la sentencia a golpes de bayoneta...

La acción nuevamente en la sastrería de TIAGO.

POLA: —En la historia quedó como un traidor...

TIAGO: —Hasta el día de la fecha se admite como legítima la posibilidad de ser fiel a un ideal, incluso a cualquier precio...

POLA: —A cualquier precio, no... no se admite que por ser fiel a un “ideal”, se incurra en deslealtad... y en toda guerra, mi querido, la deslealtad y la traición se terminan pareciendo demasiado para no ser la misma cosa...

TIAGO: —Me pregunto y te pregunto: ¿por qué crees que se resistió con alma y vida a morir de espaldas? ¿Y por qué se quedó a esperar a la muerte fumando una chala? ¿No se te ocurre pensar que tal vez no se sentía un traidor?

POLA: —Pues ahí parece estar el meollo del asunto: ¿Somos lo que sentimos que somos o somos las consecuencias de lo que hacemos?

TIAGO: —¿Me lo preguntás a mí o a Chilaver?

POLA: —Chilaver ya no puede responder.

TIAGO: —Respondió con los hechos...

POLA: —Vos decís con el pellejo...

- TIAGO: —¿Querías una respuesta más elocuente?
- POLA: —Pues a la historia no le importó su sacrificio... y tan poco le importó que lo sepultó en el olvido, o lo que es peor, en la indiferencia.
- TIAGO: —¿No será que a la historia, o a los que la escriben, no les conviene recordar que ser consecuente con una idea hasta lo último puede convertirse en un peligroso ejemplo a seguir? ¿No será, me pregunto y te pregunto, Pola, que la historia castiga con el olvido lo que no le conviene que recordemos... o que ni siquiera imaginemos?
- POLA: —¡La historia no se escribe con imaginación, se escribe con hechos!
- TIAGO: —Te equivocás de nuevo: cuando la historia, más que aclarar, oscurece, la imaginación viene en su ayuda... no digo que sea lo ideal, digo que no existe ley que prohíba expresamente imaginar lo que pudo ser...
- POLA: —¿Cómo sería, en este caso, según tu particular modo de análisis?
- TIAGO: —Los imagino juntos de nuevo...
- POLA: —Hasta donde yo sé, fue la única vez que se vieron... y la última. Al menos en esta vida.
- TIAGO: —Nunca dije que mi encuentro ocurriera en esta vida.
- POLA: —¿Y cuándo, entonces?
- TIAGO: —Inmediatamente después.

Transición. Nueva descarga de fusilería. Largo grito de GENERAL, que reaparece, escapando, con una mano en el pecho ensangrentado.

- GENERAL: —¿Por qué se empeñan en perseguirme?
Si he visto morir a tantos,
si todavía los cuerpos pestilentes del batallón Aquino
cuelgan de los jardines de Palermo.
¿Por qué se meten una y otra vez en mis sueños, convirtiéndolos
en pesadillas?...
- CORONEL: —(*Ríe, ensangrentado, el uniforme perforado*) Para ponerlo sobre aviso,
General; se aproxima el momento de volver a vernos las caras...
- GENERAL: —¿Usted y yo? Entérese; lo nuestro ya es asunto consumado....
- CORONEL: —Espacio, General: no olvide que la ingenuidad es prima boba de

la soberbia... será por eso que se han metido en su palacio con el beneplácito de sus guardias y la traición de sus propios sirvientes...

Escopetazo. Largo grito de GENERAL, se toma el pecho

- GENERAL: —¡NOOOOOO! ¡Y yo les digo que pagarán caro esta afrenta! ¡Me sentaré a verlos morir lentamente, delante de sus mujeres y sus hijos! ¡O tal vez no, tal vez pase a cuchillo a mujeres y niños primero y después sí, cuando la rabia y la impotencia no los dejen respirar, los cuelgue de un árbol hasta que mueran! ¡A mí, hacerme esto... a mí, que lo di todo por ustedes!
- CORONEL: —A regar la tierra de bastardos lo llaman “darlo todo”...
- GENERAL: —¡Lo que debo hacer es calmarme! ¡Eso! ¡Frío y justo, como siempre, o más que nunca!
- CORONEL: —Frío ya debe estar... en eso la muerte no pierde el tiempo, doy fe...
- GENERAL: —¡Y buscar ayuda, eso! ¡Mis fieles Waldino y Carmelo, mis pichones vendrán en mi auxilio! ¡Cuando sepan lo ocurrido, ay de mí, correrá sangre hasta lavar con creces esta traición!
- CORONEL: —Sus hijos reconocidos Carmelo y Waldino no pueden ayudarlo, General, ocupados que están en sus propias desgracias...

Transición.

- GENERAL: —(*Recién lo descubre*) ¿Qué... hace usted acá? ¿Cómo pudo...? (*No lo deja responder*) ¡Vea, no sé cómo pudo salvarse de la ejecución, pero hágales saber a sus cómplices que no se sale entero de burlar mis órdenes!
- CORONEL: —Nadie burló sus órdenes, General, muy por el contrario... (*Enseña espalda*) Comprueba usted mismo hasta dónde se esmeraron sus verdugos, hasta dónde fueron capaces de ensañarse con mi pellejo... (*Lo mira*) Aunque a decir verdad, con usted tampoco han sido muy “piadosos” que digamos...
- GENERAL: —¿Con... migo? ¿Qué hay con...? (*Se lleva la mano a la cara, la descubre ensangrentada*) ¡Tiene que ser un mal sueño! ¡No me puede estar ocurriendo!
- CORONEL: —Ya le ocurrió, General, más temprano que tarde, como a cual-

quier hijo o entenado. ¿O es que anda pensando en levantarse contra la muerte?

GENERAL: —¡Cuádrese! ¡Sigue debiéndome obediencia!

CORONEL: —Ya no, General. No más jinetas, ni honores ni privilegios. Llegó el momento de rendir cuentas.

GENERAL: —¿A usted? ¿Yo, supremo forjador de un país, rindiendo cuentas a un traidor, ajusticiado por la espalda? No es posible. ¡No me puede estar pasando! ¡Tengo que salir de aquí!

CORONEL: —Lo está haciendo más difícil de lo previsto, General. ¿Supongo que no tendrá la bondad de acompañarme?

GENERAL: —Quedará para otra ocasión; tengo asuntos más importantes que atender...

CORONEL: —¡No por ahí, General!

Transición. GENERAL queda deslumbrado y aterrado al mismo tiempo por lo que ve.

GENERAL: —¿Se puede saber... quiénes son?

CORONEL: —Sus ajusticiados.

GENERAL: —¿Tantos?

CORONEL: —¡Sólo una parte, General! El batallón Aquino, y los muertos de Pago Largo. Mil quinientos hombres pasados a degüello por una orden suya. No tema, sólo han venido a presentarles sus respetos...

GENERAL: —¿Quiere saber por dónde me paso los respetos de esta chusma?

CORONEL: —No los defraude, lo han esperado larga y pacientemente...

GENERAL: —¡Problema de ellos! ¡Sepan todos, usted y ellos, que no tuve alternativa... y que volvería a hacerlo, una y mil veces, todas las veces que fuera preciso!

CORONEL: —Le creo, General. Creo que en eso es honesto, a su manera. El problema es que en esta historia de sangre y muerte cada quien fue haciendo y deshaciendo de acuerdo a lo que creía mejor para “su” país, olvidando que un país no es una propiedad personal sino asunto de todos... especialmente de aquellos que piensan y sienten distinto...

GENERAL: —¡Ah vamos, como si su “Restaurador” no hubiera derramado ríos de sangre en nombre de la “pacificación”!

CORONEL: —También él será juzgado, General. A todos nos llega, le repito, más temprano que tarde.

GENERAL: –También a usted, Coronel.

Pausa.

CORONEL: –También yo me dejé llevar por el impulso y la pasión, General. Y cometí errores y hasta excesos, intentando ser leal a mis principios.

GENERAL: –Vaya manera de ser leal, traicionando nada menos que a sus viejos camaradas...

CORONEL: –Es que en algún momento el hombre debe elegir, General: o se es fiel a los propios principios o se los abandona por los caprichos ajenos...

GENERAL: –(*Furioso, no le ha gustado*) Si hubiera atendido a sus “principios” todavía estaba el país esperando el permiso del tirano para tener una constitución como Dios manda, Coronel... ¿Esa “misión” le han encargado? ¿Juzgar y condenar las guerras entre los hombres con argumentos que ni siquiera usted mismo es capaz de sostener? ¿Tan canalla y farsante había resultado ese Dios que le encomendó juzgarme? ¿Me resisto a creerlo!

CORONEL: –Usted es mi misión, General... mi misión y mi castigo, por si le interesa saberlo...

GENERAL: –¿Que soy... qué? Ahora sí que no termino de...

CORONEL: –¿Debo perdonarlo, hasta donde me sea posible... y hacerle aceptar sus crímenes, hasta donde a usted le sea posible... he sido claro?

Pausa.

GENERAL: –Suponiendo que esto no sea más que un mal sueño donde un traidor me elige para ganarse el cielo, ¿qué pasa si me niego y reclamo mi derecho a terminar lo que dejé pendiente?

CORONEL: –¿Está pidiendo volver, General?

GENERAL: –Ni más ni menos, Coronel.

CORONEL: –Pues sepa entonces que deberá ganarse el derecho...

GENERAL: –Estoy dispuesto, desde luego...

CORONEL: –¿Sabe que no será fácil?

GENERAL: –Ahórrese las delicadezas; estoy listo para todo...

- CORONEL: —¿Tan seguro se siente de sus fuerzas, que ni la mismísima muerte es capaz de conmovirlo?
- GENERAL: —¿Y qué sorpresa me podría llevar, veamos? ¿Que mis enemigos están detrás de mi asesinato? Eso ya lo sé. Perfectamente lo sé. Y lo sé porque hay dos clases de personas en la vida, Coronel: los que nacieron para lamer suelas y los que nacimos para dejar huellas... y los que dejamos huellas, inevitablemente nos terminamos ganando enemigos, estará de acuerdo conmigo...
- CORONEL: —¿Y qué me dice de los traidores?
- GENERAL: —¿Qué le digo? Que ni merecen ser mencionados, eso le digo....
- CORONEL: —Y sin embargo, General, ellos también son parte de la historia...
- GENERAL: —¿De qué... habla?

Transición. A una señal de CORONEL estamos en la sobremesa del palacio del GENERAL.

- GENERAL: —(Asombrado) Pero... ¿qué significa eso? ¿Qué hacen esos hombres... sentados en mi mesa?
- CORONEL: —¿De veras no lo sabe, General? Por más que actuaron a cara cubierta, sabemos perfectamente quiénes son y qué hacen en su mesa... acaban de asesinarlo, todavía su cuerpo no termina de morir y ya están dándose el festín de las fieras sebadas...
- GENERAL: —¿Y mi mujer? ¿Y mis hijos?
- CORONEL: —Ahí los tiene. En la habitación de al lado, llorándolo, como es debido. No debe temer por ellos, al menos por ahora...
- GENERAL: —¿De qué habla? ¡Sea claro!
- CORONEL: —¡Es usted el que habla de volver, poniéndolos en riesgo!
- GENERAL: —¡No quiero ponerlos en riesgo, quiero protegerlos!
- CORONEL: —Pues apenas circule la noticia de su vuelta, lo perseguirán, como nunca fue perseguido... y serán más crueles y sanguinarios que nunca; separarán su cabeza de su cuerpo, clavarán su cabeza en una lanza y la expondrán públicamente para demostrar que esta vez no fallaron... y no sólo eso, también arrasarán con su mujer y sus hijos para evitar venganzas...
- GENERAL: —¡No les daré tiempo! ¡El pueblo me apoyará, armaré nuevamente un ejército y les haré pagar caro lo que me han hecho!
- CORONEL: —¿Con quiénes piensa armar ese ejército, General? Sus oficiales de confianza están escondidos, o huyendo de las partidas que los

persiguen como a perros... mientras sus verdugos se siguen dando el festín con sus manjares y vaciando su caja de caudales... ¿reconoce al que acaba de llegar?

GENERAL: —¡Es... Nico, mi criado, Nico Lucero! ¿Qué tiene que hacer en la mesa de mis verdugos?

CORONEL: —¿Y quién cree que les franqueó la entrada, General?

Pausa.

GENERAL: —¡Más que nunca tengo que volver!

CORONEL: —¿Para qué, General? ¿No alcanzan las razones que le acabo de dar para evitarle una nueva muerte, más humillante que la primera? Hay pasos en falso que se pagan demasiado caros, General; no alcanza una vida para saldar algunas deudas.

GENERAL: —Si se refiere a la orden que di de ejecutarlo por la espalda, le advierto que...

CORONEL: —Me refiero a su abandono en Pavón, con una batalla crucial, virtualmente ganada... Además de inexplicable, resultó humillante, sobre todo para sus seguidores... que desde luego lo vivieron como una traición, aunque se declare tan poco amigo de esa palabra...

GENERAL: —¿De qué habla? ¡¿Pero de qué habla?! Administré mi provincia de manera ejemplar; las cuentas públicas se manejaron con efectividad y transparencia, y el pueblo se educó y fue respetado...

CORONEL: —Menos los delincuentes, que fueron pasados a cuchillo...

GENERAL: —¿Conoce otra forma de hacerles entender? Ustedes, los moderados, siempre me dieron un poco de risa; si ejecutaba a los traidores como usted, era un asesino, pero si evitaba derramar sangre inútilmente, era yo el traidor y el cobarde... Le confieso que nunca terminé de entenderlos.

CORONEL: —¿Tan seguro estaba del triunfo de Buenos Aires, General, que prefirió batirse en retirada? ¿O es que recibió alguna orden... de la superioridad?

GENERAL: —¿Cómo se atreve? ¡Sepa que jamás recibí órdenes de nadie, ni siquiera de mi padre!

CORONEL: —Y sin embargo, General, siempre hay por lo menos dos versiones de la historia... la "oficial", que quedará en los libros y se ense-

ñará en las escuelas... y la “otra” historia, la que nadie escribirá “oficialmente”, pero que circulará en voz baja o en letras que no todos alcanzarán a leer, y tal vez por eso mismo siembre más dudas y discordias que si se gritaran a los cuatro vientos... y en esa historia, General, usted se retira de Pavón por pedido expreso del Gran Maestre...

GENERAL: —¡Eso es peor que una infamia, Coronel; eso es redondamente una canallada y una estupidez!

CORONEL: —¿Cómo se explica entonces su relación con Mister Yateman, General?

GENERAL: —¿Yateman? Vea, le agradeceré que no mezclemos asuntos personales con...

CORONEL: —(*Lo corta*) Pues cuenta la leyenda que Mister Henry Yateman, enviado nada menos que por Mitre, estuvo reunido con usted unos días antes y que en esa reunión se selló el resultado de la batalla... ¿Será por eso que esa falsa derrota les dolió tanto a sus seguidores? ¿Incluso más que a usted? ¿A usted mismo que creyó que sus hazañas anteriores compensarían largamente esta insólita traición?

GENERAL: —¡Ah vamos, termine con eso, hombre! ¡Como les gusta a los idealistas y a los moderados llenarse la boca con la palabrita “traición”! En todo lo que no les gusta o no les conviene ven una “traición”. Y yo a cambio les pregunto: ¿de qué hubiera servido seguir con esa guerra? Más temprano que tarde, Buenos Aires hubiera terminado por ganarla y el más derrotado hubiera resultado este servidor, sin bienes y deshonorado en el extranjero, igualito que su “restaurador”... ¿Y merece esa suerte quien apostó vida y bienes personales por el bien de la confederación?

CORONEL: —Su suerte, como la suerte del país, ya estaba echada, más allá de su voluntad... antes de Pavón, aún antes de negociar con Mitre su pase a cuarteles de invierno, su destino estaba escrito por los poderosos que anhelaban su poder y sus riquezas, pero sin usted... ¿y sabe por qué, General? Porque los hombres como usted pasan por este mundo creyendo que escriben la historia, cuando en verdad es la historia la que se vale de ustedes mientras los necesita; después los borra de un plumazo, o los condena al olvido en el mejor de los casos...

GENERAL: —Lamento informarle que no es mi caso...

CORONEL: —Ya lo creo, General: todavía le quedan cuentas por saldar...

Nuevo murmullo de los ajusticiados.

GENERAL: —¿Otra vez ustedes? Y bien, ¿qué se les ofrece? ¡Pronto, asuntos urgentes me reclaman! (*Se lleva las manos al oído*) ¿Eh? ¿Qué dicen? ¡Hablen claro, carajo, que no los entiendo! (*Transición. Algo lo aterrera*) ¿Pero qué... es eso? ¿De quién son esos... cuerpos... mutilados? (*Quebrado*) ¡Dígame que no es cierto, dígallo por lo que más quiera!

CORONEL: —Aquí todo es cierto, General, especialmente lo que más nos cuesta aceptar...

GENERAL: —(*Cae gradualmente de rodillas*) ¿Pero por qué? ¿Por qué a ellos? Eran... mi mejor obra, la mejor simiente que eché sobre esta tierra... ¿No les bastaba conmigo?

CORONEL: —A sus enemigos tampoco les gusta dejar las cosas a medio terminar, General...

Pausa.

GENERAL: —¡Quiero verlos! ¡Ya!

CORONEL: —Por el momento no será posible, también deben rendir cuentas, ¿comprende?

GENERAL: —(*Rendido, resignado*) Creo que ahora... sí... voy comprendiendo.

CORONEL: —Entonces está en condiciones de acompañarme... ¿tendrá la bondad? (*Le ofrece el brazo*).

GENERAL: —(*Avejentado, le cuesta hacer pie*) ¿A... dónde?

CORONEL: —Con gusto se lo diría si lo supiera, General... sólo puedo decirle que es tiempo de marchar.

GENERAL: —¿Sabe? ¿Es como una sensación... extraña... será que los fantasmas...?

CORONEL: —Los fantasmas cumplimos años, pasamos frío y hasta nos hacemos encima, General...

GENERAL: —¿Y envejecemos?

CORONEL: —Imagínese; si hasta Dios envejece, ¿por qué nosotros no?

GENERAL: —¿Dios? ¿Cómo lo supo?

CORONEL: —Es un secreto a voces, pero no se moleste en divulgarlo. Nadie lo terminaría de creer... o mejor dicho, a nadie le conviene terminar de creerlo.

Murmullo de los ajusticiados.

GENERAL: —¡Silencio chusma! ¿De nuevo ustedes? ¡Me tienen harto! ¡Puedo soportar el frío, el dolor y hasta el olor de mis propios desechos, pero ese murmullo constante se me hace intolerable! ¡Hágalos callar!

CORONEL: —Lo lamento, General, pero le corresponde a usted invocar su clemencia... no se puede quejar, después de todo es la oportunidad que no tuve, frente a aquel tribunal que armó para humillarme, ¿se acuerda? ¿Fue por eso que me hizo fusilar por la espalda, General? ¿Para aventar cualquier duda sobre su autoridad?

Lentamente, GENERAL se suelta del brazo de CORONEL. Se miran largamente.

GENERAL: —De manera que era eso; la pobre venganza de un desgraciado que ni morir con dignidad supo, ni pudo. ¡Agradecido debería estar-me! ¡Entró en la historia gracias a mí, que lo mandé al muerte! ¿Para eso me han puesto en sus manos?

CORONEL: —No lo han puesto en manos de nadie, ni siquiera en las de Dios, General. Está solo, librado a su suerte, frente a los que perecieron por su decisión. ¿Será posible que no tenga nada que decirles?

GENERAL: —¿Decirles? ¿Y qué iba a decirles, que no le sobre a la muerte? ¿De qué sirve ahora pedirles perdón? ¿Perdón a quién? ¿A la tierra, que espera nuestros huesos con impaciencia? ¿Al polvo que tarde o temprano seremos? ¿Si ustedes son la prueba más contundente de mi condena! ¿Los pedazos de mis hijos me traen? ¿Nada menos? ¿Y qué perdón puede estar a la altura de un dolor tan intenso y tan profundo? ¿Eso es lo que buscan? ¿Mi arrepentimiento? ¿Les sirve de algo? ¿Qué recibirán a cambio? ¿Acaso mi humillación será la paz y el descanso de ustedes? ¿Eso es lo que tan largamente han esperado? ¡Entonces vaya mi pedido de perdón, desde lo más profundo de mi alma! ¡Perdónenme, y descansen, porque el dolor de ustedes no me ha dejado vivir en paz y tampoco ahora me deja morir del todo! ¡También yo necesito de esa paz! Mis mujeres, mis pasiones, los hijos que di al mundo y a la misma tierra que después manché con la sangre de los hijos de otros, todo se vuelve más y más... lejano... ¿quieren saber por qué abandoné aquella batalla? Porque estaba

cansado... sí, cansado... harto de campañas y campanarios, de degüellos y ejecuciones sumarias... ¿todo para qué? Para que hombres a quien jamás conoceré escriban palabras que jamás dije para limpiar sus conciencias y justificar sus propias traiciones y sus propios crímenes... ¿qué está... pasando conmigo? Justo Carmelo, Waldino, padres y deudos de mis muertos, perdonen, la sangre de sus hijos y de los míos abonan el mismo suelo, Dios mío, ¿qué mal habremos hecho, que terminó multiplicando de este modo el desencuentro y el odio?

Queda estático. Se convierte gradualmente en estatua.

CORONEL: —Sí que es una buena pregunta, General. ¿De dónde este desencuentro, y hasta cuándo seguiremos empeñados en sostenerlo y justificarlo? Tal vez tenga razón a su manera: al fin de cuentas, usted se ganó el bronce, y un lugar destacado en la historia. De mí, en cambio, no se acordará casi nadie, y los pocos obstinados en rescatar mi nombre, lo harán más movidos por mi osadía al enfrentarlo que por mis convicciones. ¿Será esto la historia, General? ¿La memoria de un Dios caprichoso, aburrido y un poco senil? ¿Y qué sabrán de Dios aquellos hombres sombríos y mal vestidos? ¿Alcanza a verlos?... marchan hacia la muerte, armados únicamente de unas pocas piedras y mucha, muchísima rabia... ¡los espera un batallón de fusiles bien aceitados y obedientes como perros de presa! ¡Deténganse, eso no será una batalla, será una masacre! ¡Y una historia escrita de semejante forma sólo puede conducir a la barbarie! Son jóvenes, solo reclaman una miseria más digna... vendrán de otras partes del mundo, tendrán hijos que darán más hijos a esta tierra inmensa, y pródiga y sin embargo... con tanta llanura, y tanta riqueza para multiplicar y repartir, unos pocos se terminarán quedando con casi todo y unos muchos se quedarán sin nada... ¿y quién resultará ser la madre de todas estas calamidades, General? ¿Quiere saberlo? Sí, ella, la misma que lo destronó y decretó su final en Pavón, la única capaz de convertir una victoria aplastante en la más inexplicable e insólita derrota, la que se negocia y decreta en despachos suntuosos, sin respeto ni consideración por la sangre de los caídos... la llamarán La Reina del Plata, General, pero tendrá más de déspota y tirana que de Reina...

(Pausa breve)

CORONEL: —¿General? ¿Puede... oírme?

(Extrae un papel, lee)

CORONEL: —A Don Justo José, forjador de la patria, presente en la memoria de su pueblo... Descanse, General, con la frente alta y los hombros cagados a mansalva por palomas y bichos volátiles... ese será su destino; al pie de los monumentos que se empeñen en recordarlo, mientras los mártires que dejen el pellejo por un país más justo y solidario queden sepultados bajo el dudoso bronce de la historia oficial... ¿qué le parece, General? ¿Cómo podemos llamar a un futuro semejante? ¿A un futuro semejante podremos bautizarlo como “un destino de grandeza”? ¿Será que estamos “condenados al éxito”? ¿O tal vez sea preferible entrenarnos en el difícil arte de re-armar una patria con los pedazos que la historia nos va dejando...?

Lo interrumpe el burdo aplauso de POLA.

POLA: —¡Bravo, señor catedrático, eso sí que sonó genuino! Propongo que lo uses como epílogo de tu tesis.

TIAGO: —¿Sabés que no es mala idea?

POLA: —Lo que sí, de aprobar la materia, olvidate...

TIAGO: —¿Y a quién le importa la materia a esta altura? Soy yo el que necesita saber, ¿entendés?

POLA: —No. La verdad es que no te entiendo. ¿Qué es lo que necesitás saber?

TIAGO: —Qué se dijeron, Pola. O si lo preferís, qué carajo se dijeron en esa dichosa media hora en que estuvieron solos, frente a frente, como fieras enjauladas...

Una gradual oscuridad los va envolviendo, como una pregunta condenada al silencio...

FINAL

ÍNDICE

- 7 EL CASO LUCICH
- 25 JUGUETE A R L TERADO
- 51 OCUPANTES
- 69 JURAME QUE VENÍS
- 87 EL PERRO (Ver llover trae suerte)
- 105 DE MORIRES Y LEALTADES

EDICIONES INTEATRO

Las ediciones pueden descargarse en formato PDF en el sitio del Instituto Nacional del Teatro (disponibilidad sujeta a la autorización de los autores).

COLECCIÓN EL PAÍS TEATRAL

De escénicas y partidas

De Alejandro Finzi

Disponible en la web

Teatro (Tomos I, II y III)

Obras completas de Alberto Adellach.

Prólogo: Esteban Creste (Tomo I), Rubens

Correa (Tomo II), Elio Gallipoli (Tomo III).

Teatro del actor

De Norman Briski

Prólogo: Eduardo Pavlovsky

Dramaturgia en banda

Incluye textos de Hernán Costa, Mariano Pensotti, Hernando Tejedor, Pablo Novak,

José Montero, Ariel Barchilón, Matías

Feldman y Fernanda García Lao.

Coordinación pedagógica: Mauricio Kartun

Prólogo: Pablo Bontá

Antología breve del teatro para títeres

De Rafael Curci

Prólogo: Nora Lía Sormani

Teatro para jóvenes

De Patricia Zangaro

Disponible en la web

Antología teatral para niños y adolescentes

Incluye textos de Hugo Álvarez, María Inés Falconi, Los susodichos, Hugo Midón, María Rosa Pfeiffer, Lidia Grosso, Héctor Presa,

Silvina Reinaudi y Luis Tenewicki

Prólogo: Juan Garff

Becas de creación

Incluye textos de Mauricio Kartun,

Luis Cano y Jorge Accame

Diccionario de autores teatrales argentinos

1950-2000 (Tomo I y II)

De Perla Zayas de Lima

Hacia un teatro esencial

De Carlos María Alsina

Prólogo: Rosa Ávila

Teatro ausente

De Aristides Vargas

Prólogo: Elena Frances Herrero

Disponible en la web

Caja de resonancia y búsqueda de la propia escritura

De Rafael Monti

La carnicería argentina

Incluye textos de Carolina Balbi, Mariana Chaud, Ariel Farace, Laura Fernández, Santiago Governori, Julio Molina y Susana Villalba.

Coordinación: Luis Cano

Prólogo: Carlos Pacheco

Disponible en la web

Del teatro de humor al grotesco

De Carlos Pais

Prólogo: Roberto Cossa

Disponible en la web

Nueva dramaturgia argentina

Incluye textos de Gonzalo Marull, Ariel Dávila, Sacha Barrera Oro, Juan Carlos Carta, Ariel Sampaolesi, Martín Giner, Guillermo Santillán, Leonel Giacometto, Diego Ferrero y Daniel Sasovsky.

Disponible en la web

Dos escritoras y un mandato

De Susana Tampieri y María Elvira Maure de Segovia

Prólogo: Beatriz Salas

Disponible en la web

La valija

De Julio Mauricio

Prólogo: Lucía Laragione y Rafel Bruza

Coedición con Argentores

Disponible en la web

El gran deschave

De Armando Chulak y Sergio De Cecco

Prólogo: Lucía Laragione y Rafael Bruza. Coedición con Argentores

Disponible en la web

Una libra de carne

De Agustín Cuzzani

Prólogo de Lucía Laragione y Rafael Bruza

Coedición con Argentores

Disponible en la web

Una de culpas

De Oscar Lesa

Coedición con Argentores

Disponible en la web

Desesperando

De Juan Carlos Moisés

Coedición con Argentores

Disponible en la web

Almas fatales, melodrama patrio

De Juan Hessel

Coedición con Argentores

Disponible en la web

Air Liquid

De Soledad González

Coedición con Argentores

Disponible en la web

Un amor en Chajarí

De Alfredo Ramos

Coedición con Argentores

Disponible en la web

Un tal Pablo

De Marcelo Marán

Coedición con Argentores

Disponible en la web

Casanimal

De María Rosa Pfeiffer

Coedición con Argentores

Disponible en la web

Las obreras

De María Elena Sardi

Coedición con Argentores

Disponible en la web

Molino rojo

De Alejandro Finzi

Coedición con Argentores

Disponible en la web

El que quiere perpetuarse

De Jorge Ricci

Coedición con Argentores

Disponible en la web

Freak show

De Martín Giner

Coedición con Argentores

Disponible en la web

Trinidad

De Susana Pujol

Coedición con Argentores

Disponible en la web

Esa extraña forma de pasión

De Susana Torres Molina

Coedición con Argentores

Los talentos

De Agustín Mendilaharsu y Walter Jacob

Coedición con Argentores

Nada del amor me produce envidia

De Santiago Loza

Coedición con Argentores

Confluencias. Dramaturgias serranas

Prólogo: Gabriela Borioli

Disponible en la web

El universo teatral de Fernando Lorenzo. Los textos dramáticos y los espectáculos.

Compilación: Graciela González de Díaz

Araujo y Beatriz Salas

70/90. Crónicas dramáticas

Incluye textos de Eduardo Bertaina, Aldana Cal, Laura Córdoba, Hernán Costa, Cecilia Costa Vilar, Omar Fracapane, Carla Maliandi, Melina Perelman, Eduardo Pérez Winter, Rubén Pires, Bibiana Ricciardi, Rubén Sabatini, Luis Tenewicki y Pato Vignolo

Disponible en la web

Doble raíz

De Leonardo Gologoboff

Disponible en la web

La canción del camino viejo

De Miguel Franchi, Santiago Dejesús y Severo

Callaci

Disponible en la web

Febrero adentro

De Vanina Coraza

Disponible en la web

Mujer armada hombre dormido

De Martín Flores Cárdenas

Disponible en la web

Museo Medea

De Guillermo Katz, María José Medina,

Guadalupe Valenzuela

Disponible en la web

¿Quienáy?

De Raúl Kreig

Disponible en la web

Quería tamarla con algo

De Jorge Accame

Disponible en la web

Obras reunidas (2000-2014)

De Soledad González

Prológos: Eduardo Del Estal y Alejandro Finzi

Disponible en la web

Moreira Delivery

De Pablo Felitti

Disponible en la web

Del nombre de los sentimientos

De Alberto Moreno

Disponible en la web

Yo estuve ahí. Textos dramáticos

De Luis cano

Disponible en la web

La lechera

De Carlos Correa

Disponible en la web

Todo tendría sentido si no existiera la muerte

De Mariano Tenconi Blanco

Disponible en la web

Seis comedias serias

De Rafael Bruza

Disponible en la web

Yo, Encarnación Ezcurra

Monólogo en ocho momentos

De Cristina Escofet

Disponible en la web

Se necesita un cadáver

Guillermo Montilla Santillán

Disponible en la web

**Oveja perdida ven sobre mis hombros
que hoy no sólo tu pastor soy sino tu
pasto también**

Braian Kobla

Disponible en la web

Trópico del Plata

Rubén Sabbadini

Disponible en la web

Puesta en memoria. Siete monólogos

Manuel Maccarini

Disponible en la web

**La guerra de Malvinas en el teatro
argentino**

Compilación y Prólogo: Ricardo Dubatti

Incluye textos de Esteban Buch, Horacio del Prado, Alberto Drago, Mónica Greco y José Luis de las Heras, Sebastián Kirszner, Duilio Lanzoni, Rafael Monti, Daniel Sasovsky.

Disponible en la web

**Dramaturgia Bonaerense
de Postdictadura.**

30 años. Una antología crítica.

Coordinadora: Julia Lavatelli

Prólogo: Oscar Rekovsky

Introducción: Julia Lavatelli

Incluye textos de Roberto Uriona y Miriam González, Mariano Moro, Luis Sáez, Cristian Palacios, Roxana Aramburú, Guillermo Yanicola, Ariel Farace, Omar Aita, Beatriz Catani, Marcelo Marán.

Ensayos críticos de Patricia Devesa, Mariana Cardey, Gabriel Fernández Chapo, Julia Lavatelli, Andrés Carrera, Sebastián Huber,

Agustina Gómez Hoffmann, Silvio Torres, Martiano Roa, Luz García, Daniela Ferrari, Mary Boggio .

Disponible en la web

**Idénticos. Micromonólogos
de teatroxlaidentidad**

Incluye textos de Rolando Pérez, Nelson Mallach, Fabián Díaz, Mariano Saba, Verónica Mato, Patricio Abadi, Flor Berthold, Sandra Massera, Gabriel Graves, Susana Torres Molina, Vanina Szlatyner, Valeria Medina, Lucas Lagré, Leandro Airaldo, Juan Francisco Dazzo, Pablo Iglesias, Macarena Trigo, Andrea Garrote, Jimena Aguilar, Carol Inturias, Juan Carrasco, Erica Carrizo, Lucía Laragione, Gabriel Cosoy, Alejandro Lifschitz, Rocío Villegas, Roxana Aramburú, Pablo Dos Reis, Ezequiel Varela, Facundo Zilberberg, Analía Sánchez, Nicolás Pota, Carolina Barbosa y Julieta Magán, Emiliano Matía, Jorge Diez, Alejandro Turner, Mariana Cumbi Bustinza, Santiago Varela, Javier Pomposiello, Silvina Melone, Anabela Valencia, Daniel de Pace. Prólogo: Estela de Carlotto, Raquel Albeniz, Luis Rivera López, Mauricio Kartun

Disponible en la web

**Teatro para hacer con dos centavos.
20 obras nuevas**

Carlos Alsina

Prólogo: Carlos Alsina

Disponible en la web

COLECCIÓN ESTUDIOS TEATRALES

Narradores y dramaturgos

Incluye conversaciones con Juan José Saer, Mauricio Kartun, Ricardo Piglia, Ricardo Monti, Andrés Rivera y Roberto Cossa

Las piedras jugosas. Aproximación al teatro de Paco Giménez

De José Luis Valenzuela

Prólogos: Jorge Dubatti y Cipriano Argüello Pitt

Dramaturgia y escuela 1

Antóloga: Gabriela Lerga

Pedagogas: Gabriela Lerga y Ester Trozzo

Prólogo: Graciela González de Díaz Araujo

Dramaturgia y escuela 2

Textos de Ester Trozzo, Sandra Vigianni, Luis Sampetro

Prólogo: Jorge Ricci y Mabel Manzotti

Didáctica del teatro 1

Coordinación: Ester Trozzo, Luis Sampetro

Colaboración: Sara Torres

Prólogo: Olga Medaura

Didáctica del teatro 2

Prólogo: Alejandra Boero

Manual de juegos y ejercicios teatrales

De Jorge Holovattuck y Débora Astrosky

Segunda edición corregida y actualizada

Prólogo: Raúl Serrano

Nueva dramaturgia latinoamericana

Incluye textos de Luis Cano, Gonzalo Marull (Argentina), Marcos Damaceno (Brasil), Lucía de la Maza (Chile), Víctor Viviescas (Colombia), Amado del Pino (Cuba), Ángel Norzagaray (México), Jaime Nieto (Perú), Sergio Blanco (Uruguay)

Compilación y prólogo: Carlos Pacheco

Disponible en la web

La Luz en el teatro.

Manual de iluminación

De Eli Sirlin

Laboratorio de producción teatral 1.

Técnicas de gestión y producción

aplicadas a proyectos alternativos

De Gustavo Schraier

Prólogo: Alejandro Tantanián

El teatro con recetas

De María Rosa Finchelman

Prólogo: Mabel Brizuela

Presentación: Jorge Arán

Teatro de identidad popular en los géneros sainete rural, circo criollo y radioteatro argentino

De Manuel Maccarini

Por una crítica deseante.

De quién/para quién/qué/cómo

De Federico Irazábal

Disponible en la web

Las múltiples caras del actor

De Cristina Moreira

Palabras de bienvenida: Ricardo Monti

Presentación: Alejandro Cruz

Testimonio: Claudio Gallardou

Disponible en la web

Técnica vocal del actor

De Carlos Demartino

Hacia una didáctica del teatro con adultos referentes y fundamentos

De Luis Sampredo

El teatro, el cuerpo y el ritual

De María del Carmen Sánchez

Tincunacu. Teatralidad y celebración popular en el noroeste argentino

De Cecilia Hopkins

Disponible en la web

La risa de las piedras

De José Luis Valenzuela

Prólogo: Guillermo Heras

Disponible en la web

Dramaturgos argentinos en el exterior

Incluye textos de Juan Diego Botto, César Brié, Cristina Castrillo, Susana Cook, Rodrigo García, Ilo Krugli, Luis Thenón, Aristides Vargas, Bárbara Visnevetsky.

Compilación: Ana Seoane

Disponible en la web

Antología de teatro latinoamericano. 1950-2007 (Tomos I, II, III)

De Lola Proaño Gómez y Gustavo Geirola

Disponible en la web

El universo mítico de los argentinos en escena (Tomos I, II)

De Perla Zayas de Lima

Disponible en la web

Piedras de agua. Cuaderno de una actriz del Odin Teatret

De Julia Varley

El teatro para niños y sus paradojas. Reflexiones desde la platea

De Ruth Mehl

Prólogo: Susana Freire

Disponible en la web

Rebeldes exquisitos. Conversaciones con Alberto Ure, Griselda Gambaro y Cristina Banegas

De José Tcherkaski

Disponible en la web

Ponete el antifaz (escritos, dichos y entrevistas)

De Alberto Ure

Compilación: Cristina Banegas

Selección y edición: Alejandro Cruz y Carlos Pacheco

Disponible en la web

Teatro de vecinos. De la comunidad para la comunidad

De Edith Scher

Prólogo: Ricardo Talento

Disponible en la web

Cuerpos con sombra. Acerca de entrenamiento corporal del actor

De Gabriela Pérez Cuba

Disponible en la web

Jorge Lavelli. De los años 70 a los años de la Colina. Un recorrido con libertad

De Alain Satgé

Traducción: Raquel Weskler

Saulo Benavente.

Escritos sobre escenografía

Compilación: Cora Roca

Disponible en la web

Una fábrica de juegos y ejercicios teatrales

De Jorge Holovatuck A.

Prólogo: Raúl Serrano

Disponible en la web

Circo en Buenos Aires. Cultura, jóvenes y políticas en disputa

De Julieta Infantino

Disponible en la web

La comedia dell'arte, un teatro de artesanos.

Guiños y guiones para el actor

De Cristina Moreira

Disponible en la web

El director teatral ¿es o se hace?

Procedimientos para la puesta en escena

De Víctor Arrojo

Disponible en la web

Teatro de objetos.

Manual dramático

De Ana Alvarado

Disponible en la web

Técnicas de clown.

Una propuesta emancipadora

De Cristina Moreira

Disponible en la web

Concurso de ensayos sobre teatro.

Celcit - 40 años

Incluye textos de Alfonso Nilson Barbosa de

Sousa, José Emilio Bencosme Zayas, Julio

Fernández Pelaéz, Roberto Perinelli, Ezequiel

Gusmeroti, Lina Morales Chacana, Loreto

Cruzat, Isidro Rodríguez Silva

Disponible en la web

La música en el teatro y otros temas

De Carmen Baliero

Disponible en la web

Manual de análisis de escritura dramática. Teatro, radio, cine, televisión y nuevos medios electrónicos

De Alejandro Robino

Momentos del teatro argentino

De Jorge Ricci

Disponible en la web

Exorcizar la historia.

El teatro argentino bajo la dictadura

De Jean Graham-Jones

Leer a Brecht

De Hans-Thies Lehmann

Estudios de Teatro Argentino, Europeo y Comparado

Jorge Dubatti

Palabras Preliminares: Jorge Dubatti

Disponible en la web

Gombrowicz en escena

Cecilia Hopkins

Disponible en la web

COLECCIÓN HOMENAJE AL TEATRO ARGENTINO

El teatro, ¡qué pasión!

De Pedro Asquini

Prólogo: Eduardo Pavlovsky

Teatro, títeres y pantomima

De Sarah Bianchi

Prólogo: Ruth Mehl

Saulo Benavente. Ensayo biográfico

De Cora Roca

Prólogo: Carlos Gorostiza

Títeres para niños y adultos

De Luis Alberto Sánchez Vera

Disponible en la web

Memorias de un titiritero latinoamericano

De Eduardo Di Mauro

Disponible en la web

Gracias corazones amigos.

La deslumbrante vida de

Juan Carlos Chiappe

De Adriana Vega y Guillermo Luis Chiappe

Los muros y las puertas en el teatro de Víctor García

De Juan Carlos Malcum

Prólogo: Carlos Pacheco

Disponible en la web

El pensamiento vivo de Oscar Fessler. Tomo 1: el juego teatral en la educación

De Juan Tríbulo

Prólogo: Carlos Catalano

Disponible en la web

El pensamiento vivo de Oscar Fessler. Tomo 2: clases para actores y directores

De Juan Tríbulo

Prólogo: Víctor Bruno

Osvaldo Dragún. La huella inquieta – testimonios, cartas, obras inéditas

De Adys González de la Rosa y Juan José Santillán

Santillán

Disponible en la web

Escrito en el aire

De Oscar Araiz

Prólogo: Laura Falcoff

Laudatio del Maestro Oscar Araiz: Beatriz

Lábatte

Disponible en la web

COLECCIÓN HISTORIA TEATRAL

Personalidades, personajes y temas del teatro argentino (Tomos I y II)

De Luis Ordaz

Prólogo: Jorge Dubatti y Ernesto Schoo (Tomo

I), José María Paolantonio (Tomo II)

Historia de la actividad teatral en la provincia de Corrientes

De Marcelo Daniel Fernández

Prólogo: Ángel Quintela

40 años de teatro salteño (1936-1976). Antología

Selección y estudios críticos: Marcela Beatriz

Sosa y Graciela Balestrino

Historia del teatro en el Río de la Plata

De Luis Ordaz

Prólogo: Jorge Lafforgue

La revista porteña. Teatro efímero entre dos revoluciones (1890-1930)

De Gonzalo Demarías

Prólogo. Enrique Pinti

Historia del Teatro Nacional Cervantes 1921-2010

De Beatriz Seibel

Disponible en la web

Apuntes sobre la historia del teatro occidental-Tomos I y II

De Roberto Perinelli

Disponible en la web

Un teatro de obreros para obreros. Jugarse la vida en escena

De Carlos Fos

Prólogo: Lorena Verzero

Disponible en la web

Antología de obras de teatro argentino desde sus orígenes a la actualidad.

Tomo I (1800- 1814)

Sainetes urbanos y gauchescos

Selección y Prólogo: Beatriz Seibel

Presentación: Raúl Brambilla

Disponible en la web

Antología de obras de teatro argentino desde sus orígenes a la actualidad.

Tomo II (1814-1824)

Obras de la Independencia

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

Disponible en la web

Antología de obras de teatro argentino desde sus orígenes a la actualidad.

Tomo III (1839-1842)

Obras de la Confederación y emigrados

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

Disponible en la web

Antología de obras de teatro argentino desde sus orígenes a la actualidad.

Tomo IV (1860-1877)

Obras de la Organización Nacional

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

Disponible en la web

Antología de obras de teatro argentino desde sus orígenes a la actualidad.

Tomo V (1885-1899)

Obras de la Nación Moderna

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

Disponible en la web

Antología de obras de teatro argentino desde sus orígenes a la actualidad.

Tomo VI (1902-1908)

Obras del Siglo XX -1ra. década- I

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

Disponible en la web

Antología de obras de teatro argentino desde sus orígenes a la actualidad.

Tomo VII (1902-1910)

Obras del Siglo XX -1ra. década- II

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

Disponible en la web

Antología de obras de teatro argentino desde sus orígenes a la actualidad.

Tomo VIII (1902-1910)

Obras del Siglo XX -1ra. década- III

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

Disponible en la web

Antología de obras de teatro argentino desde sus orígenes a la actualidad.

Tomo IX (1911-1920)

Obras del Siglo XX -2da. década- I

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

Disponible en la web

Antología de obras de teatro argentino desde sus orígenes a la actualidad.

Tomo X (1911-1920)

Obras del Siglo XX -2da. década- II

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

Disponible en la web

Antología de obras de teatro argentino desde sus orígenes a la actualidad.

Tomo XI (1913-1916)

Obras del Siglo XX -2da. década- III

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

Disponible en la web

Antología de obras de teatro argentino desde sus orígenes a la actualidad.

Tomo XII (1922-1929)

Obras del Siglo XX -3ra. década- I

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

Disponible en la web

Antología de obras de teatro argentino desde sus orígenes a la actualidad

Tomo XIII (1921-1927).

Obras del Siglo XX -3ra. década- II

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

Disponible en la web

Antología de obras de teatro argentino desde sus orígenes a la actualidad Tomo XIV (1921-1930).

Obras del Siglo XX -3ra. década- III

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

Disponible en la web

Antología de obras del teatro argentino desde sus orígenes a la actualidad Tomo XV (1921-1930)

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

Disponible en la web

Antología de obras del teatro argentino desde sus orígenes a la actualidad Tomo XVI (1931-1840)

Selección y prólogo: Beatriz Seibel

Disponible en la web

Iberescena 10 años. Fondo de ayudas para las Artes Escénicas Iberoamericanas 2007-2017

Compilador: Carlos Pacheco

Prólogos de Marielos Fonseca Pacheco y Marcelo Allasino.

Disponible en la web

Apuntes sobre la historia del teatro occidental-Tomos III y IV

De Roberto Perinelli

Disponible en la web

La comunidad desconocida.

Dramaturgia argentina y exilio político (1974-1983)

Andrés Gallina

Prólogo: Silvina Jensen

Disponible en la web

COLECCIÓN PREMIOS

Obras Breves

Obras ganadoras del 4º Concurso Nacional de Obras de Teatro

Incluye textos de Viviana Holz, Beatriz Mosquera, Eduardo Rivetto, Ariel Barchilón, Lauro Campos, Carlos Carrique, Santiago Serrano, Mario Costello, Patricia Suárez, Susana Torres Molina, Jorge Rafael Otegui y Ricardo Thierry Calderón de la Barca.

Disponible en la web

Siete autores (la nueva generación)

Obras ganadoras del 5º Concurso Nacional de Obras de Teatro

Incluye textos de Maximiliano de la Puente, Alberto Rojas Apel, María Laura Fernández, Andrés Binetti, Agustín Martínez, Leonel Giacometto, Santiago Governori

Prólogo: María de los Ángeles González

Teatro/6

Obras ganadoras del 6º Concurso Nacional de Obras de Teatro

Incluye textos de Karina Androvich, Patricia Suárez, Luisa Peluffo, Lucía Laragione, Julio Molina, Marcelo Pitrola

Teatro/7

Obras ganadoras del 7° Concurso

Nacional de Obras de Teatro

Incluye textos de Agustina Muñoz, Luis Cano, Silvana López Medín, Agustina Gatto, Horacio Roca, Roxana Aramburú

Disponible en la web

Teatro/9

Obras ganadoras del 9° Concurso

Nacional de Obras de Teatro

Incluye textos de Patricia Suárez, y María Rosa Pfeiffer, Agustina Gatto, Joaquín Bonet, Christian Godoy, Andrés Rapoport, Amalia Montaña

Disponible en la web

Teatro/10

Obras ganadoras del 10° Concurso

Nacional de Obras de Teatro

Incluye textos de Mariano Cossa y Gabriel Pasquini, Enrique Papatino, Lauro Campos, Sebastián Pons, Gustavo Monteros, Erica Halvorsen, Andrés Rapoport

Disponible en la web

Concurso Nacional de Obras de Teatro para el Bicentenario

Incluye textos de Jorge Huertas, Stela Camilletti, Guillermo Fernández, Eva Halac, José Montero, Cristian Palacios

Disponible en la web

Concurso Nacional

de Ensayos Teatrales.

Alfredo de la Guardia-2010

Incluye textos de María Natacha Koss, Gabriel Fernández Chapo, Alicia Aisemberg

Disponible en la web

Teatro/11

Obras ganadoras del 11° Concurso

Nacional de Obras de Teatro Infantil

Incluye textos de Cristian Palacios, Silvia Beatriz Labrador, Daniel Zaballa, Cecilia Martín y Mónica Arrech, Roxana Aramburú, Gricelda Rinaldi

Disponible en la web

Concurso Nacional

de Ensayos Teatrales.

Alfredo de la Guardia-2011

Incluye textos de Irene Villagra, Eduardo Del Estal, Manuel Maccarini

Disponible en la web

Teatro/12

Obras ganadoras del 12° Concurso

Nacional de Obras de Teatro

Incluye textos de Oscar Navarro Correa, Alejandro Ocón, Ariel Barchilón, Valeria Medina, Andrés Binetti, Mariano Saba, Ariel Dávila

Disponible en la web

Teatro/13

Obras ganadoras del 13° Concurso

Nacional de Obras de Teatro

-dramaturgia regional-

Incluye textos de Laura Gutman, Ignacio Apolo, Florencia Aroldi, María Rosa Pfeiffer, Fabián Canale, Juan Castro Olivera, Alberto Moreno, Raúl Novau, Aníbal Fiedrich, Pablo Longo, Juan Cruz Sarmiento, Aníbal Albornoz, Antonio Romero

Disponible en la web

Teatro/14

Obras ganadoras del 14° Concurso

Nacional de Obras de Teatro

-30 años de Malvinas-

Incluye textos de Mariano Nicolás Saba, Carlos Aníbal Balmaceda, Fabián Miguel Díaz, Andrés Binetti

Teatro/15

Obras ganadoras del 15° Concurso

Nacional de Obras de Teatro

Incluye textos de Laura Córdoba, María Sol Rodríguez Seoane, Giuliana Kiersz, Manuel Migani, Santiago Loza, Ana Laura Izurieta

Disponible en la web

Teatro/16

Obras ganadoras del 16° Concurso

Nacional de Obras de Teatro

-dramaturgia regional-

Incluye textos de Omar Lopardo, Mariela Alejandra Domínguez Houlli, Sandra Franzen, Mauricio Martín Funes, Héctor Trotta, Luis Serradori, Mario Costello, Alejandro Boim, Luis Quinteros, Carlos Guillermo Correa, Fernando Pasarín, María Elvira Guitart

Disponible en la web

Teatro/17

Obras ganadoras del 17° Concurso

Nacional de Obras de Teatro

Incluye textos de Ricardo Ryser, Juan Francisco Dasso, José Moset, Luis Ignacio Serradori, Víctor Fernández Esteban, Jesús de Paz y Alejandro Finzi

Disponible en la web

Teatro/18

Obras ganadoras del 18° Concurso

Nacional de Obras de Teatro

Incluye textos de Mariano Tenconi Blanco, Fabián Miguel Díaz, Leonel Giacometto, Andrés Gallina, Aliana Álvarez Pacheco y Sebastián Suñé

Disponible en la web

Teatro/19

Obras ganadoras del 19° Concurso

Nacional de Obras de Teatro

Incluye textos de Franco Calluso, Juan Ignacio Fernández, Candelaria Sabagh, Marcelo Pitrola, Mateo de Urquiza, Mercedes Álvarez/Alejandro Farías

Teatro/20

Obras ganadoras del 20° Concurso

Nacional de Obras de Teatro

Incluye textos de Fabián Díaz, María Marull,
Julio Molina, Alfredo Staffolani, Pablo Di
Felice, Susana Torres Molina

Teatro/21

Obras ganadoras del 21° Concurso

Nacional de Obras de Teatro

Incluye textos de Luis Miguel Arenillas,
Roberto de Bianchetti, Nancy Lago,
Guillermo Baldo, Silvina Andrea Forquera/
Javier Santanera, Rigoberto Horacio Vera

20 años de teatro social en la

Argentina

Incluye textos de María Guillermina
Bevacqua, Gerardo Larreta y Valeria Andrea
Sánchez Martín, Cristian Palacios, Alan
Robinson, Camila Mercado, Elina Martinelli,
Lorena Noemí Calandi, Carina Noemberg

Disponible en la web

TEATRO QUE ARDE

Enero 2022 – Primera edición.